

UAN

AUTÓNOMA DE NUEVO

165

CIÓN

AL DE BIBLIOTE

LEZAC

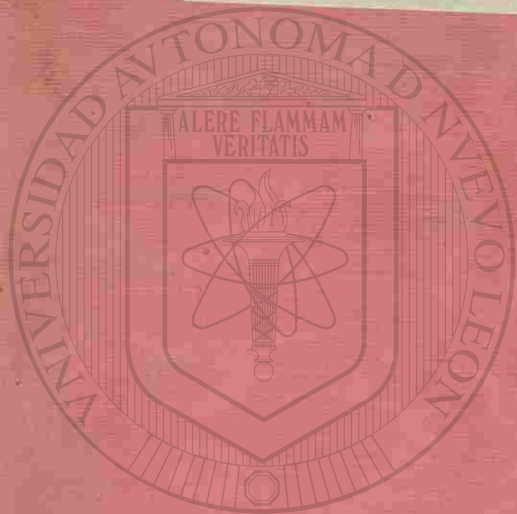
COLLEO
LA VI

PQ2165
.E4
S6

60



1020026027

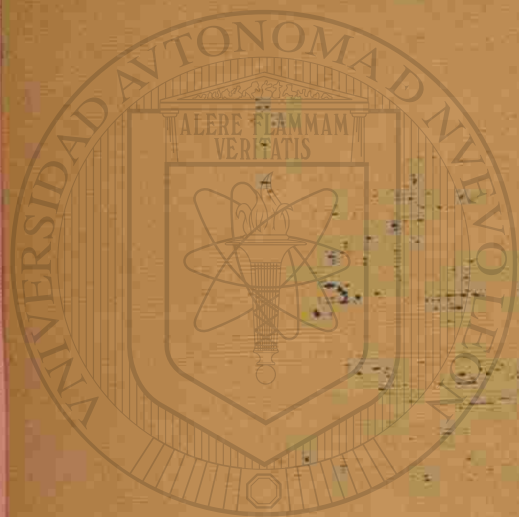


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

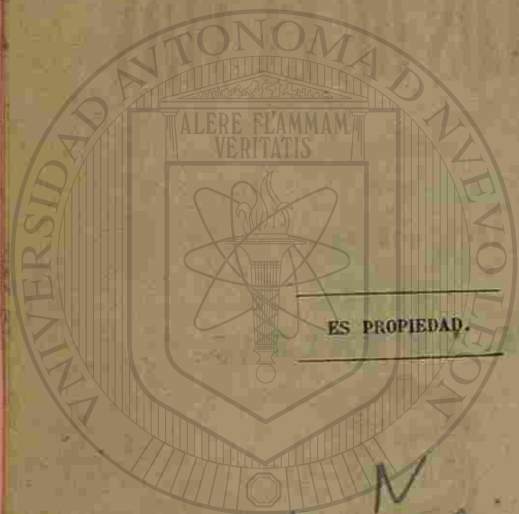
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS
DE H. DE BALZAC.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. B1982
Núm. Autor 29682
Núm. Adg. -8-
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 29682
Catalogó _____

H. DE BALZAC.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA
CASA EDITORIAL DE GONZALEZ Y C.

14 - CENDRA - 14

098097

-1877.

29682

843

B.

PQ 2165

DE 43

86



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL D

Los ferro-carriles, en un porvenir hoy poco lejano, deben hacer desaparecer ciertas industrias, modificar algunas otras, y sobre todo las concernientes á los diferentes modos de transportes al uso para las cercanías de Paris. De manera que muy en breve las personas y las cosas que constituyen los elementos de esta escena, le darán el mérito de un trabajo arqueológico. ¿No agrada á nuestros nietos conocer el material social de una época que ellos llamarán antigua? Así los pintorescos *coucous* (1) estacionados en la plaza de la Concordia, obstruyendo el Cours-la-Reine, los *coucous* tan florecientes durante un siglo, tan numerosos aún en 1850, no existen ya; y en la más deliciosa solemnidad campestre, apenas si se apercibe uno de ellos sobre el camino en 1842. En 1820, los lugares célebres por sus sitios, y llamados *Cercanías de Paris*, no poseían todos un servicio regular de mensagerías. A pesar de ello, los Touchard

(1) *Coucous*, esto es, *cucillos*, así se llamaban ciertos vehiculos en aquella época.

padre é hijo habían conquistado el monopolio del transporte para las ciudades más populosas, en un radio de quince leguas; y su empresa constituía un magnífico establecimiento situado en el Faubourg-Saint-Denis. A pesar de su antigüedad, á pesar de sus esfuerzos, de sus capitales y de todas las ventajas de una poderosa centralización, las mensagerías hallaban en los *coucoux* del arrabal Saint-Denis, concurrentes para los puntos situados á siete ú ocho leguas á la redonda. La pasión del parisiense por el campo es tal, que empresas locales competían también con ventaja contra las Pequeñas-Mensagerías, nombre dado á la empresa de los Touchard, por oposición al de las Grandes-Mensagerías de la calle de Montmartre. En aquella época, además, el éxito de los Touchard sirvió de estímulo á los especuladores. Para las más insignificantes localidades de las cercanías de París, creábanse entonces empresas de carruajes bellos, rápidos y cómodos, partiendo y regresando á París á horas fijas, las cuales, en todos los puntos, y en un radio de diez leguas, produjeron una competencia encarnizada. Construido para viajes de cuatro á seis leguas, el *coucou* fué construido de nuevo para las pequeñas distancias y vivió aún durante algunos años. Al fin sucumbió, desde el momento en que los ómnibus hubieron demostrado la posibilidad de colocar diez y ocho personas en un carruaje tirado por dos caballos. Hoy día el *coucou*, si por casualidad existe en el almacén de un leñador de carruajes uno de esos pájaros de tan pesado vuelo, sería, por su estructura y por sus disposiciones, objeto de sabias averiguaciones, comparables á las de Cuvier acerca de

los animales descubiertos en las yeseras de Montmartre. Las pequeñas empresas, amenazadas por los especuladores que en 1822 lucharon contra los Touchard padre é hijo, tenían ordinariamente un punto de apoyo en las simpatías de los habitantes del lugar á que servían. De suerte que el empresario, á la vez conductor y propietario del carruaje, era un posadero del país, cuyos séres, cosas é intereses le eran familiares. Desempeñaba con inteligencia los encargos; exigía ménos por sus servicios, y por ello obtenía más que las mensagerías Touchard. Sabía eludir la necesidad de una guía para géneros. En un caso necesario, infringía las ordenanzas acerca de los viajeros que debía conducir. Así, cuando se establecía una competencia, si el viejo ordinario del país partía con ella los días de la semana, algunas personas retardaban su viaje para efectuarlo en compañía del antiguo cochero, por más que su material y sus caballos se hallasen en un estado poco tranquilizador.

Una de las líneas que los Touchard padre é hijo intentaron monopolizar, que les fué mas disputada, y que se disputa todavía á sus sucesores los Toulouse, es la de París á Beaumont-sur-Oise, línea pasmosamente productiva, porque tres empresas competidoras la explotaban en 1822. En vano las Pequeñas-Mensagerías redujeron los precios, en vano multiplicaron las horas de partida, en vano construyeron carruajes excelentes; la competencia continuó; tan productiva es una línea en la cual se hallan situadas pequeñas ciudades como Saint-Denis y Saint-Brice, aldeas como Pierrefitte, Groslay, Ecouen, Ponceles, Moisselles, Baillet, Monsoult, Maffliers, Francouville,

Presles, Nointel, Nerville, etc. Las mensagerías Toucharé concluyeron por extender el viaje de París á Chambly. La competencia llegó hasta Chambly. Hoy día los Toulouse van hasta Beauvais. En esta ruta, que es la de Inglaterra, existe un camino que conduce á un lugar llamado con bastante propiedad *la Cueva*, si se considera su topografía, y que conduce á uno de los más deliciosos valles de la fuente de l'Oise, en la pequeña ciudad de l'Isle-Adam, doblemente célebre, ya como cuna de la extinguida casa de l'Isle-Adam, ya como antigua residencia de los Borbon-Conti. L'Isle-Adam es una encantadora y pequeña ciudad, situada entre dos grandes aldeas, la de Nogent y la de Parmain, notables ambas por magníficas canteras que han producido los materiales de los más hermosos edificios del París moderno, y del extranjero, porque la base y los adornos de las columnas del teatro de Bruselas son de piedra de Nogent. Aunque notable por admirables sitios, por célebres palacios de recreo, que construyeron príncipes, frailes ó famosos dibujantes, como Cassan, Stors, le Val, Nointel, Persan, etc., en 1822 este país veíase libre de la competencia y se hallaba servido por dos carruajes que de común acuerdo le explotaban. Esta escepcion fundábase en razones fáciles de comprender. Desde la Cueva, punto donde empieza, en la vía de Inglaterra, el camino empedrado debido á la magnificencia de los príncipes de Conti, hasta l'Isle-Adam, la distancia es de dos leguas; y ninguna empresa podía dar una vuelta considerable, tanto más cuanto l'Isle-Adam formaba entonces un callejón sin salida. El camino terminaba allí. Algunos años después, un camino real ha

enlazado el valle de Montmorency con el valle de l'Isle-Adam. De Saint-Denis pasa por Saint-Leu-Taverny, Méru, l'Isle-Adam, y va hasta Beaumont, á lo largo de l'Oise. Pero en 1822, el único camino que conducía á l'Isle Adam era el de los príncipes de Conti. Pierrotin y su colega reinaban, pues, de París á l'Isle-Adam, queridos del país entero. El *carruaje de Pierrotin* y el de su camarada servían á Stors, le Val, Parmain, Champagne, Mours, Prérailles, Nogent, Nerville y Maffliers. Pierrotin era tan conocido, que los habitantes de Monsault, de Moisselles y de Saint-Brice, aunque situados en la gran vía, se servían de su carruaje, en donde con frecuencia existía mayor probabilidad de hallar un asiento, que en las diligencias de Beaumont, siempre llenas. Pierrotin hacía buenas migas con su competidor. Cuando Pierrotin partía de l'Isle-Adam, su camarada regresaba de París, y *vice-versa*. Inútil es hablar del competidor; Pierrotin tenía las simpatías del país. Es además el único de los dos ordinarios que figura en esta verídica historia. Por tanto, básteos saber que los dos cocheros vivían en buena inteligencia, haciéndose una guerra leal, y disputándose los habitantes por medios honrosos. Por razón de economía, poseían en París el mismo patio, el mismo hotel, la misma cuadra, el mismo cobertizo, el mismo despacho, el mismo empleado. Este detalle dice claramente que Pierrotin y su adversario eran, según la expresión popular, hombres de *buena pasta*.

Este hotel, situado precisamente en la esquina de la calle d'Enghien, existe aún, y se llama el *Leon de Plata*. El propietario de este establecimiento, des-

tinado desde tiempo inmemorial á alojar ordinarios, explotaba él mismo una empresa de carruajes para Dammartin, tan sólidamente establecida, que los Touchard, sus vecinos, cuyas Pequeñas-Mensagerias se hallan enfrente, no pensaban lanzar carruajes hácia aquella línea. Aunque las salidas para l'Isle-Adam debiesen verificarse á horas fijas, Pierrotin y su colega practicaban acerca de este particular una indulgencia que les grangeaba el afecto de las personas del pais, y les valia fuertes amonestaciones de parte de los extranjeros, acostumbrados á la regularidad de los grandes establecimientos públicos; pero los dos conductores de este carruaje, mitad diligencia, mitad *coucou*, hallaban siempre defensores entre sus parroquianos. Por la tarde, la partida de las cuatro se retardaba hasta las cuatro y media; y la de la mañana, aunque indicada para las ocho, jamás tenia efecto antes de las nueve. Además, este sistema era excesivamente elástico. En verano, tiempo de oro para los ordinarios, la ley de las partidas, rigurosa para los desconocidos, no se infringia sinó para la gente del pais. Este método ofrecia á Pierrotin la posibilidad de embolsar el precio de dos asientos en vez de uno, cuando un habitante del pais venia temprano á pedir un asiento perteneciente á un *ave de paso*, que desgraciadamente se habia retardado. Ciertamente esta elasticidad no hallaria disculpa á los ojos de los puristas en materia de moral; pero Pierrotin y su colega la justificaban por medio de la *crudeza de los tiempos*, por sus pérdidas durante la estacion de invierno, por la necesidad de poseer en breve mejores carruajes, y en fin, por la exacta observancia de la

ley escrita en boletines cuyos ejemplares, escesivamente raros, no se daban más que á los pasajeros bastante obstinados para exigirlos.

Pierrotin, hombre de cuarenta años, era ya padre de familia. Procedente de la caballeria, cuando el licenciamiento de 1815, este guapo mozo habia sucedido á su padre, el cual conducia de l'Isle-Adam á Paris un *coucou* de marcha bastante caprichosa. Despues de contraer matrimonio con la hija de un modesto posadero, extendió el servicio de l'Isle-Adam, lo regularizó, se hizo notar por su inteligencia y por una exactitud militar. Listo, decidido, Pierrotin, (este nombre debia de ser un apodo), (1) imprimia, por la movilidad de su fisonomia, á su semblante coloradote y avezado á las intemperies, una expresion picaresca parecida á un aire espiritual. Por otra parte, no carecia de esa palabra fácil que se adquiere á fuerza de ver gente y visitar varios paises. Su voz habia contraido cierta rudeza por la costumbre de dirigirse á los caballos y gritar ¡cuidado! pero tomaba un tono dulce con la gente acomodada. Su traje, como el de los ordinarios de segundo orden, consistia en buenas y grandes botas, pesadas á fuerza de clavos, fabricadas en l'Isle-Adam, y un pantalon de grueso terciopelo color verde botella, y una chupa de un género parecido al anterior, pero por encima de la cual, durante el ejercicio de sus funciones, llevaba una blusa azul, adornada de bordados multicolores, en el cuello, en las espaldas y en los puños. Cubria su cabeza una gorra con visera. El estado mi-

(1) *Pierrotin*, diminutivo de *Pierrot*, que en sentido vulgar significa *gorrion*. (N del T).

litar habia conservado en las costumbres de Pierrotin un gran respeto hácia las superioridades sociales, y el hábito de la obediencia á las gentes de alta clase; pero si de buen grado se familiarizaba con los humildes burgueses, respetaba siempre á las mujeres, cualquiera que fuese la clase social á que perteneciesen. Con todo, á fuerza de *tirar de la gente*, para valernos de una expresion suya, habia concluido por mirar á sus viajeros como paquetes ambulantes, y que desde entonces exigian menos cuidados que los demás, objeto esencial de la mensagería.

Advertido por el movimiento general que desde la paz sublevaba su oficio, Pierrotin no queria sucumbir al progreso de las luces. Asi, desde la bella estacion primaveral, todo se le volvia hablar de cierto carruaje grande encargado á Farry, Breilmann y C.^{ta}, los mejores constructores de diligencias, y que la creciente alluencia de viajeros hacia necesario. El material de Pierrotin consistia entonces en dos carruajes. Uno, que prestaba servicio en invierno, y el único que exhibia á los agentes del fisco, le habia heredado de su padre, y tenia algo de *coucou*. Los costados redondeados de este carruaje permitian colocar en ellos seis viajeros sobre dos banquetas de una dureza metálica, aunque forradas de terciopelo de Utrecht amarillo. Estas dos banquetas se hallaban separadas por una barra de madera que se quitaba y volvia á colocarse á voluntad en dos encajes practicados en cada pared interior, á la altura de la espalda del paciente. Esta barra pérfidamente forrada de terciopelo y á la que Pierrotin llamaba un respaldo, hacia la desesperacion de los viajeros por la dificultad de levantarla y

volverla á colocar. Si este respaldo incomodaba al manejarlo, de mayor incomodidad aún servia á las espaldas cuando se hallaba en su sitio; pero cuando se le dejaba atravesado en el carruaje, hácia la entrada y la salida igualmente peligrosas, para las mujeres sobre todo. Aunque cada banqueta de este cabriolé, de costado encorvado como el de una mujer en cinta, no debiera contener más que tres viajeros, con frecuencia veianse en ella ocho, apretados como arenes en un tonel. Pierrotin pretendia que los viajeros se hallaban así mucho mejor, porque formaban entonces una masa compacta, inquebrantable; mientras que tres viajeros chocaban perpétuamente unos contra otros, y con frecuencia corrian el peligro de aplastar sus sombreros contra el techo de su cabriolé, á causa de los violentos vaivenes del camino. En la delantera de este carruaje, existia un banco de madera, el asiento de Pierrotin, y en el cual podian colocarse tres viajeros, quienes, colocados allí, toman, como es sabido, el nombre de *conejos*. Durante ciertos viajes, Pierrotin colocaba en él cuatro conejos, y se sentaba entonces de lado sobre una especie de caja practicada en los bajos del cabriolé, para servir de punto de apoyo á los pies de sus conejos, y siempre llena de paja ó de paquetes que nada temian. La caja de este *coucou*, pintada de amarillo, se hallaba embellecida en su parte superior por una faja de un azul de peluquero, en la cual se leia en letras plateadas por los lados: *L'Isle-Adam — Paris*, y detrás: *Servicio de L'Isle-Adam*. Nuestros nietos estarian en un error, si pudieran creer que este carruaje no podia contener más de trece personas incluso Pierrotin; en las gran-

des ocasiones admitía á veces otras tres en un departamento cuadrado, cubierto con una lona, en donde se apilaban las maletas, las cajas y los paquetes; pero el prudente Pierrotin no dejaba subir á él mas que á sus parroquianos, y tan solo á tres ó cuatrocientos pasos de la barrera. Estos habitantes del *gallinero*, nombre dado por los conductores á esta seccion del carruaje, debian bajar á las puertas de cada aldea del camino en que se encontraba un puesto de gendarmes. La sobrecarga prohibida por las ordenanzas *concerniente á la seguridad de los viajeros*, era entonces demasiado flagrante para que el gendarme, esencialmente amigo de Pierrotin, pudiera dispensarse de entablar proceso verbal por esta contravencion. Así el cabriolé de Pierrotin arrastraba, durante ciertos sábados por la tarde ó lunes por la mañana, quince viajeros; pero entonces, para tirar de él, daba á su grueso caballo, ya viejo, llamado Rougeot, un compañero en la persona de un caballo gordo como un *ponev*, acerca del cual se deshacia en alabanzas. Este animalito era una yegua llamada Bichette, comia poco, tenia genio, era infatigable, valia lo menos tanto oro como pesaba.—«Mi mujer no la cambiaria por ese enorme vagabundo de Rougeot!» exclamaba Pierrotin.

La diferencia entre este y el otro carruaje consistia en que este tenia cuatro ruedas. Este carruaje, de construccion extravagante, llamado *el carruaje de cuatro ruedas*, admitia diez y siete viajeros, no debiendo contener sino catorce. Metia un ruido tan considerable, que con frecuencia se decia en l'Isle-Adam:—Ahí viene Pierrotin! cuando salia de la selva que

se extiende por el ribazo del valle. Se hallaba dividido en dos lóbulos, de los cuales el primero, llamado *el interior*, contenia seis viajeros en dos banquetas, y el segundo, especie de cabriolé reducido á la delantera, se llamaba un *oupé*. Cerraban este *cupé* unos cristales incómodos y raros cuya descripcion seria harto difusa para que podamos ocuparnos de ella. El carruaje de cuatro ruedas tenia en su remate un imperial con capota, debajo de la cual Pierrotin introducía seis viajeros, y se cerraba por medio de unas cortinas de cuero. Pierrotin se sentaba en un pescante casi invisible, debajo de las vidrieras del *cupé*.

El ordinario de l'Isle-Adam no pagaba las contribuciones á que se hallan sometidos los carruajes públicos, más que sobre su *coucou*, presentado para contener seis viajeros, y solicitaba un permiso cada vez que exhibia su carruaje de cuatro ruedas. Esto puede hoy parecer extraordinario, pero en sus principios, el impuesto sobre los carruajes, establecido con una especie de timidez, permitió á los mensajeros estos leves engaños que les dejaban bastante satisfechos de poder *pegársela* á los empleados, segun una frase de su vocabulario. Insensiblemente, el fisco hambriento fué haciéndose severo, obligó á los carruajes á no rodar sin el timbre duplicado que ahora anuncia su medicion, y que han sido satisfechas sus contribuciones. Todo, hasta el fisco, tiene su época inocente; pero á fines de 1822, esta época duraba todavía. En verano, con frecuencia el carruaje de cuatro ruedas y el cabriolé rodaban acordes sobre la vía, conduciendo treinta y dos viajeros, y Pierrotin no pagaba de tasa más que para seis. En aquellos dias

afortunados, el convóy que salía á las cuatro y media del arrabal Saint-Denis, llegaba guapamente á las diez de la noche á l'Isle-Adam. De suerte que, orgulloso de su servicio, que necesitaba un alquiler de caballos extraordinario, Pierrotin decía:—«Hemos andado lindamente!» Para poder hacer nueve leguas en cinco horas, con tales arreos, suprimía entonces las estaciones que hacen los cocheros de aquella via, en Saint-Brice, en Moisselle, y en la Cueva. El hotel del Leon de Plata ocupa un terreno de gran profundidad. Si su fachada no tiene más que tres ó cuatro ventanas sobre el arrabal Saint-Denis, sufría entonces en su largo patio, á cuyo extremo se hallan situadas las cuadras, toda una casa pegada á la pared de una propiedad medianera. La entrada formaba una especie de pasadizo sobre cuyo pavimento podían estacionarse dos ó tres carruajes. En 1822, la oficina de todas las mensajerías alojadas en el Leon de Plata corría á cargo de la posadera que llevaba tantos libros como servicios; ella recibía el dinero, apuntaba los nombres, y con aire bondadoso colocaba los bultos en la inmensa cocina de su pesada. Los viajeros se contentaban con este abandono patriarcal. Si llegaban demasiado temprano, sentábanse bajo la campana de la vasta chimenea, ó se estacionaban debajo del pórtico, ó se trasladaban al café de l'Echiquier, que forma la esquina de una calle así llamada, y paralela á la d'Enghien, de la que no se halla separada sino por algunas casas.

En los primeros dias del otoño de este año, durante la mañana de un sábado, Pierrotin se hallaba, con las manos metidas por los agujeros de su blusa en los

bolsillos, bajo la puerta cochera del Leon de Plata, desde donde se veían en hilera la cocina de la posada, y más allá el largo patio, al extremo del cual se destacaban las cuadras sobre un fondo negro. La diligencia de Damartin acababa de salir, y se lanzaba pesadamente en pos de las diligencias Touchard. Habían dado ya las ocho de la mañana. Debajo del enorme pórtico, encima del cual se lee en una ancha tabla *Hotel del Leon de Plata*, los caballerizos y los factores de las mensajerías miraban á los carruajes efectuando ese *escape* que tanto engaña á los viajeros, haciéndoles creer que los caballos correrán siempre de igual modo.

—¿Hay que enganchar, ciudadano?—dijo á Pierrotin su mozo de cuadra, cuando nada quedó que ver.

—Ya son las ocho y cuarto, y aún no veo á mis viajeros,—respondió Pierrotin. ¿En donde se esconden pues? Engancha de todos modos. Y eso que no hay bultos. ¡Dios trino y uno! *El* no sabrá donde colocar sus viajeros esta tarde, pues el tiempo está bueno, y yo no tengo apuntados más que cuatro! ¡Bonito espectáculo para un sábado! Siempre os sucede lo mismo cuando necesitáis dinero! ¡Qué oficio de perros! qué perro de oficio!

—¿Y si tuviérais viajeros, dónde los meteríais pues, si no teneis más que vuestro cabriolé?—dijo el factor intentando calmar á Pierrotin.

—¿Y mi carruaje nuevo?—exclamó éste.

—¿Existe pues?—preguntó el grueso auvernés, mostrando al sonreír unos dientes blancos y anchos como almendras.

—Pues, ahí es nada! Rodará mañana domingo, y necesitaremos diez y ocho viajeros!

—Ah, cáspita! un hermoso carruaje, eso calentará el camino, dijo el auvernés.

—Un carruaje como el de Beaumont, qué! todo flamante! Pintado de encarnado y oro, capaz de hacer reventar de despecho á los Touchard! Necesitaré tres caballos. He encontrado la pareja de Rougeot, y Bichette irá arrogantemente á la delantera. Ea, toma, engancha, —dijo Pierrotin que miraba hácia el lado de la puerta Saint-Denis, cargando su pipa hasta la boca, allá bajo distingo una señora y un jovencito, con bultos debajo del brazo; buscan el Leon de Plata, porque han hecho la vista gorda á los *coucous*. Toma! toma! me parece reconocer en la señora á una parroquiana!

—Con frecuencia habeis llegado lleno, habiendo partido vacío, —dijo el factor.

—Pero sin bultos, —respondió Pierrotin, — qué suerte la mía!

Y Pierrotin se sentó en uno de los enormes guardacantones que protegían el pie de las paredes contra el choque de los ejes; pero se sentó con un aire inquieto y pensativo que no le era habitual. Esta conversacion, insignificante al parecer, había removido crueles cuidados ocultos en el fondo del corazón de Pierrotin. ¿Y quién podía turbar el corazón de Pierrotin, sino un hermoso carruaje? Brillar en la carrera, luchar con los Touchard, dar mayor extensión á su servicio, conducir viajeros que le felicitarian por las comodidades debidas al progreso del arte cocheril, en vez de verse obligado á oír perpétuos reproches

acerca de *sus zuecos*, tal era la laudable ambicion de Pierrotin. Ahora bien, el mensajero de l'Isle-Adam, llevado del deseo de vencer á su camarada, de obligarle quizás un día á dejar para él solo el servicio de l'Isle-Adam, había superado sus fuerzas. Es verdad que había encargado la construcción del carruaje á la casa Farry, Breilmann y C.^a los constructores de coches que acababan de sustituir los muelles cuadrados de los ingleses por los cuellos de cisne y otras viejas invenciones francesas; pero estos desconfiados y empedernidos fabricantes no querían entregar esta diligencia sino á cambio de escudos. Poco satisfechos de construir un carruaje difícil de colocar, si se quedaban con él, estos prudentes negociantes no emprendieron su construcción sino mediante un desembolso de dos mil francos por parte de Pierrotin. Para satisfacer la justa exigencia de los constructores, el ambicioso ordinario había agotado todos sus recursos y todo su crédito. Había sangrado á su mujer, su suegro y sus amigos. Esta soberbia diligencia él había estado á verla la víspera en poder de los pintores; no le faltaba más que rodar; pero para hacerla rodar al día siguiente, era necesario cancelar el pago. Ahora bien, le faltaban mil francos á Pierrotin! Empeñado por sus alquileres con el posadero, no se había atrevido á pedirle prestada esta cantidad. Sin los mil francos se exponía á perder los dos mil anticipados, sin contar quinientos francos tomados sobre el nuevo Rougeot, y trescientos francos de arreos nuevos, para los cuales había obtenido un plazo de tres meses. Y, arrastrado por la rabia de la desesperacion y por la locura del amor propio, acababa de afirmar que su

nuevo carruaje rodaria mañana domingo. Dando mil quinientos francos á cuenta de dos mil quinientos, esperaba que los constructores, enternecidos, le entregarían el carruaje; pero exclamó en alta voz después de tres minutos de meditacion:

—No, son unos perros hechos y derechos! unos verdaderos estranguladores... Si me dirigiese á monsieur Moreau, el administrador de Presles, él, que es tan buen sujeto?—se dijo, herido de una nueva idea, —tal vez me tomaria un pagaré á seis meses fecha.

En este momento, un criado sin librea, cargado con una maleta de cuero, y procedente del establecimiento Touchard, en donde no habia hallado asiento para Chambly, á la una de la tarde, dijo al ordinario:

—¿Sois vos Pierrotin?

—¿Por qué?—dijo éste.

—Si podeis aguardar un cuarto de hora escaso, conducireis á mi señor; si no, me llevo su maleta y saldrá del apuro montando á caballo, aunque hace mucho tiempo ha perdido esta costumbre.

—Aguardaré dos, tres cuartos de hora y un poco más, buen mozo,—dijo Pierrotin, mirando al soslayo la maletita de cuero bien atada y con una cerradura de cobre con blason.

—Pues bien, sea,—dijo el criado, aligerando su espalda de la maleta que Pierrotin levantó, pesó, miró.

—Toma,—dijo el ordinario á su factor,—envuélvela en heno suave, y colócala en el cofre de atrás. No trae nombre encima, añadió.

—Tiene las armas de monseñor,—respondió el criado.

—¿Monseñor? eso vale más que el oro! Venid pues á tomar una copita, dijo Pierrotin, guiñando el ojo y dirigiéndose al café de l'Ebiquier, adonde condujo al criado.

—Mozo, dos copas de ajeno,—gritó al entrar.... ¿Quien es, pues, vuestro señor, y adónde va? Jamás os habia visto, preguntó Pierrotin al criado, bebiendo.

—Hay excelentes razones para eso,—prosiguió el criado ya de pie. Mi señor no va una vez al año á vuestra casa, y sin embargo, viaja siempre. Prefiere el valle d'Orge, donde posee el parque más hermoso de las cercanías de Paris, un verdadero Versailles, una posesion de familia, como que lleva su nombre. ¿No conoceis á M. Moreau?

—El administrador de Presles, dijo Pierrotin.

—Pues bien, el señor conde va á pasar dos dias en Presles.

—Ah! voy á conducir al conde de Sérisy!—exclamó el ordinario.

—Sí, amigo mio, eso es. Pero cuidado, existe una consigna. Si llevais gente del pais en vuestro carruaje, no nomeis al señor conde, quiere viajar *de incognito*, y así me ha encargado que os lo diga, anunciándoos una buena propina.

—Ah! ese viaje recatado tendria acaso algo que ver con el asunto que el padre Léger, arrendatario de los Moulinaux, ha venido á concluir?

—Lo ignoro,—prosiguió el criado; pero el fuego arde. Anoche fui á la cuadra á mandar disponer para las siete de la mañana el coche á la Daumont, para ir á Presles; pero á las siete, su señoría ha retirado la

orden. Agustín, el ayuda de cámara, atribuye este cambio á la visita de una señora que le ha parecido recién llegada del país.

—Habrán dicho al conde algo de M. Moreau! el más bello sujeto, el hombre más honrado, el rey de los hombres, no faltaba más! Hubiera podido hacerse con mucho más dinero del que posee, si hubiese querido, vaya!

—En ese caso ha hecho mal, —prosiguió el criado sentenciosamente.

—¿Conque M. de Sérisy al fin va á habitar á Presles, una vez que éste se ha amueblado y hecho reparaciones en el palacio? —preguntó Pierrotin, después de una pausa. ¿Es cierto que ya se han gastado en él doscientos mil francos?

—Si vos ó yo tuviéramos el gasto que excede á esta cantidad, seríamos burgueses. Si va allí la señora condesa, ah! cáspita, los Moreau dejarán de estar á sus anchas, —dijo el criado, con aire misterioso.

—Guapo sujeto, M. Moreau! —prosiguió Pierrotin, quien pensaba siempre pedir sus mil francos al administrador, —un hombre que proporciona trabajo, que no escatima demasiado el jornal, y que saca á la tierra toda su riqueza, y eso para su principal! Bello sujeto, digo! Viene con frecuencia á Paris, toma siempre asiento en mi carruaje, me da una buena propina, y os tiene siempre reservada una infinidad de encargos para Paris. Tres ó cuatro bultos por día, así para el señor como para la señora; en fin, una cuenta de cincuenta francos al mes, nada más que en comisiones. Si la señora *hace alguna de las suyas*, en cambio quiere mucho á sus hijos, yo soy quien va por

ellos al colegio y quien de nuevo los conduce á él. Me da cien sueldos cada vez, no haría más una gran señora. Oh! siempre que llevo á alguno de la familia ó alguno en relación con ella, conduzco los caballos hasta la verja del palacio..... Es un deber, verdad?

—Dícese que M. Moreau no tenía mil escudos disponibles, cuando el señor conde le nombró administrador de Presles, —dijo el criado.

—Pero desde 1806, en diez y siete años, ese hombre habrá economizado algo! —replicó Pierrotin.

—Es verdad, —dijo el criado, meneando la cabeza. Después de todo, los señores son muy ridículos, y en cuanto á Moreau, espero que habrá hecho su negocio.

—Muchas veces he ido á llevaros piezas de caza, y jamás he tenido el gusto de ver al señor, ni á la señora.

—El señor conde es un buen hombre, —dijo confidencialmente el criado; pero si para asegurar su *incógnito* reclama vuestra discreción, aquí debe haber pelotera; al menos así lo creemos en el hotel; sinó, á qué mandar que desengancharan la Daumont? ¿A qué viajar en un *coucou*? Un Par de Francia no puede pedir un cabriolé de plaza?

—Un cabriolé es muy capaz de exigirle euarenta francos por ida y vuelta, porque observad que ese camino, si no le conoceis, parece construido para las ardillas. Oh! siempre subidas y bajadas, —dijo Pierrotin. Par de Francia ó burgués, todos *aman su dinero*! Si ese viaje concerniese á M. Moreau,.... Dios mio, me contrariaría que le ocurriera nada malo! Dios trino y uno! no habría medio de prevenirle? porque es un excelente sujeto, un cumplido caballero,

el rey de los hombres, no faltaba más!...

—Bah, el señor conde quiere mucho á M. Moreau!—dijo el criado. Pero, mirad, si quereis un buen consejo: no nos metamos en lo que no nos importa. Bastante tenemos que hacer con ocuparnos de nosotros mismos. Haced lo que os piden, con mayor razon cuanto que no conviene burlarse de su señoría. Además, para decirlo todo, el conde es generoso. Si le servis así,—dijo el criado, mostrando la uña de uno de sus dedos,—os paga así, prosiguió alargando el brazo.

Procediendo de un hombre tan encoquetado como el segundo ayuda de cámara del conde de Sérisy, esta juiciosa reflexion y la imagen sobre todo, dieron por resultado entibiar el celo de Pierrotin hácia el administrador de la posesion de Presles.

—Ea, adios, señor Pierrotin,—dijo el criado.

Para comprender el pequeño drama que debia ocurrir en el carruaje de Pierrotin, hácese aquí necesaria una rápida ojeada sobre la vida del conde de Sérisy y la de su administrador. M. Hugret de Sérisy descende en línea recta del famoso presidente Hugret, ennoblecido bajo el reinado de Francisco I. Esta familia ostenta oro y negro unidos por una orla, y dos rombos de uno á otro, con: *V. SEMPER MELIUS ERIS*, divisa que, no menos que las dos devanaderas que sirven de soportes, prueba la modestia de las familias de la clase media, en el tiempo en que las órdenes mantenian su lugar en el Estado, y la sencillez de nuestras antiguas costumbres con el *calembour* de *ERIS*, el cual, combinado con la *V* del principio y la *S* final de *MELIUS*, representa el nombre (Sérisy) de la

tierra erigida en condado. El padre del conde era primer presidente de un parlamento antes de la revolucion. En cuanto á él, ya Consejero de Estado en 1787, á la edad de veinte y dos años, llamó la atencion por sus excelentes memorias sobre asuntos delicados. No emigró durante la Revolucion, la pasó en su tierra de Sérisy, de Arpajon, en donde le preservó de toda desgracia el respeto que profesaban á su padre. Despues de pasar algunos años prodigando sus cuidados al presidente de Sérisy, que falleció en 1794, fué electo por aquella época para ocupar un puesto en el consejo de los quinientos, y, para distraer su dolor, aceptó estas funciones legislativas. En el 18 brumario, M. de Sérisy, como todas las antiguas familias parlamentarias, fué objeto de las coqueterias del primer cónsul, quien le colocó en el Consejo de Estado y le dió, para reconstituirla, una de las administraciones más desorganizadas. El retoño de esta histórica familia fué uno de los rodajes más activos de la grande y magnífica organizacion debida á Napoleon. Así el consejero de Estado abandonó bien pronto su administracion por un ministerio. Creado conde y senador por el Emperador, tuvo sucesivamente el proconsulado de dos diferentes reinos. En 1806, á la edad de cuarenta años, el senador contrajo matrimonio con la hermana del ex-marqués de Ronquerolles, viuda y heredera á los veinte años, de Gaubert, uno de los más ilustres generales republicanos. Este matrimonio, ventajoso en punto á nobleza, dobló la ya considerable fortuna del conde de Sérisy, que llegó á ser cuñado del ex-marqués del Roble, nombrado conde y chambelan por el Emperador.

En 1814, fatigado por un trabajo constante, monsieur de Sérisy, cuya quebrantada salud necesitaba reponerse, resignó todos sus empleos, abandonó el gobierno á cuya cabeza el Emperador le habia colocado, y vino á Paris, en donde Napoleon, obligado por la evidencia, le hizo justicia. Este soberano infatigable, que no creia en la fatiga ajena, tomó al principio por una desercion la necesidad apremiante del conde de Sérisy. Por más que el senador no hubiera caido en desgracia, pasó por hallarse quejoso de Napoleon. Así, cuando la restauracion de los Borbones, Luis XVIII, en quien M. de Sérisy reconoció á su legitimo soberano, otorgó al senador, ya Par de Francia, una gran confianza, encargándole sus asuntos privados, y nombrándole ministro de Estado. En el 20 de Marzo, M. de Sérisy no fué á Gante, previno á Napoleon que permanecia fiel á los Borbones, no aceptó la dignidad de Par durante los Cien-Dias, y pasó este tan breve reinado en su tierra de Sérisy. Despues de la segunda caida del Emperador, naturalmente volvió á ser miembro del consejo privado, fué nombrado vice-presidente del Consejo de Estado, y liquidador, por cuenta de la Francia, en el reglamento de las indemnizaciones solicitadas por las potencias extranjeras. Sin ostentacion personal, sin ambicion siquiera, poseia una grande influencia en los negocios públicos. En política nada importante se hacia sin consultarle; pero jamás iba á la corte, y se exhibia poco en sus propios salones. Esta noble existencia, desde un principio consagrada al trabajo, habia acabado por ser un trabajo continuo. El conde se levantaba á las cuatro de la mañana en todas las es-

taciones, trabajaba hasta mediodia, dedicábase al desempeño de sus funciones de Par de Francia ó de vice-presidente del Consejo de Estado, y á las nueve se acostaba. En premio de tantos trabajos, el rey le habia hecho caballero de sus órdenes. Hacia mucho tiempo que M. de Sérisy era gran cruz de la Legion de honor; pertenecia á la orden del Toison d'Or, á la de San Andrés de Rusia, á la del Aguila de Prusia, en una palabra, á casi todas las órdenes de las córtes europeas. Nadie era ménos visto, ni más útil que él, en el mundo político. Se comprende que los honores, las intrigas del favor, los éxitos mundanos, eran indiferentes á un hombre de este temple. Pero nadie, escepto los sacerdotes, llega á una vida semejante, sin graves motivos. Esta conducta enigmática tenia su explicacion, una explicacion cruel. Enamorado de su mujer antes de casarse con ella, esta passion habia resistido en el conde á todas las desgracias íntimas de su matrimonio con una viuda, siempre dueña de sí misma, antes como despues de su segundo enlace, y que gozaba de mayor libertad, cuanto que M. de Sérisy la trataba con la indulgencia de una madre hácia una niña mimada. Su constante trabajo le servia de escudo contra pesares del corazon, sepultados en él con ese cuidado de que saben usar los hombres políticos para tales secretos. Comprendia, además, cuán ridiculos hubieran sido sus celos á los ojos del mundo, que de ningun modo hubiese admitido una passion conyugal en un viejo administrador. ¿Cómo pudo fascinarle su mujer desde los primeros dias de su matrimonio? ¿Cómo sufrió desde un principio sin vengarse? ¿Cómo dejó transcurrir el tiem-

po, burlado por la esperanza? ¿Por qué medios le habia esclavizado una mujer jóven, linda y espiritual? ¿Contestar á todas estas preguntas exigiria una larga historia que perjudicaria al asunto de esta escena, y que, si no los hombres, las mujeres al menos sabrán adivinar. Observemos, no obstante, que los inmensos trabajos y los pesares del conde habian contribuido desgraciadamente á privarle de las ventajas necesarias á un hombre para luchar contra peligrosas comparaciones. Así el más horrible de los infortunios secretos del conde, era haber aprobado la repugnancia de su mujer hácia una enfermedad sólo debida á sus trabajos escesivos. Bueno, y aún excelente para con la condesa, la dejaba señora de su casa; ella recibia á todo Paris, iba y venia del campo, ni más ni ménos que si hubiera sido viuda; él velaba por la fortuna de ella y proveia á su lujo como lo hubiera verificado un administrador. La condesa profesaba á su marido la mayor estimacion, gustaba hasta de la gracia de su ingenio; sabia con su aprobacion hacerle venturoso; de suerte que manejaba á su antojo á este pobre hombre, con sólo darle una hora de conversacion. Como los grandes señores de otro tiempo, el conde protegia de tal modo á su mujer, que dejar de considerar á ésta hubiera sido para él una injuria imperdonable. El mundo admiraba en gran manera este carácter, y Mme. de Sérisy era deudora de muchas cosas á su marido. Cualquiera otra mujer, aún cuando hubiese pertenecido á una familia tan distinguida como la de Ronquerolles, hubiera podido considerarse perdida para siempre. La condesa era muy ingrata, pero ingrata con gracia. De vez en cuando vertia bál-

samo sobre las heridas del conde.

Explicemos ahora los motivos del repentino viaje y del incógnito del ministro. Un rico arrendatario de Beaumont-sur-Oise, llamado Léger, explotaba una heredad cuyas piezas se hallaban enclavadas todas ellas dentro de las tierras del conde, y que echaban á perder su magnífica propiedad de Presles. Esta heredad pertenecia á un propietario de Beaumont-sur-Oise, llamado Margueron. El arrendamiento otorgado á Léger en 1799, cuando no podian preverse los progresos agrícolas, se hallaba próximo á terminar, y el propietario rehusó las proposiciones de Léger para un nuevo arrendamiento. Hacia mucho tiempo que M. de Sérisy, deseando desembarazarse de las incomodidades y litigios que causan los *enclaves*, habia concebido la esperanza de adquirir esta finca, sabiendo que toda la ambicion de M. Margueron consistia en hacer nombrar á su hijo único, entonces simple exactor, recaudador particular de Hacienda en Senlis. Moreau señalaba á su protector un peligroso adversario en la persona de Léger padre. El arrendatario, que sabia cuán cara podia vender al por menor esta finca al conde, era capaz de dar por ella dinero suficiente á superar la ventaja que la recaudacion particular ofreceria á Margueron hijo. Dos dias antes, el conde, deseoso de zanjar este asunto, habia llamado á su notario, Alejandro Crottat, y á Derville, su procurador, para examinar las circunstancias del negocio. Por más que Derville y Crottat pusieran en duda el celo del administrador, de quien una carta alarmante habia provocado esta consulta, el conde defendió á Moreau, el cual, segun dijo, hacia diez y

siete años que fielmente le servía.—«Pues bien,—había contestado Derville, aconsejo á vucencia ir en persona á Presles, y convidar á comer á ese Margueron. Crottat enviará allí su primer escribiente con una escritura de venta en toda regla, dejando en blanco las páginas ó las líneas necesarias para la designación del terreno ó de los títulos. Finalmente, para un caso necesario, provéase vucencia de una parte del importe, en un talon contra el Banco, y no olvide el nombramiento del hijo para la recaudación de Senlis. Si no termináis al momento, la finea os escapará de las manos! Vos ignorais, señor conde, las picardias de los aldeanos. Entre un diplomático y un aldeano, sucumbe el diplomático.» Crottat apoyó esta opinión, que, á juzgar por la confianza del criado á Pierrotin, el Par de Francia había adoptado sin duda. El conde había enviado la vispera por la diligencia de Beaumont, una esuela á Moreau, para ordenarle que convidase á comer á Margueron, con objeto de concluir el asunto de los Moulineaux. Antes de este asunto, el conde había mandado restaurar las habitaciones de Presles, y duraba un año que M. Grindot, arquitecto de moda, hacia allí un viaje semanal. Así es, que al tiempo de concluir su adquisición, M. de Sérisy quería examinar las obras y el efecto de los muebles. Contaba sorprender á su mujer al conducirle á Presles, y ponía su amor propio en la restauración de este palacio. ¿Qué acontecimiento había sobrevenido para que el conde, que el día antes se dirigía ostentosamente á Presles, quisiera ahora trasladarse allí de incógnito en el carruaje de Pierrotin?

Aquí se hacen indispensables algunas palabras

acerea de la vida del administrador. Moreau, el administrador de la tierra de Presles, era hijo de un procurador de provincia ascendido, cuando la Revolución, á procurador-sindico de Versalles. En calidad de tal, Moreau padre había casi salvado los bienes y la vida de los señores de Sérisy padre é hijo. Este ciudadano Moreau pertenecía al partido de Danton. Robespierre, implacable en sus odios, le persiguió, acabó por descubrir su paradero y le hizo perecer en Versalles. Moreau hijo, heredero de las doctrinas y de las amistades de su padre, tomó parte en una de las conjuraciones contra el primer cónsul á su advenimiento al poder. Entonces M. de Sérisy, celoso de pagar su deuda de gratitud, hizo evadirse á tiempo á Moreau, que fué condenado á muerte; luego solicitó su indulto en 1804, lo obtuvo, le ofreció primero una plaza en sus oficinas, y definitivamente le nombró su secretario, dándole la dirección de sus asuntos privados. Algun tiempo después del matrimonio de su protector, Moreau se prendó de una doncella de la condesa y se casó con ella. Para evitar los disgustos de la falsa posición en que este enlace le colocaba, del que se encontraba en la corte imperial más de un ejemplo, solicitó la administración de la tierra de Presles en donde su mujer podría darse aires de señora, y donde, en aquel pequeño país, ni uno ni otro experimentarían el menor sufrimiento de amor propio. El conde necesitaba en Presles un hombre de confianza, porque su mujer prefería la habitación de la tierra de Sérisy, que solo dista cinco leguas de París. Tres ó cuatro años después, Moreau poseía la clave de sus asuntos, era inteligente; porque, antes de la

Revolucion, habia estudiado la trampa legal en el despacho de su padre. M. de Sérisy le dijo entonces: — No hareis fortuna, os habeis quemado las pestañas, pero sereis dichoso, porque yo tomo por mi cuenta vuestra suerte. En efecto, el conde señaló mil escudos de sueldo á Moreau, y la habitación de un lindo pabellon al extremo de las habitaciones de los criados; le concedió, además, cierta cantidad de leña para su consumo en la sala de los bosques, avena, paja y heno para dos caballos, y derechos sobre los censos en especie. Un sub-prefecto no tiene tan buenos honorarios. Durante los ocho primeros años de su gestion, el administrador administró Presles concienzudamente; se interesó en ello. El conde, yendo á examinar la posesion, á decidir las compras ó aprobar los trabajos, admirado de la lealtad de Moreau, le demostró su satisfaccion con pródigas gratificaciones. Pero cuando Moreau se encontró padre de una niña, su tercer hijo, se habia establecido en Presles con tal comodidad, que ya no tomó en cuenta á M. de Sérisy ventajas tan exorbitantes. Así, hácia 1816, el administrador que hasta allí no habia hecho más que alojarse cómodamente en Presles, aceptó de buen grado de un traficante en leña una suma de veinticinco mil francos para hacerle firmar, con aumento por otra parte, un contrato de arrendamiento de explotacion de los bosques dependientes de la tierra de Presles, por doce años. Moreau reflexionó así: no disfrutaria de jubilacion, era padre de familia, el conde le debia perfectamente esta cantidad por diez años de administracion próximos á cumplirse; luego, ya legítimo poseedor de sesenta mil francos de economias, si añá-

dia á ellos esta cantidad podria adquirir una heredad de ciento veinte mil francos en el territorio de Champagne, situada en la parte alta de l'Isle-Adam, á la orilla derecha del Oise. Los acontecimientos políticos impidieron al conde y á las gentes del pais fijarse en esta imposicion, hecha á nombre de la señora Moreau, la cual pasó por haber heredado de una tia anciana, en su pais, en Saint-Ló. Desde que el administrador hubo gustado el fruto delicioso de la propiedad, su conducta continuó siempre al parecer la más honrada del mundo; empero, ya no desperdió una sola ocasion de aumentar su fortuna clandestina, y el interes de sus tres hijos le sirvió de emoliente para extinguir los ardores de su probidad; una justicia hay que hacerle, sin embargo, y es que, si aceptó alborokes, si cuidó de sí mismo en los mercados, si llevó sus derechos hasta el abuso, segun el texto del Código continuaba siendo un hombre honrado, y ninguna prueba hubiera sido capaz de apoyar una acusacion en contra suya. Segun la jurisprudencia de las cocineras que ménos sisan en Paris, compartia con el conde las utilidades debidas á su habilidad. Esta manera de completar su fortuna, era un caso de conciencia, hélo ahí todo. Activo, comprendiendo á las mil maravillas los intereses del conde, Moreau acechaba con tanto más cuidado las ocasiones de procurar al conde buenos negocios, cuanto que siempre ganaba en ellos un pródigo regalo. Presles producía setenta y dos mil francos de renta. Así la frase del pais, á diez leguas á la redonda, era la siguiente: — «M. de Sérisy tiene en Moreau otro yo». A fuer de hombre prudente, Moreau colocaba todos los años,

desde 1817, sus beneficios y sus honorarios en el Gran-Libro, redondeando su negocio en medio del secreto más profundo. Había rehusado negocios bajo pretexto de que no tenía dinero, y se hacía también el pobre al lado del conde, que había obtenido dos dotes pios enteros para sus hijos en el colegio de Enrique IV. Actualmente, Moreau poseía ciento veinte mil francos de capital invertidos en el tercio consolidado, llegado al cinco por ciento, y que ascendía desde entonces á ochenta francos. Estos ciento veinte mil francos ignorados y su heredad de Champagne, aumentada con algunas adquisiciones, le constituían una fortuna de unos doscientos ochenta mil francos, produciendo una renta de diez y seis mil.

Tal era la situación del administrador en el momento en que el conde quiso comprar la heredad de los Moulineaux, cuya posesión era indispensable á su tranquilidad. Esta heredad consistía en noventa y seis piezas de tierra cercando, limitando, siguiendo las tierras de Presles, y con frecuencia enclavadas como escaques en un tablero de damas, sin contar los cercados medianeros y unas zanjas divisorias que originaban las más fastidiosas discusiones á propósito de un árbol que debía cortarse, cuando la propiedad se hacía disputable. Cualquiera otro que un ministro de Estado hubiera entablado veinte litigios anuales respecto de los Moulineaux. El padre Léger no quería comprar la finca sinó para revendérsela al conde. Con objeto de asegurar mejor la ganancia de treinta ó cuarenta mil francos, blanco de sus deseos, hacía mucho tiempo que el arrendatario había intentado entendérselas con Moreau. Arrastrado por las cir-

constancias, tres días antes de este sábado crítico, en plena campiña, el padre Léger había demostrado claramente al administrador que podía hacer colocar al conde de Sérisy dinero al dos y medio por ciento neto sobre tierras de conveniencia, esto es, aparentar como de costumbre servir á su protector, hallando en ello un secreto beneficio de cuarenta mil francos que le ofreció.—«A fe mía, había dicho por la noche al acostarse el administrador á su mujer, si saco del asunto de los Moulineaux cincuenta mil francos, porque el conde no dejará de darme diez mil, nos retiraremos á l'Isle-Adam en el pabellon de Nogent.» Este pabellon es una encantadora propiedad, construida en otro tiempo por el príncipe de Conti para una dama, y en donde se habían prodigado toda suerte de comodidades.—Eso me agradaría,—le había respondido su mujer. El holandés que ha venido á fijar su residencia en él, lo ha restaurado muy bien, y nos lo cederá en treinta mil francos, pues se ve obligado á regresar á las Indias.—Nos hallaremos á dos pasos de Champagne, había proseguido Moreau. Confío adquirir en cien mil francos la finca y el molino de Mours. Así poseeríamos diez mil libras de renta en tierras, una de las más deliciosas habitaciones del valle, á dos pasos de nuestros bienes, y nos quedarían unas seis mil libras de renta sobre el Gran-Libro.—¿Pero por qué no pretender tú el empleo de juez municipal en l'Isle-Adam?... Tendríamos allí influencia y mil quinientos francos más.—Oh! ya he pensado en ello.» En esta disposición, al saber que su principal quería venir á Presles y le decía que convidara á Margueron á comer el sábado, Moreau

se habia apresurado á enviar un propio que entregase al primer ayuda de cámara del conde una carta, á una hora sobrado avanzada de la noche, para que M. de Sérisy pudiera tener conocimiento de ella; pero Agustin la depositó sobre la mesa escritorio, segun su costumbre en semejantes casos. En esta carta Moreau rogaba al conde que no se incomodara, fiado en su celo. Ahora bien, segun él, Margueron no queria vender por junto, y hablaba de dividir los Moulineaux en noventa y seis lotes; era preciso hacerle abandonar esta idea, y quizás, decia el administrador, llegar á comprarla á nombre de otro.

Todo el mundo tiene sus enemigos. Ahora bien, el administrador y su mujer habian lastimado en Presles á un oficial retirado, llamado M. de Reybert, y á la mujer de éste. De las palabras á los alfilerazos, se habia llegado hasta las puñaladas. M. de Reybert no respiraba más que venganza, queria hacer perder el empleo á M. Moreau y sucederle en él. Estas dos ideas son hermanas gemelas. Así es que, la conducta del administrador, espiada durante dos años, no tenia secretos para los Reybert. Al tiempo en que Moreau expedía su propio al conde de Sérisy, Reybert enviaba su mujer á Paris. Mme. de Reybert solicitaba con tanta insistencia hablar al conde, que habiendo sido despedida á las nueve de la noche, momento en que el conde se acostaba, fué introducida en presencia de su señoría el día siguiente á las siete de la mañana.— «Monseñor, habia dicho al ministro de Estado, mi marido y yo somos incapaces de escribir anónimos. Soy Mme. de Reybert, hija de Corroy. Mi marido no tiene más que seiscientos francos de retiro y vivimos

en Presles, en donde vuestro administrador nos infligiere afrenta sobre afrenta, por más que seamos personas de calidad. M. de Reybert, que no es un intrigante, no da importancia á esto! Se ha retirado de capitán de artillería en 1816, despues de haber servido por espacio de veinticinco años, siempre lejos del Emperador, señor conde! Y vos debéis saber cuán difícilmente medraban los militares que no se hallaban en presencia del soberano; sin contar que la prohibición, la franqueza de M. de Reybert, disgustaban á sus jefes. Durante tres años, mi marido no ha cesado de estudiar á vuestro administrador, con el propósito de hacerle perder su empleo. Somos francos, ya lo veis. Moreau nos ha hecho sus enemigos, le hemos vigilado. Vengo, pues, á deciros que se burlan de vos en el asunto de los Moulineaux. Quieren robaros cien mil francos que serán repartidos entre el notario, Léger y Moreau. Habeis ordenado convidar á Margueron; contaís con ir á Presles mañana; pero Margueron se fingirá enfermo, y Léger cuenta de tal modo con la línea, que ha venido á realizar sus valores á Paris. Si os hemos descubierto la verdad, si quereis un administrador honrado, tomareis á mi marido; aunque noble, os servirá como ha servido al Estado. Vuestro intendente posee doscientos cincuenta mil francos de fortuna, no será digno de compasión.» El conde habia dado friamente las gracias á Mme. de Reybert, y entonces la habia cumplimentado cortesmente, porque despreciaba la delación; pero al recordar todas las sospechas de Derville, se sintió interjormente desazonado; pues habia divisado de repente la carta de su administrador; la habia leído, y, en las

seguridades de fidelidad, en los respetuosos reproches que recibía acerca de la desconfianza que suponía este empeño en tratar el asunto de por sí y ante sí, había adivinado la verdad acerca de Moreau.—Lo de siempre, la corrupción ha venido con la fortuna! se dijo. Entonces el conde había dirigido á Mme. de Reybert algunas preguntas, no tanto para obtener detalles, como para conseguir el tiempo de observarla, y había escrito á su notario para decirle, que no enviara su primer pasante á Presles, sinó que él en persona fuese á comer allí.—«Si el señor conde, había concluido Mme. de Reybert, me ha juzgado desfavorablemente por el paso que acabo de dar, sin saberlo mi marido, debe estar ahora en la convicción de que hemos obtenido estos informes sobre su administrador de la manera más natural: la conciencia más timorata no hallaría en ello nada que censurar.» Mme. de Reybert, hija de Corroy, permanecía tiesa como un huso. Había ofrecido á las investigaciones rápidas del conde un rostro picado de viruelas, como una espu-madera, un talle escuálido y enjuto, dos ojos claros y ardientes, unos rizos rubios aplastados sobre una frente pensativa, una capota de tafetan verde descolorido, forrada de rosa, un vestido blanco sembrado de violetas, unos zapatos de becerro. El conde había reconocido en ella á la mujer del capitán pobre, aunque puritana, suscritora al *Courrier français*, rebosando virtud, pero sensible á la holgura de un empleo, y habiéndolo codiciado.—«¿Decís que seiscientos francos de retiro? había contestado el conde, contestándose á sí mismo, en vez de contestar á lo que madame de Reybert acababa de referir.—Sí, señor conde.

—¿Sois hija de Corroy?—Sí, señor, una familia noble del país de Messin, el país de mi marido.—¿En qué regimiento servía M. de Reybert?—En el 7.º de artillería.—Está bien! había respondido el conde, escribiendo el número del regimiento. Había pensado poder dar la administración de su tierra á un antiguo oficial, acerca del cual tomaría informes en el ministerio de la guerra.—Señora, había proseguido, llamando á su ayuda de cámara, regresad á Presles con mi notario, quien hallará medio de trasladarse á comer allí, y al cual os he recomendado; hé ahí su dirección. Yo mismo voy en secreto á Presles, y mandaré decir á M. de Reybert que venga á hablarme...» De ahí que la noticia del viaje de M. de Sérisy en el carruaje público, y el encargo de callar el nombre del conde, no alarmaban sin motivo al ordinario; presentía el peligro cerniéndose sobre uno de sus mejores parroquianos.

Al salir del café de l'Echiquier, Pierrotin divisó á la puerta del Leon de Plata á la mujer y el joven en quienes su perspicacia le había hecho reconocer á unos parroquianos; porque la señora, con el cuello estirado, el semblante inquieto, evidentemente le buscaba. Esta señora, vistiendo un traje de seda negra reteñida, un sombrero color *carmelita*, y un viejo cachemir francés, calzada con medias de filadiz y zapatos de piel de cabra, tenía en la mano un esportillo de paja y un paraguas azul *de rey*. Esta mujer, en otro tiempo hermosa, representaba unos cuarenta años de edad; pero sus ojos azules, desprovistos del brillo que da la felicidad, anunciaban que desde mucho tiempo había renunciado al mundo. Así su traje,

como su talante, indicaban una madre del todo consagrada á la casa y á su hijo. Si las cintas del sombrero estaban arrugadas, la hechura contaba mas de tres años. Sujetaba el chal una aguja rota, convertida en alfiler por medio de una bola de lacre. La desoñocida aguardaba con impaciencia á Pierrotin para recomendarle á su hijo, el cual sin duda viajaba solo por primera vez, y al cual ella habia acompañado hasta el carruaje, tanto por desconfianza como por amor maternal. Esta madre era en algun modo el complemento de su hijo; de la misma manera que el hijo, sin la madre no hubiera sido del todo comprendido. Si la madre se veia condenada á llevar guantes usados, el hijo llevaba un gaban color de aceituna, cuyas mangas un poco cortas de los puños, anunciaban que creceria aún, como los adultos de diez y ocho á diez y nueve años. El pantalon azul, remendado por la madre, ofrecia á las miradas un fondo nuevo, mientras que el gaban tenia la crueldad de entreabrirse por detrás.

—No atormentes así tus guantes, que los arrugas,—decia ella, cuando Pierrotin apareció... Sois el conductor.... Ah! pero sois vos, Pierrotin? prosiguió abandonando á su hijo por un momento y llevando al cochero á dos pasos de allí.

—¿Estais buena, Mme. Clapart?—respondió el mensajero, cuyo semblante tomó una expresion de respeto y familiaridad á la vez.

—Sí, Pierrotin. Cuidad mucho de mi Oscar, viaja solo por vez primera.

—Oh! si va solo á casa de M. Moreau?... exclamó

el cochero con objeto de averiguar si el jóven iba allí efectivamente.

—Sí,—respondió la madre.

—¿Conque Mme. Moreau le quiere mucho?—prosiguió Pierrotin, con aire un poco astuto.

—Ay de mí!—dijo la madre, no todo serán flores para él, pobre hijo mio; mas su porvenir exige impetuosamente este viaje.

Esta contestacion chocó á Pierrotin, quien vacilaba en confiar á Mme. Clapart sus temores acerca del administrador, de la misma manera que ella no se atrevia á incomodar á su hijo, haciendo á Pierrotin algunas recomendaciones que hubieran transformado al cochero en mentor. Durante esta mutua deliberacion, que se tradujo en algunas frases acerca del tiempo, acerca del camino, acerca de las paradas durante el viaje, no será inútil explicar que relaciones unían Mme. Pierrotin á Mme. Clapart, y autorizaban las dos frases confidenciales que acababan de cambiar. Con frecuencia, es decir, tres ó cuatro veces al mes, Pierrotin á su paso para Paris, encontraba en la Cueva al administrador, quien al ver venir el carruaje, hacia señas á un jardinero. El jardinero entonces ayudaba á Pierrotin á cargar una ó dos canastas llenas de fruta ó de legumbres, segun la estacion, de pollos, huevos, manteca, caza. El administrador pagaba siempre el porte á Pierrotin, dándole el dinero necesario para satisfacer los derechos de puertas, si el envio contenia artículos sujetos á arbitrios municipales. Estas canastas, estas cestas, estos paquetes, no llevaban nunca sobrescrito. La primera vez, que habia servido para todas, el administrador habia indicado de viva

29682

UNIVERSIDAD DE
BIBLIOTECA GENERAL D.
UNIVERSIDAD NUEVA LEON
CALPONSO REYES
CARRERAS MONTERREY

voz al discreto cochero el domicilio de Mme. Clapart, rogándole que jamás confiara á otros este mensaje. Pierrotin, soñando con una intriga entre alguna hechicera jóven y el administrador, se había dirigido á la calle de la Cerisaie, 7, en el cuartel del Arsenal, en donde había visto á la Mme. Clapart que acaba de seros presentada, en vez de la jóven y hermosa criatura que allí esperaba hallar. Los ordinarios, por su condicion, están llamados á penetrar en muchas interioridades y en muchos secretos; pero la casualidad social, esta segunda providencia, habiéndoles querido sin educacion y desprovistos de talento observador, resulta de ahí que no son peligrosos. Despues de algunos meses, no obstante, Pierrotin no sabía como explicarse las relaciones de Mme. Clapart y M. Moreau por lo que le fué permitido entrever en la casa de la calle de la Cerisaie. Aunque en aquella época los alquileres no eran caños en el cuartel del Arsenal, Mme. Clapart habitaba un tercer piso, en el fondo de un patio, en una casa que debió ser en otro tiempo el hotel de algun gran señor, cuando la alta nobleza del reino habitaba en el antiguo solar del palacio de las Tournelles y del hotel Saint-Paul. A fines del siglo XVI, las grandes familias se repartian aquellos vastos espacios, ántes ocupados por los jardines del palacio de nuestros reyes, como así lo indican los nombres de las calles de la Cerisaie, Beautreillis, de los Leones, etc. Esta habitacion cuyas piezas se hallaban todas cubiertas de antiguas ensambladuras, se componia de tres gabinetes afilerados, un comedor, un salon y un dormitorio. Encima había una coeina y el cuarto de Oscar. Frente á la puerta de entrada,

en lo que en Paris se llama el *carré*, veíase la puerta de un gabinete de paso, practicada en cada piso en una especie de bastimento que contenia tambien la caja de una escalera de madera, y que formaba una torre cuadrada, construida de gruesas piedras. Este aposento era el de Moreau cuando dormia en Paris. Pierrotin había visto en la primera pieza, en donde depositaba las canastas, seis sillas de nogal guarnecidas de paja, una mesa y un *buffet*; cortinillas encarnadas en las ventanas. Más tarde, cuando entró en el salon, observó en él muebles viejos del tiempo del Imperio, pero deteriorados. Por lo demás, no se veía en este salon más que el moviliario exigido por el casero para responder del alquiler. Pierrotin se formó una idea del dormitorio por el salon y el comedor. Las ensambladuras, groseramente pintadas con cola y de un encarnado claro que embadurna las molduras, los dibujos, las figurillas, lejos de ser un adorno, entristecian la mirada. El pavimento de madera, que no se limpiaba nunca, tenia un color gris, como los pavimentos de los colegios. Cuando el cochero sorprendió á M. y Mme. Clapart comiendo, sus platos, sus vasos, todo, revelaba una espantosa miseria; á pesar de ello, usaban cubiertos de plata; pero las fuentes, la sopera, descantilladas, remendadas ni más ni menos que la vajilla del último indigente, inspiraban lástima. M. Clapart, vestido con una corta y mala levita, calzado con unas innobles zapatillas, siempre con gafas verdes en los ojos, le mostraba, al quitarse una horrible gorra de cinco años de edad, un cráneo puntiagudo desde lo alto del cual caian unas hebras delgadas y sucias á las cuales un poeta hubie-

ra negado el nombre de cabellos. Este hombre, de cutis cárdeno, parecía tímido y debía ser despótico. En esta triste habitación, situada al norte, sin más vistas que la de una parra enroscada en la pared de enfrente, de un pozo en un rincón del patio, madame Clapart se daba aires de reina y andaba como una mujer no acostumbrada á hacer uso de los pies. Muchas veces, al dar las gracias á Pierrotin, le dirigía miradas que hubieran conmovido á un observador; de vez en cuando, ella deslizaba en la mano de aquel algunas monedas de doce sueldos. Su voz era encantadora. Pierrotin no conocía á Osear, porque este niño acababa de salir del colegio y nunca le había encontrado en casa. Tal es la triste historia que Pierrotin jamás hubiera adivinado, ni aún pidiendo, como desde algún tiempo lo verificaba, informes á la portera; porque esta mujer nada sabía, sino que los Clapart pagaban doscientos cincuenta francos de alquiler, que no tenían más servicio que el de una mujer durante algunas horas de la mañana, que á veces la señora misma jabolaba la ropa, y pagaba todos los días al cartero, no hallándose al parecer en disposición de satisfacer el porte de muchas cartas á la vez.

No existe, ó mas bien, existe raras veces un criminal completamente criminal. Con mayor razon se hallará, con más dificultad aún, verdadera falta de honradez. Pueden echarse cuentas con desventaja del amo, ó quedarse en el astillero con la mayor parte posible de astillas; pero al tiempo de constituirse un capital por medios más ó ménos licitos, existen pocos hombres incapaces de permitirse alguna buena ac-

ción. Aunque no sea más que por curiosidad, por amor propio, como contraste, por casualidad, todo hombre ha tenido su momento de beneficencia; le llama su error, no lo repite, pero sacrifica en aras del bien, como el más adusto sacrifica en aras de las gracias, una ó dos veces en su vida. Si las faltas de Moreau pueden hallar disculpa, no la hallarán en su perseverancia en socorrer á una pobre mujer, de cuyos favores se habia enorgullecido en otro tiempo, y en cuya casa se ocultó durante sus peligros! Esta mujer, célebre en tiempo del Directorio, por sus relaciones con uno de los cinco reyes del momento, á causa de esta poderosa proteccion, contrajo matrimonio con un proveedor que ganó millones, y al cual Napoleon arruinó en 1802. Este hombre, llamado Husson, se volvió loco, á causa de su brusca transición de la opulencia á la miseria, se arrojó en el Sena, dejando en cinta á la bella Mme. Husson. Entonces Moreau, muy intimamente unido á Mme. Husson, estaba condenado á muerte; no pudo, pues, entregar su mano á la viuda del proveedor, antes se vió obligado á abandonar la Francia por algún tiempo. A los veintidos años de edad, Mme. Husson, en su miseria, casó con un empleado llamado Clapart, jóven de veintisiete años que, como suele decirse, ofrecia algunas esperanzas. Guarde Dios á las mujeres de los hombres guapos que ofrecen esperanzas! En aquella época, los empleados se hacian en breve personas de consideracion, porque Napoleon buscaba las capacidades. Pero Clapart, dotado de una hermosura vulgar, no poseia ninguna inteligencia. Creyendo muy rica á Mme. Husson, habia fingido hácia ella una pasión volcánica; fué una car-

ga para ella, no satisfaciendo, ni en el presente, ni en el porvenir, las necesidades que ella habia contraído durante sus dias de opulencia. Clapart desempeñaba bastante mal en las oficinas de Hacienda un destino que no producía más de mil ochocientos francos de honorarios. Cuando Moreau, de regreso en casa del conde de Sérisy, supo la situación horrible en que Mme. Husson se hallaba, pudo, antes de casarse, colocarla de primera camarera al lado de *Madame*, madre del Emperador. A pesar de esta influyente protección, Clapart nunca pudo adelantar, su nulidad se descubria demasiado. Arruinada en 1815 por la caída del Emperador, la brillante Aspasia del Directorio quedó sin más recursos que un destino de mil doscientos francos de sueldo que se obtuvo para Clapart, gracias á la influencia del conde de Sérisy, en las oficinas de París. Moreau, el único protector de esta mujer á quien habia conocido con muchos millones, obtuvo para Oscar Husson un medio dote pío de París en el colegio de Enrique IV, y por conducto de Pierrotin enviaba á la calle de la Cerisaie cuanto decorosamente puede ofrecerse para socorrer á una familia en la miseria. Oscar era todo el porvenir, toda la vida de su madre. No podia reprocharse á esta pobre madre otro defecto que su exagerada ternura hacia este niño, el jabalí del padrastro. Desgraciadamente Oscar se hallaba dotado de una dosis de necedad que su madre no sospechaba, á pesar de los epigramas de Clapart. Esta necedad, ó para hablar más correctamente, esta presunción, inquietaba de tal modo al administrador, que habia rogado á Mme. Clapart que le enviara al joven por un mes, con objeto de estu-

diarle y adivinar á que carrera debia destinársele. Moreau pensaba presentar un dia Oscar al conde, como su sucesor. Pero para dar con exactitud á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, quizás no sea inútil atribuir las causas del amor propio de Oscar á la circunstancia de haber nacido en la casa de *Madame*, madre del Emperador. Durante su primera infancia, le deslumbraron los resplandores imperiales. Su flexible imaginación debió conservar las huellas de aquellas embriagadoras escenas, guardar una imágen de aquellos tiempos de oro y fiestas, con la esperanza de volver á descubrirlos. La jactancia natural en los colegiales, poseidos todos ellos del deseo de brillar unos sobre otros, apoyada en aquellos recuerdos infantiles, se habia desarrollado en él más de lo que era menester. Acaso tambien la madre recordaba en casa, con sobrada complacencia, los dias en que fuera una de las reinas del París directorial. Finalmente, Oscar que acababa de terminar sus estudios, se habia visto obligado tal vez á rechazar en el colegio las humillaciones que los alumnos que pagan hacen sufrir de intento á los agraciados con un dote, cuando éstos no saben infundirles cierto respeto por medio de una fuerza física superior. Esta mezcla de antiguo esplendor extinguido, de hermosura marchita, de ternura resignada á la miseria, de esperanza en este hijo, de ceguedad maternal, de sufrimientos heroicamente soportados, hacia de esta madre una de esas sublimes figuras que, en París, solicitan las miradas del observador.

Incapaz de adivinar el profundo cariño de Moreau hacia esta mujer, ni el de esta mujer hacia su prote-

gido de 1797, habiendo llegado á ser su único amigo, Pierrotin no quiso comunicar la sospecha que le pasaba por las mientes acerca del peligro que corría Moreau. El terrible «Bastante tenemos que hacer con ocuparnos de nosotros mismos!» del ayuda de cámara, volvió de nuevo al corazón del cochero, así como el sentimiento de obediencia á los que él llamaba *cá-bos de fila*. Además, en aquel momento, Pierrotin se sentía en la cabeza tantos pinchazos como monedas de cien sueldos van contenidas en mil francos! Un viaje de siete leguas se dibujaba sin duda como un viaje muy largo en la imaginación de aquella pobre madre quien, en su vida elegante, raras veces había pasado las barreras; porque estas palabras:—Bien, señora!—sí, señora! repetidas por Pierrotin, decían lo bastante que el cochero deseaba sustraerse á las recomendaciones evidentemente demasiado inútiles y difusas.

—Colocad los paquetes de manera que no se mojen, si cambia el tiempo.

—Tengo una lona,—dijo Pierrotin. Luego, mirad, señora, veis con que cuidado los cargan?

—Oscar, no pases allí más de quince días, por mucho que te insten,—prosiguió Mme. Clapart, volviendo á su hijo. Por más que te esmeres en ello, no podrás agradar á Mme. Moreau; además, debes estar de vuelta á fines de setiembre. Ya sabes que debemos ir á Belleville á ver á tu tío Cardot.

—Sí, mamá.

—Sobre todo,—le dijo ella en voz baja,—nunca hables de los criados.... Acuérdate á todas horas de que Mme. Moreau ha sido camarera....

—Sí, mamá....

Oscar, como todos los jóvenes que pecan por exceso de amor propio, parecía contrariado de verse así advertido á la puerta del Leon de Plata.

—Conque, adios, mamá; vamos á partir, ya han enganchado.

La madre, no acordándose ya de que se hallaba en pleno arrabal Saint-Denis, besó á su Oscar, y le dijo, sacando un hermoso panecillo de su cesta:

—Toma, olvidabas tu panecillo y tu chocolate! Te lo repito, hijo mio, no tomes nada en las posadas, hacen pagar las cosas más insignificantes diez veces más de lo que valen.

Oscar hubiera querido ver á su madre muy lejos, cuando le metió en el bolsillo el pan y el chocolate. Esta escena tuvo dos testigos, dos jóvenes de algunos años más que el escapado del colegio, mejor vestidos que él, venidos sin su madre, y cuyo andar, atavío y maneras, revelaban esa completa independencia, objeto de todos los deseos de un niño aún bajo el yugo inmediato de su madre. Estos dos jóvenes fueron entonces para Oscar el mundo entero.

—Dice *mamá*,—exclamó, riendo, uno de los dos desconocidos.

Estas palabras llegaron al oído de Oscar y determinaron un:—Adios, madre mia! lanzado en un terrible movimiento de impaciencia.

Mme. Clapart, confesémoslo, hablaba un poco demasiado alto, y parecía confiar á los transeúntes su ternura.

—¿Qué es lo que tienes, Oscar?—preguntó esta pobre madre, algo picada. No te conozco, prosiguió con

severidad, creyéndose capaz, (error de todas las madres que miman á sus hijos), de imponerle respeto. Oye, Oscar mio, dijo recobrando al momento su voz tierna; tú tienes propension á charlar, á decir todo lo que sabes y lo que no sabes, y eso por bravata, por un necio amor propio de jóven; te lo repito, piensa en refrenar tu lengua. No tienes aún bastante edad, tesoro mio, para juzgar de las personas en cuya compañía vas á hallarte, y nada más peligroso que hablar en los carruajes públicos. Además, en diligencia, las personas de calidad guardan silencio.

Los dos jóvenes, que sin duda habían ido hasta el fondo del establecimiento, hicieron resonar de nuevo, bajo la puerta cochera, los tacones de sus botas; podían haber oído este sermón; así es que, para desembarazarse de su madre, Oscar echó mano de un remedio heróico, que prueba cuanto el amor propio estimula á la inteligencia.

—Mamá, dijo, estás aquí entre dos aires, podrias coger una fluxion; y además, voy á subir al carruaje.

El muchacho había tocado alguna cuerda sensible, porque su madre se apoderó de él, le abrazó como si se tratara de un viaje muy largo, y le condujo hasta el cabriolé, dejando ver los ojos arrasados de lágrimas.

—No se te olvide dar cinco francos á los criados, —dijo ella. Escribeme al menos tres veces durante estos quince días, pórtate bien y piensa en todas mis advertencias. Llevas bastante ropa blanca para no tener que darla á la colada. En fin, recuerda siempre las bondades de M. Moreau, óyele como á un padre y sigue al pie de la letra sus consejos.....

Al subir al cabriolé, Oscar dejó ver sus medias azules por un efecto de su pantalon que subió bruscamente, y el fondo negro de este por el juego del gaban que se abrió. Así la sonrisa de los dos jóvenes á quienes no escaparon estas señales de una honrosa mediania, fué para el amor propio del jóven una nueva herida.

—Oscar ha guardado el primer asiento, —dijo la madre á Pierrotin. Colócate en el fondo, prosiguió mirando siempre á Oscar con ternura y sonriéndole con amor.

Oh! cuánto sintió Oscar que las desgracias y las penas hubiesen alterado la hermosura de su madre, que la miseria y el cariño la impidiesen estar bien vestida! Uno de los dos jóvenes, el que llevaba botas y espuelas, empujó al otro con el codo para mostrarle la madre de Oscar, y el otro retorcó su bigote con un gesto que significaba:—Linda apariencia!

—¿Cómo desembarazarme de mi madre?—se dijo Oscar con aire pensativo.

—¿Qué es lo que te pasa?—le preguntó madame Clapart.

Oscar fingió no haber oído, el mónstruo! Quizás en esta circunstancia Mme. Clapart carecia de tacto. Pero los sentimientos absolutos son tan egoistas!

—¿Te gustan los niños viajando?—preguntó el jóven á su amigo.

—Sí, cuando estan destetados, cuando se llaman Oscar y cuando llevan chocolate.

Estas dos frases fueron cambiadas á media voz, para dejar á Oscar la libertad de oír ó de no oír; su continencia iba á indicar al viajero la medida de lo que podria tentar contra el niño para distraerse du-

rante el camino. Oscar no quiso haber oído. Miraba en torno, para saber si su madre, que le molestaba como una pesadilla, se encontraba aún allí, porque demasiado sabía cuanto le amaba para abandonarle tan pronto. No solo comparaba involuntariamente con el suyo el vestido de su compañero de viaje, sino que comprendía aún que el atavío de su madre contribuía no poco á la sonrisa burlona de los dos jóvenes.

—¿Si se marchasen? pensó.

Ay! uno de los dos jóvenes acababa de decir al otro, dando un ligero golpe de bastón á la rueda del cabriolé:

—¿Y tú, Jorge, vas á confiar tu porvenir á este frágil leño?

—¡Es necesario!— dijo Jorge con aire fatal.

Oscar lanzó un suspiro, observando la hechura caballeresca del sombrero echado sobre la oreja como para ostentar una magnífica cabellera rubia bien rizada; mientras que él llevaba, por orden de su padrastro, sus cabellos negros cortados sobre la frente á manera de cepillo y rapados como los de la tropa. El vanidoso niño mostraba un semblante redondo y carrilludo, animado por los colores de una brillante salud; mientras que el semblante de su compañero de viaje era largo, fino y pálido. La frente de este joven era despejada, y su pecho se amoldaba á un chaleco de cachemir imitado. Al admirar un pantalón trabajado color gris de hierro, un gabán con alamares ceñido al talle, parecíale á Oscar que aquel romanesco desconocido, dotado de tantas ventajas, abusaba con él de su superioridad, de la misma manera que

una mujer fea se siente humillada á la sola presencia de una mujer hermosa. El ruido del tacon de las botas de montar que el desconocido hacia resonar con exceso para el gusto de Oscar, penetraba hasta su corazón. En fin, Oscar se sentía tan molesto con su traje, confeccionado tal vez en su misma casa, teniendo por patron los viejos vestidos de su padrastro, como aquel envidiado muchacho se sentía cómodo con el suyo.

—Ese joven,— pensó Oscar, debe tener algunas decenas de francos en el bolsillo. El joven se volvió. ¡Qué no pensaría Oscar al apereibir una cadena de oro, pasada al rededor del cuello y al extremo de la cual se hallaba sin duda un reló del mismo metal! Este desconocido adquirió entonces á los ojos de Oscar las proporciones de un personaje. Criado en la calle de la Cerisaie desde 1815, sacado y conducido de nuevo al colegio por su padre en los días de asueto, Oscar no había tenido otros puntos de comparación, desde su pubertad, que el pobre ajuar de su madre. Vigilado severamente segun el consejo de Moreau, no iba al teatro con frecuencia, y no pasaba entonces más allá del teatro del *Ambigu-Comique*, en donde sus miradas no divisaban grande elegancia, si la atención que un niño presta al melodrama, le permitía alguna vez examinar la sala. Su padrastro llevaba aún, segun la moda del tiempo del Imperio, el reló en el bolsillo de sus pantalones, y dejaba colgar sobre su abdomen una gruesa cadena de oro, que terminaba en un paquete de dijes extravagantes, de sellos, una llave de cabeza redonda y aplastada, en la cual se veía un paisaje de mosaico. Oscar, que mi-

raba este viejo lujo como un *non plus ultra*, quedó aturdimado ante aquella revelacion de una elegancia superior y negligente. Aquel jóven mostraba con exceso unos guantes bien conservados, y parecia querer deslumbrar á Oscar agitando con gracia un elegante baston con puño de oro. Oscar llegaba á ese último cuarto de la adolescencia en que los detalles causan grandes alegrías y grandes miserias, en que se prefiere una desgracia á un atavío ridiculo, en que el amor propio, no uniéndose á los grandes intereses de la vida, se funda en frivolidades, en el traje, en el deseo de parecer hombre. Entonces crece uno, y la jactancia se hace más exorbitante, cuanto que se ejerce en fruslerías; pero si se envidia á un necio elegantemente vestido, tambien se entusiasma uno por el talento, tambien se admira al hombre de genio. Estos defectos, cuando no echan raíces en el corazon, acusan la exhuberancia de la savia vital, el lujo de la imaginacion. Que un niño de diez y nueve años, hijo único, retenido severamente en el hogar paterno á causa de la indigencia que atormenta á un empleado de mil doscientos francos, pero adorado, y por quien su madre se impone duras privaciones, permanezca maravillado ante un jóven de veinte y dos años, envidie su gaban con alamares, forrado de seda, su chaleco de cachemira imitada y la corbata sujeta con un anillo de mal gusto, ¿no son por ventura pecadillos cometidos en todas las clases sociales por el inferior que envidia á su superior?... El mismo hombre de genio obedece á esta primera pasion. ¿Rousseau de Ginevra no ha admirado á Ventura y Bacle? Mas Oscar pasó del pecadillo á la falta, se sintió humilla-

do, tomó á pechos á su compañero de viaje, y se despertó en su corazon un secreto deseo de probarle que valia tanto como él. Los dos gallardos mancebos seguian paseándose de la puerta á las cuadras, de las cuadras á la puerta, llegando hasta la calle; y cuando daban la vuelta, miraban siempre á Oscar, agazapado en su rincón. Oscar, persuadido de que las sonrisas burlonas de los dos jóvenes le concernian, afectó la más profunda indiferencia. Se puso á tararear el estribillo de una cancion puesta entonces en boga por los liberales, y que decia:

«La culpa es de Voltaire,
la culpa es de Rousseau.»

Sin duda esta actitud le hizo pasar por un pequeño pasante de procurador.

—Toma, acaso forma parte de los coros de la Opera, —dijo el viajero.

Exasperado, el pobre Oscar dió un salto, levantó el respaldo y dijo á Pierrotin:

—¿Cuándo partiremos?

—Al instante, —respondió el ordinario, que tenia su látigo en la mano y miraba en direccion á la calle d'Enghien.

En este momento, vino á animar la escena un jóven acompañado de un verdadero pilluelo, los cuales aparecieron seguidos de un mandadero arrastrando un cochecillo con la ayuda de una correa. El jóven fué á hablar confidencialmente á Pierrotin, quien meneó la cabeza y se puso á llamar á voces á su factor. El factor acudió para ayudar á descargar el pequeño carruaje que, además de dos maletas, contenia, ollas, brochas, cajas de formas extrañas, una

infinidad de paquetes y utensilios que el más joven de los dos nuevos viajeros, subido en el imperial, iba colocando en él, y hacia esta operación con tal celeridad, que el pobre Oscar, sonriendo á su madre entonces de centinela al lado opuesto de la calle, no percibió uno solo de estos utensilios que hubieran podido revelar la profesion de aquellos nuevos compañeros de viaje. El pilluelo, de unos diez y seis años de edad, vestía una blusa gris sujeta con un cinturón de cuero barnizado. Su gorra, *arrogantemente* colocada de traves sobre su cabeza, anunciaba un carácter risueño, lo mismo que el pintoresco desorden de sus cabellos negros rizados, esparcidos sobre sus espaldas. Su corbata de tafetan negro dibujaba una línea negra sobre un cuello muy blanco, y hacia resaltar aún la vivacidad de sus ojos pardos. La animación de su moreno semblante, colorado, el arco de sus labios bastante fuertes, sus orejas despegadas, su nariz arremangada, todos los detalles de su fisonomía, anunciaban el ingenio burlón de Figaro, el descuido de la juventud; de la misma manera que la viveza de sus gestos, su mirada burlona, revelaban una inteligencia ya desarrollada por la práctica de una profesion abrazada desde edad temprana. Cual si ya poseyera algun valor moral, este niño, convertido en hombre por el arte ó la vocación, parecía indiferente á la cuestion del traje, porque miraba sus botas sin lustre cual si quisiera burlarse de ellas, y su pantalón de sencillo cotí buscando manchas en él, no tanto para hacerlas desaparecer como para apreciar su efecto.

—Estoy elegante! — exclamó sacudiéndose y dirigiéndose á su compañero.

La mirada de éste revelaba una autoridad sobre aquel adepto en quien unos ojos ejercitados hubieran reconocido á ese alegre aspirante á pintor, que en este estilo de taller suele llamarse un *gatito*.

— Formalidad, Mistigris! — respondió el maestro, dándole el apodo que sin duda el taller le habia impuesto.

Este viajero era un joven delgado y pálido, de cabellos negros, en extremo abundantes, y en un desorden completamente caprichoso; pero esta abundante cabellera parecia necesaria á una cabeza enorme cuya vasta frente anunciaba una inteligencia precoz. El rostro atormentado, demasiado original para ser feo, estaba arrugado como si este joven singular sufriese, ya una enfermedad crónica, ya privaciones impuestas por la miseria, que es una terrible enfermedad crónica, ya pesares demasiado recientes para ser olvidados. Su traje, casi análogo al de Mistigris, guardando toda proporción, consistía en una mala levita usada, pero limpia, bien cepillada, de color verde americano, un chaleco negro, abotonado hasta el cuello, como la levita, y que con dificultad dejaba ver en torno de aquel un pañuelo de seda encarnado. Un pantalón negro, tan usado como la levita, flotaba en torno de sus flacas piernas. En fin, unas botas llenas de lodo indicaban que venia á pie y de lejos. Con una mirada rápida, este artista abarcó las profundidades del hotel del León de Plata, las cuadras, los juegos de la luz, los detalles, y miró á Mistigris que le habia imitado con una mirada irónica.

—Bonito! — dijo Mistigris.

—Sí, es bonito, — repitió el desconocido.

—Todavía hemos llegado demasiado temprano,—dijo Mistigris. ¿No podríamos masticar una legumbre cualquiera? Mi estómago es como la naturaleza: tiene horror al vacío!

—¿Podemos ir á tomar una taza de café?—preguntó el jóven, con voz dulce, á Pierrotin.

—Bueno! tenemos un cuarto de hora,—respondió Mistigris, descubriendo así el genio observador innato en los gatuelos de París.

Éstos dos viajeros desaparecieron. Entonces dieron las nueve en la cocina del hotel. Jorge encontró justo y razonable apostrofar á Pierrotin.

—Eh, amigo mio, cuando se goza de un vehículo como este,—dijo dando con su baston sobre la rueda, al menos se tiene el mérito de la exactitud. ¡Qué diablo! no se encajona uno ahí dentro por su gusto, se necesita tener asuntos diabólicamente urgentes para confiar á él sus huesos. Luego, este rocin, al que llamais Rougeot, no nos hará recobrar el tiempo perdido.

—Vamos á engancharos á Bichette, mientras esos dos viajeros toman su café,—respondió Pierrotin. Vé, pues, tú, dijo al factor, á ver si el padre Léger quiere venirse con nosotros....

—¿Y en donde está ese padre Léger?—exclamó Jorge.

—Enfrente, en el número 50, no ha encontrado asiento en el coche de Beaumont,—dijo Pierrotin á su factor, sin responder á Jorge, y desapareciendo en busca de Bichette.

Jorge, á quien su amigo estrechó la mano, subió al carruaje, arrojando antes en él, con aire importante, una gran cartera que colocó debajo del al-

mohadon. Tomó el rincón opuesto al que ocupaba Oscar.

—Ese padre Léger me inquieta,—dijo.

—No pueden quitarnos nuestros asientos, tengo el número uno,—respondió Oscar.

—Y yo el dos,—añadió Jorge.

Al mismo tiempo que Pierrotin aparecía con Bichette, apareció el factor remolcando á un hombre obeso que pesaba ciento veinte kilogramos lo ménos. El padre Léger pertenecía al género del arrendatario barrigudo, de espalda cuadrada, de cabello empolvado, y vestía una levita de lana azul. Sus polainas blancas, subiendo hasta por encima de la rodilla, pellizcaban en ella á unos calzones de terciopelo rayado, abrochados con hebillas de plata. Sus zapatos claveteados pesaban dos libras cada uno. Finalmenté, llevaba en la mano un pequeño baston, rojizo y seco, luciente, de puño grueso, atado con un cordón de cuero en torno de la muñeca.

—¿Os llamais él padre Léger?—dijo sériamente Jorge, cuando el arrendatario intentó colocar un pie sobre el estribo.

—Para servirlos,—dijo el arrendatario, mostrando un semblante parecido al de Luis XVIII, de fuertes carrillos rubicundos, entre los cuales asomaba una nariz que en cualquiera otra cara hubiese parecido enorme. Sus ojos risueños estaban oprimidos por montones de grasa.

—Ea, un empujon, muchacho,—dijo á Pierrotin.

El arrendatario fué levantado por el factor y el ordinario, al grito de: — ¡Houp, ohé, iza, va! lanzado por Jorge.

—Oh! no voy muy lejos, no voy más que hasta la Cueva,—dijo el arrendatario, devolviendo chanza por chanza. En Francia todo el mundo admite y devuelve chanzas.

—Colocaos en el fondo,—dijo Pierrotin, vais á ser seis.

—¿Y vuestro caballo?—preguntó Jorge, es como un tercer caballo de posta?

—Hélo ahí, ciudadano,—dijo Pierrotin.

—A ese insecto le llama caballo,—exclamó, asombrado, Jorge.

—Oh! es buen caballo ese,—dijo el arrendatario, que se habia sentado. Buenos días, señores. ¿Vamos á largarnos, Pierrotin?

—Tengo dos viajeros que toman su taza de café,—respondió el cochero.

El jóven de rostro arrugado y su paje aparecieron entonces.

—Partamos!—exclamó un grito general.

—Vamos á partir,—respondió Pierrotin. Ea, larguémonos, dijo al factor, quien quitó las piedras con que estaban trabadas las ruedas.

El ordinario asió la brida de Rougeot, y dió ese grito gutural de ¡kit! kit! para significar á los dos animales que reunieran sus fuerzas, y aunque notablemente torpes, tiraron del carruaje que Pierrotin colocó ante la puerta del Leon de Plata. Despues de esta maniobra puramente preparatoria, miró en direccion á la calle d'Enghien, y desapareció dejando su carruaje encargado al factor.

—Y bien! se halla sujeto á esos arrebatos vuestro amo? preguntó Mistigris al factor.

—Ha ido á sacar el pienso de la cuadra,—respondió el auvernés, enterado de todas las sutilezas al uso para apurar la paciencia de los viajeros.

—Despues de todo,—dijo Mistigris, *el tiempo es un grande ayuno*, (el tiempo todo lo cura).

Entonces la moda de estropear los refranes reinaba en los talleres de pintura. Era un triunfo hallar un cambio de algunas letras ó de una palabra poco más ó ménos semejante, que daba al proverbio un sentido barroco ó chusco. (1)

—*Paris no se ha edificado en un horno*, (no se ganó Zamora en una hora)—respondió el maestro.

Pierrotin regresó acompañado del conde de Sérisy que habia venido por la calle de l'Echiquier, y con el cual habia tenido sin duda algunos minutos de conversacion.

—Padre Léger, quereis ceder vuestro sitio al señor conde? La carga de mi carruaje estará más equilibrada.

—Y ni dentro de una hora partiremos, si continuais así,—dijo Jorge. Va á ser necesario quitar esta barra infernal que con tanta dificultad hemos colocado, y todos tendrán que apearse por un viajero que acude el último. Cada uno tiene derecho al asiento que ha tomado; ¿cuál es el de ese caballero? Veamos, pasad lista. ¿Teneis una hoja? ¿Teneis un registro? ¿Cuál es el asiento del señor Conde, conde de qué?

—Señor conde...—dijo Pierrotin, visiblemente embarazado, ireis incómodo.

(1) Nos limitamos á traducir literalmente los refranes estropeados, seguidos, en lo posible, del refran equivalente en nuestro idioma, y el lector suplirá con su criterio, la gracia que de ningun modo puede resultar en castellano. (N. del T.)

—¿Conque no conoceis á vuestro conde? preguntó Mistigris. *De los buenos condes salen los buenos tá-mices*, (cuenta y razon sustenta amistad).

—Formalidad, Mistigris!— exclamó gravemente su maestro.

Evidentemente todos los viajeros tomaron á M. de Sérisy por un plebeyo que se apellidaba Conde.

—No molesteis á nadie,—dijo el conde á Pierrotin, me colocaré á vuestro lado en la delantera.

—Ea, Mistigris,—dijo el jóven al gatuelo, acuérdate del respeto que debes á la ancianidad! Tú no sabes cuán horriblemente viejo puedes ser un dia, *los viajes desfiguran á la juventud*; así, cede tu sitio á ese caballero.

Mistigris abrió la delantera del cabrióle y saltó en tierra con la rapidez de una rana que se lanza al agua.

—Vos no podeis ser un conejo, augusto anciano,—dijo á M. de Sérisy.

—Mistigris, *las artes son el amigo del hombre*, le respondió su maestro.

—Muchas gracias, caballero,—dijo el conde al maestro de Mistigris, que así llegó á ser su vecino.

Y el hombre de Estado lanzó al fondo del carruaje una mirada sagaz que ofendió mucho á Oscar y á Jorge.

—Llevamos un retraso de cinco cuartos de hora,—dijo Oscar.

—Cuando se quiere ser dueño de un carruaje se toman todos los asientos,—observó Jorge.

En adelante, seguro de su ineógnito, el conde de

Sérisy nada contestó á estas observaciones, y tomó el aspecto de un plebeyo honachon.

—¿Si os hubiérais retrasado vosotros, no os gustaría que os hubiesen aguardado?—dijo el arrendatario á los dos jóvenes.

Pierrotin miraba hácia la puerta Saint-Denis, teniendo su látigo en la mano, y vacilaba en subir á la dura banqueta donde se agitaba Mistigris.

—Si esperais á alguno,—dijo entónces el conde, yo no soy el último.

—Apruebo esa reflexion,—dijo Mistigris.

Jorge y Oscar se echaron á reir con bastante insolencia.

—El viejo no es listo,—dijo Jorge á Oscar, á quien encantó esta aparente relacion con Jorge.

Cuando Pierrotin se hubo acomodado en su sitio, á la derecha, se inclinó para mirar hácia atrás, sin poder descubrir en la multitud los dos viajeros que le faltaban para un lleno completo.

—Pardiez! dos viajeros más no me perjudicarian.

—Todavía no he pagado, me apeo,—dijo Jorge, asustado.

—¿Y á qué aguardas, Pierrotin?—dijo el padre Léger.

Pierrotin exhaló un cierto ¡hil en el cual Bichette y Rougeot reconocian una resolucion definitiva, y ambos caballos se lanzaron hácia la subida del arrabal, con un paso acelerado que debía bien pronto sosegar-se. El conde tenia un semblante enteramente encarnado, pero de un encarnado ardiente, sobre el cual se destacaban algunas manchas inflamadas y que su cabellera, enteramente blanca, ponía de relieve. A cua-

lesquiera otros que á unos jóvenes, este color hubiera revelado la inflamación constante de la sangre, producida por inmensos trabajos. Estas manchas eclipsaban de tal modo el noble continente del conde, que se necesitaba un atento exámen para descubrir en sus ojos verdes la astucia del magistrado, la profundidad del político y la ciencia del legislador. El rostro era aplastado, la nariz parecía deprimida. El sombrero ocultaba la gracia y la belleza de la frente. Había, en fin, con qué dar que reír á aquella juventud aturdida, en el extraño contraste de una cabellera blanca como la plata con unas cejas anchas, pobladas, que habían permanecido negras. El conde, que vestía una larga levita azul, abotonada militarmente hasta debajo de la barba, llevaba una corbata blanca arrollada al cuello, algodón en las orejas, y un cuello de camisa bastante ancho que trazaba un cuadro blanco en cada mejilla. Su pantalón negro cubría sus botas, de las que apenas asomaba la punta. No llevaba condecoración en el ojal; ocultaba, en fin, sus manos bajo unos guantes de piel de gamo. Ciertamente que para unos jóvenes, nada revelaba en este hombre al Par de Francia, á uno de los hombres más útiles á su país. El padre Léger jamás había visto al conde, quien por su parte no conocía á aquel más que de nombre. Si el conde, al subir al carruaje, lanzó sobre él la mirada perspicaz que acababa de chocar á Oscar y á Jorge, fué porque buscaba al escribiente de su notario para recomendarle el más profundo silencio, en el caso en que, como él, se hubiese visto obligado á tomar el carruaje de Pierrotin; pero tranquilizado por la apariencia de Oscar, por la del padre Léger, y sobre to-

do por el aire casi militar, por los bigotes y las maneras de caballero de industria que distinguían á Jorge, pensó que éste había llegado á tiempo de tomar su billete en casa del maestro Alejandro Crottat.

—Padre Léger,—dijo Pierrotin, al llegar á la dura subida del arrabal Saint-Denis á la calle de la Fidélité, nos apeamos, eh?

—Yo me apeo también,—dijo el conde al oír este nombre; es necesario aliviar á vuestros caballos.

—Ah! si continuamos así, andaremos catorce leguas en quince días,—exclamó Jorge.

—¿Tengo yo la culpa?—dijo Pierrotin; un viajero quiere apearse.

—Diez lises para tí si me guardas fielmente el secreto que te he pedido,—dijo el conde en voz baja, asiendo del brazo á Pierrotin.

—Oh! mis queridos mil francos!—se dijo á sí mismo Pierrotin, después de haber hecho un guiño á M. de Sérisy; como diciendo:—Contad conmigo!

Oscar y Jorge permanecieron en el carruaje.

—Oid, Pierrotin, pues os llamais así,—exclamó Jorge, cuando después de la subida, los viajeros hubieron ocupado de nuevo sus asientos; si no vais á andar más de prisa que hasta aquí, decidlo: pago mi asiento y tomo un jaco en Saint-Denis, porque llevo entre manos asuntos de importancia á los que un retraso podría comprometer.

—Oh! andará,—respondió el padre Léger. Y además, la vía no es ancha.

—Nunca me retraso más de media hora,—replió Pierrotin.

—En fin, no conducís al papa en carricoche, no es verdad?—dijo Jorge; andad, pues.

—No debeis preferencias á nadie, y si teméis traquetear demasiado á ese caballero,—dijo Mistigris, señalando al conde, eso no es justo.

—Todos los viajeros son iguales ante el *coucou*, como los franceses ante la constitucion,—dijo Jorge.

—Tranquilizaos,—dijo el padre Léger, llegaremos á la Chapelle antes de mediodía.

La Chapelle es el lugar contiguo á Saint-Denis. Todos los que han viajado saben que las personas reunidas por casualidad en un carruaje no entran inmediatamente en relaciones; y salvo raras circunstancias, no conversan sino despues de haber avanzado un poco de camino. Esta pausa es necesaria, tanto para un exámen mútuo, como para tomar posesion del sitio que uno ocupa; las almas necesitan tanto reposo como el cuerpo. Cuando cada uno cree haber penetrado la verdadera edad, la profesion, el carácter de sus compañeros, entonces el más hablador da principio á la conversacion, y ésta se empeña con tanto más calor, cuanto que todos han sentido la necesidad de embellecer el viaje y distraer las incomodidades. Así ocurre en los carruajes franceses. En las demás naciones son bien diferentes las costumbres. Los ingleses fundan su orgullo en no despegar los labios, el alemán va triste en carruaje, y los italianos son demasiado prudentes para conversar; los españoles apenas tienen diligencias, y los rusos no tienen caminos. No se divierte uno, pues, sino en las pesadas diligencias de Francia, en este pais tan parlanchin, tan indiscreto, en donde todo el mundo se apre-

sura á reír y hacer gala de su ingenio, en donde la burla lo anima todo, desde las miserias del populacho hasta los graves intereses del rico propietario. Además, la policia no refrena allí mucho la lengua, y la tribuna ha puesto en moda la discusion. Cuando un jóven de veintidos años, como el que se ocultaba bajo el nombre de Jorge, posee algun ingenio, se siente excesivamente impulsado, como en la situacion presente, á abusar de él. Desde un principio Jorge se nombró á sí mismo el sér superior de la reunion. Vió un manufacturero de segundo órden en la persona del conde, á quien tomó por un cuchillero, un alféñique en el misero muchacho acompañado de Mistigris, un pequeño imbécil en Oscar, y en el obeso arrendatario un excelente natural para ser mistificado. Despues de haber tomado sus medidas, resolvió divertirse á costa de sus compañeros de viaje.—Vamos á ver,—se dijo, en tanto que el *coucou* de Pierrotin descendia de la Chapelle para lanzarse á la llanura de Saint-Denis, me fingiré un Estéban ó un Beranger? No, esos imbéciles son muy capaces de no conocer ni á uno ni á otro. ¿Un carbonario? ¡Diablo! podría hacer que me prendieran. ¿Si me fingiese un hijo del mariscal Ney? Bah! qué les referiria entonces? La ejecución de mi padre. Esto seria poco divertido. ¿Si viniese del Champ-d'Asile?... Podrian tomarme por un espia, y desconfiarían de mí. Seamos en principe ruso disfrazado, voy á hacerles tragar famosos detalles acerca del emperador Alejandro. ¿Si pretendiese ser Cousin, el profesor de filosofia?... Oh! cómo podría envolverles! No, el alféñique desgreñado me parece haber arrastrado sus polainas por

las cátedras de la Sorbona. ¿Por qué no he pensado antes en asombrarles? Imito con tal perfección á los ingleses, me hubiera presentado á lo lord Byron viajando de incógnito. ¡Cáspita! me he equivocado. Ser hijo del verdugo?... Hé ahí una arrogante idea para que me cedan el sitio durante el almuerzo. Oh! perfectamente, habré mandado las tropas de Ali, pachá de Janina!....

Durante este monólogo, el carruaje rodaba á través de las oleadas de polvo que incesantemente se alzan de las bajas orillas de aquel camino tan pisado.

—¡Qué polvo!—dijo Mistigris.

—Enrique IV ha muerto,— le replicó su compañero. Al menos si dijeras que huele á vainilla, emitirías una opinion nueva.

—Creéis reiros,— respondió Mistigris; pues bien, esto me recuerda por momentos la vainilla.

—En Oriente....—dijo Jorge, queriendo empezar una historia.

—En el viento....—dijo el maestro á Mistigris, interrumpiendo á Jorge.

—Digo que en Oriente, de donde vengo,—prosiguió Jorge, el polvo huele muy bien; pero aquí no huele á nada, sino cuando se encuentra un depósito de estiércol como este.

—¿El señor viene de Oriente?—dijo Mistigris con aire burlon.

—Bien ves que el señor se halla tan fatigado que se ha colocado en Occidente,— le respondió su maestro.

—No estais tostado por el sol,—dijo Mistigris.

—Oh! acabo de dejar la cama despues de una en-

fermedad de tres meses, cuyo gérmen era, al decir de los facultativos, un cólera tenaz.

—¡Habeis tenido el cólera!—dijo el conde haciendo un gesto de espanto. Pierrotin, parad.

—Adelante, Pierrotin,—dijo Mistigris. Os dicen que ha sido tenaz el cólera, añadió interpelando á M. de Sérisy. Es un cólera en forma de conversacion.

—Una peste de las cuales se dice: ¡Peste!—exclamó el maestro.

—O bien: ¡Peste con el ciudadano!—prosiguió Mistigris.

—Mistigris,—replicó el maestro, os pongo de patitas en el camino, como busqueis camorra. De manera, dijo volviéndose á Jorge, que este caballero ha estado en Oriente?

—Si, señor; primero en Egipto, y luego en Grecia, donde he servido á Ali, pachá de Janina, donde he sufrido una terrible enfermedad. No se resiste á aquellos climas. Así las emociones de todo género que proporciona la vida oriental, me han estropeado el higado.

—Ah! habeis servido?—dijo el obeso arrendatario. ¿Qué edad teneis, pues?

—Veintinueve años,—prosiguió Jorge, á quien miraron todos los viajeros. A los diez y ocho años, parti de soldado raso para la famosa campaña de 1815; pero sólo asisti al combate de Henau, y allí gané el grado de sarjento primero. En Francia, en Montereau, fui ascendido á subteniente, y he sido condecorado por.....(¿no hay polizontes?) por el Emperador.

—¿Estais condecorado,—dijo Oscar, y no llevais la condecoracion?

—La condecoración?... No faltaba más!... ¿Qué persona de calidad lleva sus condecoraciones de viaje? Ahí teneis á ese caballero,—dijo señalando al conde de Sérisy, apuesto cuanto queráis....

—Apostar lo que se quiera es en Francia un modo de no apostar nada,—dijo el maestro á Mistigris.

—Apuesto cuanto queráis,—prosiguió Jorge con afectación, que ese caballero se halla cubierto de colgajos.

—Tengo,—respondió, riendo, el conde de Sérisy, el de gran cruz de la Legion de honor, el de San Andres de Rusia, el del Aguila de Prusia, el de la Anunciata de Cerdeña y el Toison de Oro.

—Perdonad un poco,—dijo Mistigris; ¿y todo eso viaja en un *coucou*?

—Ah! finge bien, ese buen hombre color de ladrillo,—dijo Jorge al oído de Oscar. Eh! no os lo decia? prosiguió en alta voz. Yo, no trato de ocultarlo, adoro al Emperador....

—Yo le he servido,—dijo el conde.

—Qué hombre aquel! ¿no es cierto? — exclamó Jorge.

—Un hombre al cual debo mucho,—respondió el conde, con un aire de imbecilidad muy bien fingido.

—¿Vuestras cruces?—preguntó Mistigris.

—¡Y cuanto tabaco tomaba!—prosiguió M. de Sérisy.

—Oh! y tambien se gozaba en tomarlo de los bolsillos,—dijo Jorge.

—He oído eso,—respondió el padre Léger con aire de incredulidad.

—Y hacia mucho más, mascaba tabaco y fumaba,

—prosiguió Jorge. Yo le he visto fumando, y con gracia, en Waterloo, cuando el mariscal Soult le tomó en brazos y le arrojó en su carruaje, en el momento en que habia empuñado un fusil para cargar á los ingleses!...

—¿Estábais en Waterloo?—dijo Oscar cuyos ojos se abrían desmesuradamente.

—Sí, jóven, he hecho la campaña de 1815. Era capitán en Mont-Saint-Jean, y me retiré al Loira, cuando nos licenciaron. A fe mia, la Francia me disgustó y no pude permanecer en ella. No, me hubiera hecho prender. Así es que me marché con dos ó tres hombres decididos, Selves, Besson y otros, que se hallan á estas horas en Egipto, al servicio del pachá Mohamed, un picaro, vaya! En otro tiempo simple traficante en tabaco, en la Cavalle, está en camino de hacerse príncipe soberano. Le habreis visto en el cuadro de Horacio Vernet, la *Degollacion de los Mamelucos*. ¡Qué bello sujeto! Yo no he querido abjurar la religion de mis mayores y abrazar el Islamismo, tanto más cuanto que para ello se exige una operacion quirúrgica de la cual me importa bien poco. Luego, nadie estima á un renegado. Ah! si me hubiesen ofrecido cien mil francos de renta, tal vez... y aun así?... no. El pachá me mandó dar mil thalari de gratificación.

—¿Cuánto es eso?—preguntó Oscar, que era todo oídos para Jorge.

—Oh! poca cosa. El thalari es como si dijéramos una moneda de cien sueldos. Y á fe mia, que no he ganado la renta de los vicios contraídos en aquel endemoniado país, si es un país aquello. Ahora no pue-

do pasar sin fumar el *narguilé* dos veces al día, y es cosa cara....

—¿Y cómo es, pues, el Egipto?—preguntó M. de Sérisy.

Egipto es todo arena,—respondió Jorge sin concertarse. No hay verdura más que en el valle del Nilo. Trazad una línea verde sobre una hoja de papel amarillo, eso es Egipto. Por ejemplo, los egipcios, los *fellahs*, tienen sobre nosotros una ventaja, allí no hay gendarmes. Oh! recorreríais todo el Egipto, sin encontrar uno.

—Supongo que habrá allí muchos egipcios,—dijo Mistigris.

—No tantos como creéis,—prosiguió Jorge, hay muchos abisinios, giaures, vecabitas, beduinos y copos. En fin, todos esos animales ofrecen tan escasa diversion, que me di por muy satisfecho embarcándome en una polacra genovesa que se dirigía á las islas Jónicas en busca de un cargamento de pólvora y municiones para Ali de Tebelen. ¿No lo sabéis? Los ingleses venden pólvora y municiones á todo el mundo, á los turcos, á los griegos, al diablo, si el diablo tuviese dinero. De manera, que de Zante debíamos dirigirnos á la costa de Grecia, bordeando. Aquí donde me veis, mi nombre de Jorge es famoso en aquel país. Yo soy el nieto de aquel célebre Czerni-Jorge que hizo la guerra á la Puerta, y que por desgracia, en vez de hundirla, se hundió él. Su hijo se refugió en casa del cónsul francés en Smirna y vino á morir á París en 1792, dejando á mi madre en cinta de mí, su séptimo hijo. Nuestros tesoros fueron robados por un amigo de mi abuelo; de suerte que estábamos ar-

ruinados. Mi madre, que vivía del producto de sus diamantes, vendidos uno á uno, contrajo matrimonio en 1799 con M. Yung, mi padrastro, un proveedor. Mi madre ha muerto, he reñido con mi padrastro, quien, sea dicho entre nosotros, es un tacaño; vive todavía, pero no nos tratamos. Ese chino nos ha abandonado á los siete sin decirnos esta boca es mía. Hé aquí, porqué, desesperado, partí en 1815 de soldado raso.... No podríais imaginar con que alegría ese viejo Ali de Tebelen ha recibido al nieto de Czerni-Jorge. Aquí me hago llamar Jorge á secas. El pachá me dió un serrallo....

—¿Habeis tenido un serrallo?—dijo Oscar.

—¿Erais pachá de muchas colas?—preguntó Mistigris.

—¿Cómo no sabéis,—prosiguió Jorge, que sólo el sultan hace pachás, y que mi amigo Tebelen, porque éramos amigos como Borbones, se sublevaba contra el padischá! Sabéis ó no sabéis que el verdadero nombre del Gran-Señor es padischá, y no gran turco ó sultan? No creáis que valga gran cosa un serrallo. Equivale á poseer un rebaño de cabras. Aquellas mujeres son muy bestias, y prefiero cien veces las griseatas de la Chaumière, en Mont-Parnasse.

—Están más cerca,—dijo el conde de Sérisy.

—Las mujeres del serrallo no saben una palabra de francés, y el idioma es necesario para entenderse. Allí me dió cinco mujeres legítimas y diez esclavas. En Janina, esto equivalía á no tener nada. Mirad, en Oriente, eso de tener mujeres, es de muy mal tono, se las tiene como tenemos aquí á Voltaire y á Rousseau; pero quién abre jamás su Voltaire ó su Rous-

seau?... Nadie. Y á pesar de todo, es de buen tono estar celoso. Se cose á una mujer dentro de un saco y se la arroja al agua por una simple sospecha, segun un artículo de su código.

—¿Las habeis arrojado vos?—preguntó el arrendatario.

—Yo, no faltaba más, un francés! Yo las he amado.

Aquí Jorge acarició, retorció sus bigotes y tomó un aire pensativo. Entraron en Saint-Denis, en donde Pierrotin se detuvo ante la puerta del posadero que vende las célebres *talmouses* y donde se apean todos los viajeros. Engañado por las apariencias de verdad mezcladas con las bromas de Jorge, el conde volvió á subir prontamente al carruaje, miró debajo del almohadon la cartera que Pierrotin le habia dicho haber sido colocada allí por este enigmático personaje, y leyó en letras doradas: «Señor Crottat, notario.» Aeto continuo el conde se permitió abrir la cartera, temiendo con razon que el padre Léger se viese acometido de una curiosidad semejante; sacó de ella la escritura referente á la heredad de los Moulineaux, la dobló, la guardó en un bolsillo de su gaban y se dirigió de nuevo á examinar á los viajeros.—Ese Jorge es ni más ni menos que el segundo escribiente de Crottat. Me quejaré á su principal, quien debia enviarme su primer escribiente,—se dijo.

Por el continente respetuoso del padre Léger y de Oscar, Jorge comprendió que tenia en ellos dos fervientes admiradores; se portó, naturalmente, como un gran señor; les pagó unos *talmouses* y una copa de vino de Alicante, lo mismo que á Mistigris y á su

maestro, aprovechando esta largueza para preguntar sus nombres.

—Oh! caballero,—dijo el maestro de Mistigris, yo no me hallo dotado de un nombre ilustre como el vuestro, yo no vengo de Asia....

En el mismo momento, el conde que se habia apresurado á entrar de nuevo en la inmensa cocina del posadero, á fin de no dar que sospechar acerca de su descubrimiento, pudo escuchar el final de esta respuesta.

—....Soy sencillamente un pobre pintor que regreso de Roma, en donde he vivido á expensas del gobierno, despues de haber obtenido el primer premio hace cinco años. Me llamo Schinner.....

—Eh! ciudadano, se os puede ofrecer una copa de Alicante y algunos *talmouses*?—dijo Jorge al conde.

—Gracias,—respondió el conde, jamás me pongo en camino, sin haber tomado mi taza de café á la crema.

—¿Y no tomáis nada entre comida y comida? ¡Cómo Marais, plaza Real é isla Saint-Louis!—dijo Jorge. Hace un momento, cuando *nos ha embromado* acerca de sus condecoraciones, le he creido más fuerte de lo que es,—dijo en voz baja al pintor; pero le pondremos los puntos sobre las *ies* á ese pequeño fabricante de bujías. Ea, valiente, dijo á Oscar, sorbeos la copa escanciada para el droguero, eso os hará poner bigotes.

Oscar quiso hombrear, bebió la segunda copa y comió otros tres *talmouses*.

—Buen vino,—dijo el padre Léger, haciendo castañear su lengua contra su paladar.

—Es tanto mejor,—dijo Jorge, cuanto que viene de Berey! He estado en Alicante, y mirad, así es vino de aquel país como mi brazo se parece á un molino de viento. Nuestros vinos imitados son mucho mejores que los naturales. Vaya, Pierrotin, una copita? Lástima que vuestros caballos no puedan sorber una cada uno, andaríamos más de prisa.

—Oh! no vale la pena, tengo ya un caballo *gris* (ébrio),—dijo Pierrotin mostrando á Bichette.

Al oír este vulgar *calenbour*, Oscar vió en Pierrotin un muchacho prodigioso.

—Marchemos! Esta palabra de Pierrotin resonó en medio de los chasquidos del látigo, cuando los viajeros se hubieron embutido en el carruaje. Eran las once. El tiempo un tanto nublado se despejó, el viento norte desgarró las nubes, el azul del éter brilló á trechos; así es que cuando el carruaje de Pierrotin se lanzó hácia la estrecha cinta del camino que separa á Saint-Denis de Pierrefitte, el sol había absorbido por completo los delgados vapores cuyo velo diáfano envolvía los famosos paisajes de aquella región.

—Y bien! por qué habeis abandonado, pues, á vuestro amigo el pachá?—dijo el padre Léger á Jorge.

—Era un tunante singular,—dijo Jorge con aire que ocultaba muchos misterios. Figuraos que me da el mando de su caballería!..... muy bien.

—Ah! por eso lleva espuelas, pensó el pobre Oscar.

—En mis tiempos, Ali de Tebelen tenía que deshacerse de Chosrew-Pachá, otro pícaro! ¡Aquí le llamais Chaureff, pero su nombre en tureo se pronuncia Cossereu. En otro tiempo debeis haber leído en los periódicos que el viejo Ali ha apaleado fuertemente á

Chosrew. Pues bien, sin mí, Ali de Tebelen hubiese sido derrotado algunos días antes. Yo me hallaba en el ala derecha, y veo á Chosrew, un viejo perillan que pone en fuga á nuestro centro.... oh! allí, firme y con un bello movimiento á lo Murat. Bien, tomo mis medidas, doy una carga á fondo á la carrera y corto en dos la columna de Chosrew que había traspasado el centro y se hallaba en descubierto. Comprendeis.... ah! cáspita, terminado el asunto, Ali me abrazó.

—¿Eso se usa en Oriente?—dijo el conde de Sérisy con aire chocarrero.

—Sí, señor,—prosiguió el artista, eso se usa en todas partes:

—Hemos hecho retroceder á Chosrew un espacio de treinta leguas,... como si cazáramos, pues!—prosiguió Jorge. Los turcos son unos perfectos caballeros. Ali me ha dado yataganes, fusiles y sables!.... cuanto he querido. De regreso á su capital, ese endiablado farsante me ha hecho proposiciones que no me convenian. Esos orientales son pícaros cuando tienen una idea.... Ali quería hacerme su favorito, su heredero. En cuanto á mí, me bastaba aquella vida; porque, despues de todo, Ali de Tebelen se hallaba en rebeldía contra la Puerta, y yo juzgué conveniente tomar la ídem. Pero quiero hacer justicia á M. de Tebelen, me ha colmado de regalos: diamantes, diez mil thalaris, mil monedas de oro, una hermosa griega para groom, un pequeño aeronauta por compañero y un caballo árabe. Vaya, Ali pachá de Janina es un hombre no comprendido, merece un historiador. Sólo en Oriente se encuentran esas almas de bronce, que lo hacen todo durante veintè años para poder vengar

una ofensa en una hermosa mañana. Al principio tenía la más hermosa barba blanca que pueda darse, un semblante duro, severo....

—¿Pero qué habeis hecho de vuestros tesoros?— dijo el padre Léger.

—Ah! mirad. Aquella gente no tiene Gran Libro, ni banco de Francia, me llevé, pues, mis bagages en una tartana griega que fué pellizcada por el Capitan-Pachá en persona! Aquí donde me veis, he estado á pique de ser empalado en Smyrna. Si, á fe mia, sin M. de Rivière que se hallaba allí de embajador, me tomaban por un cómplice de Ali-Pachá. He salvado mi cabeza, para hablar honradamente, pero los diez mil thalaris, las mil monedas de oro, las armas, ¡oh! todo ha sido engullido por el *sediento* tesoro del Capitan-Pachá. Mi posicion era tanto más difícil cuanto que este Capitan-Pachá no era otro que Chosrew. Despues de su derrota, el pícaro habia obtenido este empleo, equivalente al de gran almirante en Francia.

—Pero por lo visto estaba en la caballeria,—dijo el padre Léger que seguia con atencion el relato de Jorge.

—Oh! como se ve que el Oriente es poco conocido en el departamento de Seine-et-Oise!—exclamó Jorge. Caballero, hé ahí los turcos: vos sois arrendatario, el padischá os nombra mariscal; si no desempeñais vuestras funciones á su gusto, tanto peor para vos, os cortan la cabeza: es su manera de destituir á los funcionarios públicos. Un jardinero pasa á prefecto, y un primer ministro vuelve á ser *tchiaoux*. Los otomanos no conocen las leyes acerca de los ascensos y las gerarquías. De caballero, Chosrew habia llegado

á ser marino. El Padischá Mahmoud le habia encargado que se apoderara de Ali por mar, y se hizo, en efecto, dueño de él, pero ayudado de los ingleses que han llevado la mejor parte, los ¡tunantes!, han echado mano á los tesoros. Este Chosrew, quien no habia olvidado la leccion de equitacion que yo le di, me reconoció. Ya comprendereis que mi suerte estaba echada para el otro mundo, si no hubiera tenido la idea de hacerme reclamar en calidad de francés y de trovador cerca de M. de Rivière. El embajador, satisfecho de exhibirse, pidió mi libertad. Los turcos tienen esto de bueno en su carácter, os sueltan con la misma facilidad con que os cortan la cabeza, todo les es indiferente. El cónsul de Francia, un hombre excelente, amigo de Chosrew, me hizo restituir dos mil thalaris; de manera que su nombre, puedo decirlo, está grabado en mi corazon....

—¿Vais á nombrarle?—preguntó M. de Sérisy.

El conde dejó ver en su semblante una expresion de asombro, cuando Jorge le dijo, en efecto, el nombre de uno de nuestros más notables cónsules generales que á la sazón se hallaba en Smyrna.

—Asistí por via de entretenimiento á la ejecucion del comandante de Smyrna, á quien el Padischá habia ordenado á Chosrew que condenase á muerte, una de las cosas más curiosas que he visto, por más que he visto muchas, en breve os la contaré mientras almorzamos. De Smyrna me trasladé á España, al saber que se hacia en ella una revolucion. Oh! me he dirigido directamente al general Mina, quien me ha nombrado su ayudante con grado de coronel. Me he batido por la causa constitucional que va á sucumbir,

porque vamos á entrar en España un dia de estos.

—¿Y vos sois oficial francés?—dijo severamente el conde de Sérisy. Contais con la completa discrecion de cuantos os escuchan?

—Pero no hay entre ellos delatores,—dijo Jorge.

—Conque no pensais, coronel Jorge,—dijo el conde, que en este momento se está juzgando en la cámara de los Pares una conspiracion que hace al gobierno muy severo con los militares que levantan armas contra la Francia, y que traman intrigas en el extranjero con el designio de derribar á nuestros legítimos soberanos!....

Al oír esta terrible observacion, el pintor se puso encarnado hasta las orejas, y miró á Mistigris que pareció turbarse.

—Y bien?—dijo el padre Léger, despues?

—Si, por ejemplo, yo fuese magistrado, no seria mi deber,—respondió el conde, mandar prender al ayudante de Mina por los gendarmes de la brigada de Pierrefite, y designar como testigos á todos los viajeros que se hallan en el carruaje?....

Estas palabras cortaron tanto más la palabra á Jorge cuanto que llegaban ante la brigada de gendarmeria, cuya bandera blanca flotaba, en términos clásicos, á merced del céfiro.

—Teneis demasiadas condecoraciones, para permitiros semejar cobardía,—dijo Oscar.

—Vamos á pincharle de nuevo,—dijo Jorge al oído de Oscar.

—Coronel,—exclamó Léger á quien molestaba la ocurrencia del conde de Sérisy y que queria cambiar de conversacion; en los paises que habeis visitado,

como se cultiva la tierra? ¿Cuáles son sus sembrados?

—En primer lugar, ya comprendereis, amigo mio, que aquella gente se halla demasiado ocupada en cuidarse á si misma para pensar en cuidar sus tierras... (El conde no pudo reprimir una sonrisa. Esta sonrisa tranquilizó al narrador.)... Pero tienen un modo de cultivar que va á pareceros chusco. No cultivan nada absolutamente; tal es su modo de cultivar. Los turcos, los griegos, esta gente come cebollas ó arroz....

Recogen el opio de sus adormideras, que les producen mucho; y luego tienen el tabaco que crece espontáneamente, el famoso *Lattaqui!* luego los dátiles! haces de cañas de azúcar que crecen sin cultivo. Es un pais lleno de recursos y de comercio. En Smyrna se fabrican muchos tapices, y no cuestan caros.

—Pero,—dijo Léger, si los tapices son de lana, no proceden sino de los carneros; y para tener carneros se necesitan praderas, heredades, un cultivo.....

—Debe haber algo parecido á eso,—dijo Jorge; pero el arroz crece en el agua, primero; despues, yo he bordeado siempre las costas y no he visto más que paises devastados por la guerra. Además, profeso la más profunda aversion á la estadística.

—¿Y los impuestos?—dijo el padre Léger.

—Ah! los impuestos son onerosos. Se lo arrebatan todo, pero les dejan el resto. Encantado de las ventajas de este sistema, el pachá de Egipto se preparaba á organizar su administracion bajo este pie, cuando me he separado de él.

—¿Pero cómo puede ser eso?...—dijo el padre Léger que no comprendia una palabra.

—¿Cómo?—dijo Jorge. Pero hay unos agentes que

se apoderan de las recolecciones, dejando á los *fellahs* lo preciso para vivir. Así, en aquel sistema, nada de protocolos ni de burocracia, la llaga de la Francia... Ah! eso es!....

—¿Pero en virtud de qué?—dijo el arrendatario.

—Es un país despótico, hélo ahí todo. ¿No conocéis la bella definición de Montesquieu acerca del despotismo? «Como el salvaje, corta el árbol por el tronco, con objeto de poseer su fruto.»

—Y quieren hacernos retroceder á eso,—dijo Mistigris; pero *cada escaldado teme el agua fria* (gato escaldado huye del agua fria).

—Y se retrocederá! exclamó el conde de Sérisy. Así es que los que poseen tierras harán bien en venderlas. M. Schinner ha debido ver de que modo todas esas cosas se verifican en Italia.

—*Corpo di Bacco!* el Papa no se descuida!—prosiguió Schinner. Pero están acostumbrados á ello. Los italianos son tan buenos! Se dan por contentos con tal que les dejen un poco asesinar á los viajeros en los caminos.

—Pero,—prosiguió el conde, vos tampoco lleváis la condecoración de la Legión de honor que habeis obtenido en 1819, es, pues, una moda general?

Mistigris y el fingido Schinner se ruborizaron hasta las orejas.

—En cuanto á mí, ya es otra cosa,—prosiguió Schinner, quisiera no ser conocido. No me delateis, caballero. Se me tiene por un misero pintor sin importancia, paso por un decorador. Voy á un palacio donde no debo despertar la menor sospecha.

—Ah!—exclamó el conde, una aventura afortuna-

da, una intriga?... Oh! sois bien dichoso con vuestra juventud....

Oscar, que reventaba de rabia de no ser nada, y de no tener nada que referir, miraba al coronel Czerni-Jorge, al gran pintor Schinner, y buscaba los medios de metamorfosearse en algo. ¿Pero que podía ser un muchacho de diez y nueve años, al que se enviaba al campo quince ó veinte días, al lado del administrador de Presles? El vino de Alicante se le subía á la cabeza y su amor propio hacia hervir la sangre en sus venas; de manera que cuando el famoso Schinner dejó adivinar una aventura novelesca cuya felicidad debía ser tan grande como el peligro, clavó en él unos ojos chispeantes de rabia y de envidia.

—Ah!—dijo el conde con aire envidioso y crédulo, es necesario amar mucho á una mujer para hacerle tan enormes sacrificios....

—¿Cuáles sacrificios?—exclamó Mistigris.

—¿Conque no sabeis, amiguito, que un techo pintado por tan gran maestro se cubre de oro?—respondió el conde. Veamos: si la lista civil os paga en treinta mil francos los techos de dos salas del Louvre,—prosiguió mirando á Schinner; para un propietario, como decís de nosotros en vuestros talleres, un techo vale bien veinte mil francos; ahora bien, apenas se darán dos mil á un oscuro decorador.

—El dinero que uno deja de ganar no es la mayor pérdida,—respondió Mistigris. Pensad, pues, que será una obra maestra, y que será necesario dejar de firmarla para no *comprometerla!*

—Ah! de buena gana devolvería todas mis cruces á los soberanos de Europa, para ser amado como lo

es un jóven á quien el amor inspira tales sacrificios! —exclamó M. de Sérisy.

—Ah! eso es, —dijo Mistigris, uno es jóven, es amado, tiene mujeres, y como suele decirse: *abundancia de perros no perjudica*, (por mucho pan nunca mal año).

—¿Y qué dice á todo eso Mme. Schinner?—prosiguió el conde, porque os habeis casado por amor con la bella Adelaida de Rouville, la protegida del viejo almirante Kergaronet, quien os ha hecho obtener vuestros techos del Louvre, por influencia de su sobrino el conde de Fontaine.

—¿Acaso un gran pintor es casado cuando viaja?—observó Mistigris.

—¿Es esa la moral de los talleres?—exclamó néciamente el conde de Sérisy.

—¿Es mejor la moral de las eórtes en donde habeis obtenido vuestras condecoraciones?—dijo Schinner, quien recobró su sangre fria un momento turbada por el conocimiento que demostraba el conde de los encargos hechos á Schinner.

—No he solicitado siquiera una, —respondió el conde, y creo haberlas ganado todas lealmente.

—Y eso os viene como un notario en una pierna de palo, (como pedrada en ojo de boticario), —replicó Mistigris.

M. de Sérisy no quiso descubrirse, tomó un aire de bondad, mirando el valle de Groslay que se descubre al tomar en la Patte-d'Oie el camino de Saint-Brice, y dejando á la derecha el de Chantilly.

—Mentira, —dijo refunfuñando Oscar.

—Roma es tan hermosa como la pintan?—preguntó Jorge al gran pintor.

—Roma no es bella sino para los que aman, se necesita sentir una pasión para encontrarse bien allí; pero, como ciudad, prefiero Venecia, aunque he estado á pique de ser asesinado en ella.

—A fé mia, sin mí, —dijo Mistigris, se os zampaban lindamente! Ese endiablado farsante de lord Byron es quien os ha valido eso. Oh! ese extravagante inglés estaba loco!

—Chiton! —dijo Schinner, no quiero que se sepa mi ocurrencia con lord Byron.

—Confesad de todos modos, —respondió Mistigris, que os habeis alegrado mucho de que yo aprendiera á tirar el chanelo.

De vez en cuando, Pierrotin cambiaba con el conde de Sérisy miradas singulares capaces de inquietar á personas un poco más expertas que los cinco viajeros.

—Lores, pachás, techos de treinta mil francos. Ah! eso es, —exclamó el ordinario de l'Isle-Adam, yo llevo soberanos hoy? ¡Qué propinas!

—Sin contar que los asientos están pagados, —dijo astutamente Mistigris.

—A propósito, prosiguió Pierrotin; padre Léger, bien sabeis que mi hermoso carruaje nuevo sobre el cual he dado en arras dos mil francos... Pues bien, esos canallas de constructores á quienes mañana debo contar dos mil quinientos francos, no han querido aceptar á cuenta mil quinientos francos y recibir un pagaré de mil á dos meses fecha!... Esos extranguladores lo quieren todo. Ser duro hasta ese punto con un hombre establecido hace ocho años, con un padre

de familia, y ponerle en peligro de perderlo todo, dinero y carruaje, si no encuentro un miserable billete de mil francos! Ohé, Bichette! No jugarian esta mala pasada á las grandes empresas, vaya!

—Ah! diablo, *donde no hay dinero no hay sebo*— dijo el gatuelo.

—No os faltan más que ochocientos francos,— respondió el conde, viendo en esta queja dirigida al padre Léger una especie de letra de cambio girada contra él.

—Es verdad,—dijo Pierrotin. ¡J! ¡j! Rougeot.

—Debisteis ver hermosos techos en Venecia,—prosiguió el conde, dirigiéndose á Schinner.

—Estaba demasiado enamorado para fijar mi atención en lo que entonces no me parecía más que bagatelas,—respondió Schinner. Deberia, no obstante, hallarme bien curado del mal de amores, porque he recibido, precisamente en los Estados venecianos, en Dalmacia, una cruel leccion.

—¿Puede saberse eso?—preguntó Jorge. Conozco la Dalmacia.

—Pues bien, si habeis estado allí, debeis saber que en el fondo del Adriático todos son viejos piratas, foragidos, corsarios retirados de los negocios, cuando no han sido ahorcados, unos.....

—*Uscoques*, en fin,—dijo Jorge.

Al oír el nombre propio, el conde, á quien Napoleón habia enviado en otro tiempo á las provincias de Iliria, volvió la cabeza, tan grande era su asombro.

—En esa ciudad es donde se fabrica el marrasquino,—dijo Schinner, pareciendo buscar un nombre.

—¡Zara!—dijo Jorge; tambien lo conozeo, está en la costa.

—Eso es,—prosiguió el pintor. Yo iba allí para observar el pais, porque adoro los paisajes. Hace veinte veces que deseo dedicarme al paisaje, género que nadie, en mi opinion, comprende, escepto Mistigris, quien algun dia continuará la obra de Hobbéma, Ruysdaël, Claudio Lorrain, Poussin y otros.

—Pero,—exclamó el conde, con tal que continúe á uno solo de todos esos habrá hecho lo bastante.

—Si interrumpís siempre á ese caballero, no sabremos nada,—dijo Oscar.

—Además, no es á vos á quien el señor se dirige,—dijo Jorge al conde.

—No es de buena educacion eso de cortar la palabra,—añadió sentenciosamente Mistigris; pero todos hemos hecho otro tanto, y perderíamos mucho si no sembráramos el discurso de graciosos comentarios, cambiando así nuestras reflexiones. Todos los franceses son iguales ante el *coucou*, ha dicho el nieto de Jorge. Así, continuad, agradable anciano, *embromadnos*. Eso se hace en los mejores círculos sociales; y ya sabeis el proverbio: *Es preciso hacer dobladillos con los lobos*, (donde quiera que fueres haz lo que vieres).

—Me habian contado maravillas de la Dalmacia,—prosiguió Schinner, me dirijo allí, pues, dejando á Mistigris en Venecia, en la posada.

—En la *locanda*!—dijo Mistigris, respetemos el color local.

—Zara es, como dicen, una asquerosidad.....

—Si,—dijo Jorge, pero está fortificada.

—Pardiez!—dijo Schinner, las fortificaciones figuraran mucho en mi aventura. En Zara se encuentran muchos boticarios, me alojo en la casa de uno de ellos. En los países extranjeros el oficio principal de cada uno consiste en alquilar habitaciones amuebladas, los demás oficios son accesorios. Por la noche me asomo á mi balcón, despues de cambiarme la camisa. Ahora bien, en el balcón de enfrente, distingo una mujer, oh! pero qué mujer, una griega, con esto está dicho todo, la criatura más hermosa de la ciudad: unos ojos como almendras, unos párpados que se abrían como celosías, y unas cejas como pinceles: un rostro ovalado capaz de enloquecer á Rafael, un cutis de un colorido delicioso, cutis fino, aterciopelado..... unas manos..... ¡oh!....

—Que no eran de manteca como las de las pinturas de la escuela de David,—dijo Mistigris.

—Eh! siempre nos habláis de pintura,—exclamó Jorge.

—Ah! eso es, *alejad el natural, os vuelve al buche*,—replicó Mistigris.

—¡Y un traje! griego puro,—prosiguió Schinner. Ya comprendéis, héme ahí hecho un incendio. Interrogo á mi Diaforus, me dice que esta vecina se llama Zena. Me cambio de camisa. Para casarse con Zena, el marido, viejo infame, ha dado trescientos mil francos á los padres, tan célebre era la hermosura de aquella jóven, verdaderamente la más hermosa de toda la Dalmacia, Iliria, Adriático, etc. En aquel país compra uno á su mujer, y sin ver....

—No iré por allí,—dijo el padre Léger.

—Hay noches en que alumbran mi sueño los ojos

de Zena,—prosiguió Schinner. Aquel primer marido tenia sesenta y siete años. Bien! pero era celoso, no como un tigre, porque se dice de los tigres que son celosos como un dalmata, y mi hombre era peor que un dalmata, valia tres dalmatas y medio. Era un *Uscopé*, un *tricoque*, un *archicoque* en una bicoca.

—En fin, uno de esos enamorados que *no atan sus perros con cien suizos*, (que no atan sus perros con longanizas),—dijo Mistigris.

—Magnifico,—dijo Jorge, riendo.

—Habiendo sido corsario, tal vez pirata, mi picaro se alababa de matar un cristiano, como yo de escupir,—prosiguió Schinner. Perfectamente. Además, era riquísimo, contaba sus riquezas por millones, el viejo miserable! Y era feo como un pirata á quien no sé que pachá habia cortado las orejas, y habia perdido un ojo no sé donde.... El ogro se servia lindamente del ojo que le quedaba, y os suplico que me creais, si os digo que tenia cien ojos.—Jamás, me dijo el pequeño Diaforus, se separa de su mujer.—Si ella llegase á necesitar de vuestros auxilios, yo os sustituiria disfrazado; es una jugada que nunca ha carecido de éxito en vuestras comedias, le respondí. Seria difuso pintaros los tiempos más deliciosos de mi vida, esto es, los tres dias que pasé asomado á mi ventana, cambiando miradas con Zena y cambiando de camisa todas las mañanas. Era el asunto tanto más espinoso cuanto que los menores movimientos eran significativos y peligrosos. En fin, Zena juzgó sin duda que sólo un francés, un artista, era capaz en el mundo de mirarla con ojos dulces en medio de los abismos que la rodeaban; y como quiera que odiaba á su horrible

pirata, contestaba á mis miradas con otras capaces de elevar á un hombre á la bóveda del paraíso, sin garuchas. Llegué á la altura de don Quijote. Yo me exaltaba, me exaltaba. Al fin exclamé:—Sea! el viejo me matará, pero iré á su casa! Nada de estudios de paisaje, estudiaba la bicoca del *Uscoque*. Durante la noche, habiéndome puesto la más perfumada de mis camisas, atraveso la calle, y entro....

—¿En la casa?—dijo Oscar.

—¿En la casa?—prosiguió Jorge.

—En la casa,—repitió Schinner.

—Pues bien, sois un valiente,—exclamó el padre Léger, yo no hubiera entrado.

—Con mayor razon cuanto que no hubiérais podido pasar por la puerta,—respondió Schinner. Entro, pues,—prosiguió, y siento dos manos que toman las mias. No digo una palabra, porque aquellas manos, suaves como la piel de una cebolla, me recomendaban el mayor silencio! Me soplan al oido en veneciano:—¡Duerme! Luego, cuando estuvimos seguros de que nadie podia encontrarnos, Zena y yo fuimos á pasearnos por las murallas, pero acompañados, si os place, de una vieja dueña, fea como un viejo portero, y que nos seguía como nuestra sombra, sin que me fuera posible decidir á la señora pirata á separarse de tan absurda compañera. A la noche siguiente se repite la escena; yo queria mandar despedir á la vieja, Zena se resiste á ello. Como mi amante hablaba griego y yo veneciano, no podíamos entendernos; así, dejamos de discutir. Yo me dije al mudarme la camisa:—Seguramente, mañana ya no habrá vieja, y nos reconciliaremos cada uno en su lengua materna. Pues

bien, la vieja fué quien me salvó, vais á verlo. Hacía un tiempo tan hermoso, que para no inspirar sospechas fuí á matar el tiempo contemplando el paisaje. Despues de haberme paseado á lo largo de las murallas, regreso tranquilamente con las manos en los bolsillos, y encuentro la calle obstruida de gente. ¡Qué muchedumbre aquella! Lo mismo que si se tratara de una ejecucion! Esta muchedumbre se abalanza sobre mí. Me veo preso, agarrotado, conducido y vigilado por agentes de policia. No! no sabeis, y deseo que nunca lo sepais, lo que es pasar por un asesino á los ojos de un populacho desenfrenado, que os arroja piedras, que aulla en pos de vosotros desde un extremo á otro de la calle principal de una pequeña ciudad, que os persigue con gritos de muerte. Ah! cada ojo es una hoguera, cada boca una injuria, y aquellas llamaradas de odio ardiente creen al grito espantoso de: ¡Muera! ¡abajo el asesino! que desde lejos parece un coro de chantres.

—¿Conque gritaban en francés aquellos dálmatas?...—preguntó el conde á Schinner, nos referís esa escena como si os hubiera ocurrido ayer.

Schinner permaneció desconcertado.

—El tumulto habla el mismo idioma en todas partes,—dijo el profundo político Mistigris.

—En fin,—prosiguió Schinner, cuando llego al palacio del lugar, y en presencia de los magistrados del país, sé que el maldito corsario ha muerto envenenado por Zena. Bien hubiera querido mudarme la camisa. Palabra de honor, yo no sabia una palabra de aquel melodrama. Parece que la griega mezclaba opio (abundan allí tanto las adormideras, como dice

ese caballero!), al grog del pirata, con objeto de robarle un momento de libertad para pasearse, y la víspera, aquella desgraciada mujer habia equivocado la dosis. La inmensa fortuna del condenado pirata era causa de toda la desgracia de mi Zena; pero explicó tan sencillamente las cosas, que desde un principio yo, según la declaración de la víspera, fui proclamado inocente, con una orden del alcalde y del comisario de policía austriaco que me mandaban trasladarme á Roma. Zena, que abandonó á los herederos y á la justicia gran parte de las riquezas de su marido, salió, según me han dicho, del apuro, con dos años de reclusion en un convento donde se halla todavía. Iré á pintar su retrato, porque dentro de algunos años todo se habrá olvidado. Tales son las necesidades que comete uno á los diez y ocho años.

—Y me dejasteis sin un céntimo en la *locanda* de Venecia,—dijo Mistigris. Desde Venecia fui á reunirme con vos á Roma, limpiando, á cinco francos uno, retratos que no me pagaban; pero fueron los días más felices de mi vida! *La felicidad*, como suele decirse, *no habita debajo de ombligos dorados*, (la felicidad no habita bajo dorados techos).

—Figuraos las reflexiones que me atormentarian en una cárcel dalmática, encerrado en ella sin protección, debiendo responder á los austriacos de Dalmacia, y amenazado de perder la cabeza por haberme paseado dos veces con una mujer obstinada en llevar consigo á su portera. Eso se llama ser desgraciado!—exclamó Schinner.

—¿Cómo,—dijo candorosamente Oscar, os ha pasado eso?

—¿Por qué no ocurrirle á ese caballero lo que habia ocurrido ya una vez, durante la ocupación francesa en Iliria, á uno de nuestros más gallardos oficiales de artillería,—dijo intencionadamente el conde.

—¿Y vos habeis creído al artillero?—preguntó el astuto Mistigris al conde.

—¿Y eso es todo?—preguntó Oscar.

—Y bien,—dijo Mistigris, no puede referiros que le han cortado la cabeza. *Cuanto más se vive, más se rie*.

—Caballero, hay heredades en aquel país? preguntó el padre Léger. ¿Cómo cultivan en él?

—Allí cultivan el marrasquino,—dijo Mistigris, una planta que crece á la altura de la boca, y produce el licor de este nombre.

—Ah! dijo el padre Léger.

—No he pasado más que tres días en la ciudad y quince días en la cárcel, nada he visto, ni siquiera los campos en que se coge el marrasquino,—respondió Schinner.

—Se están burlando de vos,—dijo Jorge al padre Léger. El marrasquino viene metido en cajas.

Entonces el carruaje de Pierrotin descendía por una de las rápidas vertientes del valle de Saint-Brice para ganar la posada situada en medio de esta importante aldea, en donde solía detenerse cerca de una hora, para dar descanso á sus caballos, dejarles tomar su pienso y darles de beber. Era entonces la una y media poco más ó menos.

—Hola! es el padre Léger,—exclamó el posadero, apenas el carruaje se detuvo ante su puerta. ¿Almorzais?

—Una vez al día,—respondió el obeso arrendatario, partiremos un pastel.

—Procurad que nos den de almorzar,—dijo Jorge, sosteniendo su baston como un fusil, de una manera caballeresca que excitó la admiración de Oscar.

Oscar reventó de rabia al ver á aquel aturdido aventurero sacar del bolsillo de su gaban una petaca de paja labrada, de la cual tomó un tabaco rubio que se puso á fumar en el umbral de la puerta, esperando el almuerzo.

—¿Fumais?—dijo Jorge á Oscar.

—A veces,—respondió el ex-colegial, encorvando su pequeño pecho y tomando cierto aire de arrogancia.

Jorge presentó á Oscar y á Schinner la petaca enteramente abierta.

—¿Cáspita!—dijo el gran pintor, cigarros de á diez sueldos!

—Son los últimos de los que he traído de España,—dijo el aventurero. ¿Almorzais?

—No,—dijo el artista, me esperan en el palacio. Además, he tomado algo antes de ponerme en camino.

—¿Y vos?—dijo Jorge á Oscar.

—He almorzado,—respondió éste.

Oscar hubiera dado diez años de vida por tener botas y trabillas. Y estornudaba, y tosía, y escupía, y se tragaba el humo con muecas mal disimuladas.

—No sabeis fumar,—le dijo Schinner, mirad.

Schinner, con el semblante inmóvil, aspiró el humo de su cigarro y lo devolvió por la nariz sin la menor contracción. Fumó de nuevo, conservó el humo en su garganta, se quitó el cigarro de la boca y sopló graciosamente el humo.

—Así se fuma, jóven,—dijo el gran pintor.

—Hé aquí otro procedimiento, jóven,—dijo Jorge imitando á Schinner, pero tragándose todo el humo.

—Y mis padres que creen haberme dado educación!—pensó el pobre Oscar, intentando fumar con gracia.

Experimentó unas náuseas tan fuertes, que voluntariamente se dejó robar su cigarro por Mistigris, quien le dijo fumando con evidente placer:

—¿Teneis enfermedades contagiosas?

Oscar hubiera querido ser bastante fuerte para pegar á Mistigris.

—¿Cómo!—dijo para sí, pensando en el coronel Jorge, ocho francos de vino de Alicante y de *talmou-ses*, cuarenta sueldos de cigarros, y su almuerzo que va á costarle....

—Ah, padre Léger, verdad que beberemos una botella de Burdeos?—dijo entonces Jorge al arrendatario.

—¡Un almuerzo que va á costarle diez francos!—exclamó para sí Oscar. De manera que el gasto importa ya más de veinte francos.

Anonadado por el sentimiento de su inferioridad, Oscar se sentó en el guardacanton y se perdió en reflexiones que no le permitieron ver que su pantalón, arremangado á consecuencia de su postura, mostraba el punto de unión entre la vieja pierna de una media y un pie de la misma enteramente nuevo, una obra maestra de su madre.

—Somos hermanos en medias,—dijo Mistigris, levantando un poco su pantalón para mostrar un efecto del mismo género: pero *los zapateros son siempre los peor calentados*, (en casa del herrero cuchillo de palo).

Esta broma hizo sonreír á M. de Sérisy que per-

manecía con los brazos cruzados bajo la puerta cochera, á la espalda de los viajeros.

Por locos que fuesen estos jóvenes, el sesudo hombre de Estado envidiaba sus defectos, amaba su petulancia, admiraba la vivacidad de sus burlas.

—¿Y bien, os quedareis con los Moulineaux? porque habeis ido en busca de escudos á Paris,—decía el padre Léger el posadero que acababa de mostrarle en sus cuádras un jaco que se vendía. Será gracioso en vos *trasquilar* á un Par de Francia, á un ministro de Estado, al conde de Sérisy.

El antiguo administrador no dejó ver la menor alteración en su semblante, y se volvió para examinar al arrendatario.

—Es cosa hecha,—dijo en voz baja el padre Léger al posadero.

—A fe mía, tanto mejor, me gusta ver á los nobles *fastidiados*. Y si para ello necesitárais unos veinte mil francos, os los prestaría; pero Francisco, el conductor de la Touchard de seis horas, acaba de decirme que M. Margueron estaba convidado por el conde de Sérisy á comer hoy mismo en Presles.

—Ese es el proyecto de Su Excelencia, pero tenemos tambien nuestras emboscadas,—respondió el padre Léger.

—El conde empleará al hijo de M. Margueron, y vos, vos no teneis ningun empleo que dar!—dijo el posadero al arrendatario.

—No; pero si el conde tiene de su parte á los ministros, yo tengo de la mía al rey Luis XVIII,—añadió el padre Léger al oído del posadero, y cuarenta mil retratos del rey dados al bueno de Moreau, me

permitirán comprar los Moulineaux en doscientos sesenta mil francos contados antes que M. de Sérisy, quien se dará por muy contento volviendo á comprar la finca en trescientos sesenta mil francos, en lugar de ver las piezas de tierra puestas en adjudicación una por una.

—No está mal pensado eso, ciudadano,—exclamó el posadero.

—¿Verdad que no?—dijo el arrendatario.

—Después de todo,—continuó el posadero, la finca vale para él esa cantidad.

—Los Moulineaux producen hoy seis mil francos limpios de impuestos y yo renovaré el alquiler en siete mil quinientos por diez y ocho años. Así viene á ser una imposición á más del dos y medio. El señor conde no será robado. Para no perjudicar á M. Moreau, él mismo me propondrá por arrendatario al conde, aparentará favorecer los intereses de su principal, encontrándole casi el tres por ciento de su dinero y un locatario que pagará bien....

—¿En resumidas cuentas, qué gana en ello monsieur Moreau?

—¿Cáscaras! si el conde le da diez mil francos, sacará del negocio cincuenta mil; pero habrá sabido ganárselos.

—Además, después de todo, él cuida bien de Presles! y es tan rico!—dijo el posadero. Yo no le conozco ni de vista.

—Ni yo,—dijo el padre Léger; pero acabará por habitar allí; de lo contrario no gastaría doscientos mil francos en restaurar el interior del palacio. Es tan hermoso como el del rey.

—Ah, bien,—dijo el posadero, ya era hora de que Moreau hiciera su agosto.

—Sí, porque una vez allí, los dueños, no se estarán con las manos metidas en los bolsillos.

El conde no perdió una palabra de esta conversación sostenida en voz baja.

—¡Conque tengo aquí las pruebas que iba á buscar allí!—pensó mirando al obeso arrendatario que entraba de nuevo en la cocina. Tal vez, se dijo, esto no pasa de proyecto? tal vez Moreau no ha aceptado nada?...

Tanto le repugnaba aún creer á su administrador capaz de ser cómplice de semejante conspiración. Pierrotin vino á dar de beber á sus caballos. El conde pensó que el conductor iba á almorzar con el posadero y el arrendatario, así es que cuanto acababa de oír le hizo temer alguna indiscreción.

—Toda esa gente se pone de acuerdo contra nosotros, no será ningún pecado desconcertar sus planes,—pensó. Pierrotin, dijo en voz baja al cochero, acercándose á él, te he prometido diez luises por guardarme el secreto; pero si quieres continuar ocultando mi nombre, (y yo sabré si lo has pronunciado ó hecho el menor gesto que pueda revelarlo hasta esta noche, á nadie, ni en ninguna parte, ni aún en l'Isle-Adam), mañana por la mañana, á tu paso por allí, te daré los mil francos para completar el pago de tu nuevo carruaje. Así, para mayor seguridad, dijo el conde, dando un golpecito en la espalda de Pierrotin que palideció de placer, no almuerces, quédate á cuidar de tus caballos.

—Os comprendo perfectamente, señor conde, va-

ya! Es con referencia al padre Léger?...

—Es con referencia á todos,—replicó el conde.

—Tranquilizaos.... Despachemos, añadió Pierrotin entreabriendo la puerta de la cocina, llevamos retraso. Escuchad, padre Léger, sabéis que debemos subir la cuesta; yo no tengo hambre, iré despacio, me alcanzareis enseguida, el andar os probará.

—¿Está incomodado Pierrotin?—dijo el posadero. ¿No quieres venir á almorzar con nosotros? El coronel paga vino de cincuenta sueldos y una botella de Champagne.

—No puedo. Llevo un pescado que debe ser enviado á Stors á las tres, para una gran comida, y no hay que jugar con aquellos parroquianos, ni con los pescados.

—Pues bien,—dijo el padre Léger al posadero, engancha á tu cabriolé ese caballo que quieres venderme, nos harás alcanzar á Pierrotin, almorzaremos en paz y formaré opinion de tu caballo. Cogemos tres perfectamente en tu carraca.

Con gran contentamiento del conde, Pierrotin se presentó para él mismo enjaezar de nuevo á sus caballos. Schinner y Mistigris habian partido á la delantera. Apenas Pierrotin, que de nuevo recogió á los dos artistas en medio del camino de Saint-Brice á Poncehes, llegaba á una eminencia de la via, desde la cual se divisan Econen, el campanario de Mesnil y las selvas que rodean un paisaje arrebatador, cuando el ruido de un caballo arrastrando á galope un cabriolé que sonaba á hierro viejo, anunció la llegada del padre Léger y del compañero de Mina que se incorporaron al carruaje. Cuando Pierrotin saltó sobre

la berma para apearse en Moisselles, Jorge, que no había cesado de hablar de la hermosura de la posadera de Saint-Brice con el padre Léger, exclamó:

—Toma, el paisaje no es malo, gran pintor.

—Bah! no debe asombraros, á vos que habeis visto el Oriente y la España.

—Y de la que tengo todavía dos cigarros! Si esto no molesta á nadie, quereis acabar con ellos, Schinner? porque el jovencito ha tenido bastante con algunas bocanadas de humo.

El padre Léger y el conde guardaron un silencio que pasó por una aprobacion, así los dos narradores fueron reducidos al silencio. Oscar, irritado de que le llamaran jovencito, dijo, en tanto que los dos jóvenes encendian sus cigarros:

—Si no he sido ayudante del general Mina, caballero, si no he estado en Oriente, iré quizás. La carrera á que me destina mi familia me ahorrará, lo espero, la incomodidad de viajar en *coucou*, cuando tenga vuestra edad. Despues de haber sido un personaje, una vez en mi puesto, sabré conservarlo.....

—*Et cætera punctum!*—prorumpió Mistigris, remedando la voz de pollo constipado que hacia aún más ridiculas las palabras de Oscar, porque el pobre niño se hallaba en el periodo en que la barba apunta, en que la voz toma su metal. Despues de todo, añadió Mistigris, *los extremos se tapan*, (los extremos se tocan)!

—A fe mia,—dijo Schinner, los caballos no podrán andar con tantos cargos.

—Vuestra familia, jóven, piensa destinaros á una carrera, y á cuál?—preguntó gravemente Jorge.

—La diplomacia,—respondió Oscar.

Tres carcajadas partieron como tres cohetes de la boca de Mistigris, del gran pintor y del padre Léger. El conde mismo no pudo evitar una sonrisa. Jorge conservó su sangre fria.

—Por Alá, no hay de que reir,—dijo el coronel á los que se reian. Unicamente, jóven,—prosiguió dirigiéndose á Oscar, se me figura que vuestra respetable madre se halla por el momento en una posicion social poco conveniente para una embajadora.... Llevaba un cesto muy digno de estimacion y un añadido en sus zapatos.

—Mi madre! caballero?—dijo Oscar con un movimiento de indignacion. Eh! era la criada de nuestra casa.

—De nuestra casa, es muy aristocrático eso,—exclamó el conde interrumpiendo á Oscar.

—El rey dice *nosotros*,—replicó con altivez Oscar.

Una mirada de Jorge reprimió la risa que se apoderaba de todos, asimismo hizo comprender al pintor y á Mistigris cuan necesario era manejar á Oscar para explotar aquella mina de burlas.

—Ese caballero tiene razon,—dijo el gran pintor al conde, mostrándole á Oscar, las personas de calidad dicen *nosotros*, solo la gente de poco más ó menos dice *mi casa*. Siempre tiene uno la mania de aparentar poseer lo que no posee. Para un hombre cargado de condecoraciones....

—El señor continua, pues, siendo decorador?—prorumpió Mistigris.

—Vosotros conoceis apenas el language cortesano.

Solicito vuestra proteccion, Excelencia, —añadió Schinner volviéndose á Oscar.

—Felicítome de haber viajado en compañía, sin duda alguna, de tres hombres que son ó serán célebres: un pintor ya ilustre, —dijo el conde, un futuro general y un jóven diplomático que devolverá algun día la Bélgica á la Francia.

Despues de haber cometido el odioso crimen de negar á su madre, Oscar, presa de la rabia al adivinar cuanto se burlaban de él sus compañeros de viaje, resolvió vencer á cualquier precio su incredulidad.

—No es oro todo lo que reluce, —dijo lanzando centellas por los ojos.

—No se dice así! —exclamó Mistigris. Así: *todo lo que reluce no es fuerte*. No progresareis mucho en la diplomacia, si no poseeis mejor vuestros proverbios.

—Si no sé bien los proverbios, sé á donde voy.

—Debeis ir muy lejos, —dijo Jorge, porque la criada de vuestra casa os ha deslizado en el bolsillo provisiones como para un viaje á Ultramar: bizcochos, chocolate.....

—Un pan especial y chocolate, sí, señor, —prosiguió Oscar, para mi estómago cuya excesiva delicadeza no puede digerir los guisotes de las posadas.

—Esos guisotes son tan delicados como vuestro estómago, —dijo Jorge.

—Ah! me gustan los guisotes, —exclamó el gran pintor.

—Esa palabra está de moda entre la más selecta sociedad, —continuó Mistigris.

—¿Vuestro preceptor es, sin duda, alguna celebridad, M. Andrieux, de la Academia francesa, ó mon-

sieur Royer-Collard? —preguntó Schinner.

—Mi preceptor se llama el abate Loraux, hoy vicario de San Sulpicio, —prosiguió Oscar, recordando el nombre del confesor del colegio.

—Habeis hecho bien, educándoos particularmente, —dijo Mistigris, porque *el fastidio nació un dia de la Universidad*; pero le recompensareis á vuestro abate?

—Ciertamente, algun dia será obispo, —respondió Oscar.

—Para honra de vuestra familia, —dijo seriamente Jorge.

—Contribuiremos á colocarle, porque el abate Frayssinous va con frecuencia á casa.

—Ah! conoceis al abate Frayssinous? —preguntó el conde.

—Debe favores á mi padre, —respondió Oscar.

—¿Y vais sin duda á vuestras posesiones? —dijo Jorge.

—No, señor; pero yo puedo decir adonde voy, voy al palacio de Presles, á casa del conde de Sérisy.

—Ah! diantre, vais á Presles, —exclamó Schinner, poniéndose encarnado como una cereza.

—¿Conoceis á su señoría el conde de Sérisy? —preguntó Jorge.

El padre Léger se volvió para ver á Oscar, y le miró con aire estupefacto, exclamando:

—¿M. de Sérisy está en Presles?

—Así parece, puesto que voy allí, —respondió Oscar.

—¿Y habeis visto al conde muchas veces? —preguntó á Oscar M. de Sérisy.

CAPITULO ALFONSIÑA

UNIVERSIDAD DEL NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE YES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

—Ni más ni ménos que os estoy viendo á vos,—respondió Oscar. Soy amigo de su hijo que tiene mi edad, diez y nueve años, y montamos á caballo juntos casi todos los dias.

Un guiño de Pierrotin al padre Léger tranquilizó completamente al arrendatario.

—A fe mia,—dijo el conde á Oscar, me alegro de encontrarme con un jóven que puede hablarme de ese personaje; necesito de su proteccion en un asunto bastante grave, y en que le costaría muy poco favorecerme, se trata de una reclamacion cerca del gobierno americano. Me convendría mucho adquirir informes acerca del carácter de M. de Sérisy.

—Oh! si quereis alcanzar algo,—respondió Oscar, tomando un aire malicioso, no os dirijais á él, sino á su mujer; está enamorado de ella hasta la locura, nadie mejor que yo sabe hasta que punto, y su mujer no puede aguantarle.

—¿Y por qué?—dijo Jorge.

—El conde padece enfermedades de la piel que le vuelven horroroso, y que en vano el doctor Aliberto se esfuerza en curar. De suerte que M. de Sérisy daría la mitad de su inmensa fortuna por tener un pecho como el mio,—dijo Oscar apartando su camisa y mostrando una encarnacion de niño. Vive retirado en su hôtel. De manera que se necesita tener mucha influencia para encontrarle en él. Primero se levanta muy de mañana, trabaja desde las tres hasta las ocho; desde esta hora se dedica á sus remedios: baños de azufre ó de vapor. Se le cuece en especies de cajas de hierro, porque no abandona la esperanza de curarse.

—Si tiene tanta influencia con el rey, por qué no se hace tocar por él?—preguntó Jorge.

—Esa mujer tiene, pues, un marido en cáscara?—dijo Mistigris.

—El conde ha prometido treinta mil francos á un célebre médico escocés que le trata en este momento,—continuó Oscar.

—Pero entonces no habria que censurar á su mujer si se entregase á mejor suerte.....—dijo Schinner que no acabó.

—Lo creo,—dijo Oscar. Ese pobre hombre está tan arrugado, tan viejo, que le hariais ochenta años! Está flaco como un pergamino, y por su desgracia, comprende su posicion.

—No debe oler bien,—dijo el jocoso padre Léger.

—Caballero, adora á su mujer y no se atreve á reñirla,—prosiguió Oscar; representa con ella escenas capaces de hacer reventar de risa, absolutamente como Arnolfo en la comedia de Molière....

El conde, aterrado, miraba á Pierrotin, quien, al verle impasible, imaginó que el hijo de Mme. Clapart divulgaba calumnias.

—De manera, caballero, que si quereis sacar partido,—dijo Oscar al conde, id á ver al marqués d'Aiglemont. Si teneis de vuestra parte á ese viejo adorador de la señora, tendreis de un solo golpe á la mujer y al marido.

—Es lo que nosotros llamamos *de una piedra hacer dos sueldos*, (matar dos pájaros de una pedrada),—dijo Mistigris.

—Ah, eso es,—dijo el pintor, conque habeis visto al conde en cueros, sois pues su ayuda de cámara?

—¿Su ayuda de cámara?—exclamó Oscar.

—Diablo! no dice uno esas cosas de sus amigos en os carruajes públicos,—prosiguió Mistigris. *La prudencia, jóven, es madre de la sordera*, (la prudencia aparta el engaño). Yo no os escucho.

—Aquí viene bien aquello de *dime con quien andas, y te diré á quien aborreces!*, (dime con quien andas y te diré quien eres).

—Aprended, gran pintor,—replicó Jorge sentenciosamente, que no se puede hablar mal de personas á quienes uno no conoce, y el pequeño acaba de demostrarnos que se sabe á su Sérisy de memoria. Si sólo nos hubiese hablado de la señora, se hubiera podido creer que estaba en buenas relaciones con....

—Jóvenes, ni una palabra más acerca de la condesa de Sérisy!—exclamó el conde. Soy amigo de su hermano, el marqués de Ronquerolles, y el que se empeñase en dudar del honor de la condesa, tendria que responderme de sus palabras.

—Ese caballero tiene razon,—exclamó el pintor, no se debe bromear con las mujeres.

—*Mi Dios, mi honor y mi dama!* He visto este melodrama,—dijo Mistigris.

—Si no conozco á Mina, conozco al guardasellos,—continuó el conde, mirando á Jorge. Si no llevo mis condecoraciones, dijo mirando al pintor, impido que se las den á quien no las merece. En fin, conozco á tanta gente, que conozco á M. Grindot, el arquitecto de Presles... Pará, Pierrotin, quiero apear-me un momento.

Pierrotin impulsó sus caballos hasta el extremo del pueblo de Moisselles, en donde se encuentra una po-

sada en la cual los viajeros se detienen. Este trozo de camino se anduvo en el silencio más profundo.

—¿Adónde se dirige, pues, ese picarillo?—preguntó el conde llevando á Pierrotin al patio de la posada.

—A casa de vuestro administrador. Es hijo de una pobre señora que habita en la calle de la Cerisaie, y á la que con mucha frecuencia llevo fruta, caza, gallinas, una tal Mme. Husson.

—¿Quién es ese caballero?—vino á preguntar á Pierrotin el padre Léger, cuando el conde se hubo separado del cochero.

—A fe mia, no lo sé,—respondió Pierrotin, le conduzco por vez primera; pero podria ser algo semejante al príncipe á quien pertenece el palacio de Maffiers; acaba de decirme que le dejaré en el camino, no va á l'Isle-Adam.

—Pierrotin cree que es el habitante de Maffiers,—dijo á Jorge el padre Léger, volviendo á ocupar su asiento en el carruaje.

En este momento los tres jóvenes, atontados como ladrones sorprendidos en flagrante delito, no se atrevían á mirarse unos á otros, y parecían preocupados por las consecuencias de sus mentiras.

—A eso se llama *hacer más fruto que trabajo*,—dijo Mistigris.

—Ya veis que conozco al conde,—dijo Oscar.

—Es muy posible; pero jamás sereis embajador,—respondió Jorge; cuando uno quiere hablar en los carruajes públicos, debe tener, como yo, el cuidado de no decir nada.

Entonces el conde volvió á ocupar su asiento, y

Pierrotin marchó en medio del más profundo silencio.

—Y bien, amigos míos,—dijo el conde al llegar al bosque Carreau, hétenos aquí mudos como si fuésemos al cadalso.

—En boca cerrada no entran moscas,—dijo sentenciosamente Mistigris.

—Hace buen tiempo,—añadió Jorge.

—¿Qué país es ese?—dijo Osear, señalando la quinta de Francouville, que produce un magnífico efecto á espaldas de la selva de Saint-Martin.

—¡Cómo!—exclamó el conde, vos que segun decís vais con tanta frecuencia á Presles, no conocéis á Francouville?...

—El señor,—dijo Mistigris, conoce á las personas, pero no á las casas.

—Los aprendices de diplomáticos bien pueden sufrir algunas distracciones!—exclamó Jorge.

—Acordaos de mi nombre!—respondió, furioso, Oscar. Me llamo Osear Husson y seré célebre dentro de diez años.

Después de estas palabras, pronunciadas con matón, Osear se acurrucó en un rincón.

—¿Husson de qué?—preguntó Mistigris.

—De una gran familia,—respondió el conde, los Husson de la Cerisaie; ese caballero ha nacido al pie de las gradas del trono imperial.

Oscar se ruborizó entonces hasta la raíz de sus cabellos y una terrible inquietud le atormentó. Iban á bajar la rápida cuesta de la Cueva, al pie de la cual se encuentra, en un estrecho valle, al fin de la gran selva de Saint-Martin, el magnífico palacio de Presles.

—Señores,—dijo el conde, os deseo felices progresos en vuestras bellas carreras. Reconciliaos con el rey de Francia, señor coronel: los Czerni-Jorges no deben indisponerse con los Borbones. Nada tengo que pronosticaros, mi querido señor Schinner, porque habeis alcanzado ya la verdadera gloria, y la habeis alcanzado noblemente con obras admirables; pero infundis tales temores, que yo, que soy casado, no me atreveré á ofreceros la gloria en mi campiña. En cuanto al señor Husson, no necesita que le protejan, posee los secretos de los hombres de Estado, puede hacerles temblar. En cuanto á M. Léger, va á desplumar al conde de Sérisy, y solo me resta suplicarle que lo haga con mano firme!

—El comer y el rascar todo es empezar,—dijo Mistigris.

—Dejadme aquí, Pierrotin, mañana volveréis á recogerme en el mismo sitio!—exclamó el conde.

Bajó y se perdió en un camino cubierto de árboles, abandonando á sus compañeros de viaje á la confusión.

—Oh! ese es el conde que ha alquilado á Francouville, va allí,—dijo el padre Léger.

—Si otra vez,—dijo el falso Schinner, me ocurre bromear en carruaje, me bato en duelo conmigo mismo. También tú tienes la culpa, Mistigris, añadió, dando un mojicon en la gorra á su gatuelo.

—Oh! yo, que no he hecho otra cosa que seguiros á Venecia,—respondió Mistigris. Pero *el que quiere ahogar á su perro le acusa de que nada!*

—¿Sabeis,—dijo Jorge á su vecino Oscar, que si por casualidad ese caballero fuese el conde de Sérisy,

no quisiera hallarme en vuestro pellejo, aunque esté libre de enfermedades?

Oscar, pensando en las recomendaciones de su madre, que estas palabras le recordaron, se puso cálido y dejó de sentir los efectos del vino.

—Ya hemos llegado, señores,—dijo Pierrotin, deteniendo el carruaje ante una hermosa verja.

—¿Cómo que hemos llegado?—dijeron á la vez el pintor, Jorge y Oscar.

—Esa sí que es buena,—dijo Pierrotin. ¿Qué es eso, señores, ninguno de vosotros ha venido nunca por aquí? Este es el palacio de Presles.

—Está bien, amigo,—dijo Jorge, recobrando su serenidad. Voy á la finca de los Moulineaux, añadió no queriendo dejar ver á sus compañeros de viaje que iba al palacio.

—Pues bien, entonces venís á mi casa?—dijo el padre Léger.

—¿Cómo que á vuestra casa?

—Es que yo soy el arrendatario de los Moulineaux. ¿Y en qué podemos servirlos, coronel?

—Dándome á probar vuestra manteca,—respondió Jorge, apoderándose de su cartera.

—Pierrotin,—dijo Oscar, llevad mis efectos á la habitación del administrador, voy directamente al palacio.

Y Oscar se internó por un sendero, sin saber adonde se dirigía.

—Eh! señor embajador, que os metéis en la selva,—gritó el padre Léger. Si quereis entrar en el palacio dirigíos á la puerta chica.

Obligado á entrar, Oscar se perdió en el gran pa-

tió del castillo, adornado de una inmensa canasta de flores, rodeada de pilares enlazados con una cadena. Mientras el padre Léger examinaba á Oscar, Jorge, á quien habia anonadado la calidad de arrendatario de los Moulineaux tomada por el obeso agricultor, se evadió con tanta rapidez que cuando el hombron burlado buscó á su coronel, ya no le vió. La verja se abrió á instancias de Pierrotin, quien entró orgulloso para depositar en la habitación del conserje los mil utensilios del gran pintor Schinner. Oscar quedó aturrido de ver instalados en el palacio á Mistigris y al artista, los testigos de sus bravatas. En diez minutos, Pierrotin hubo terminado de descargar los paquetes del pintor, los efectos de Oscar Husson y la linda maleta de cuero que confió con aire misterioso á la mujer del conserje; luego deshizo lo andado, haciendo chasquear su látigo, y tomó el camino de la selva de l'Isle-Adam, conservando en su semblante la burlona expresion de un rústico que calcula beneficios. Nada faltaba á su felicidad, al día siguiente debia tener sus mil francos.

Oscar, bastante avergonzado, daba vueltas en torno de la canasta, examinando lo que iba á ser de sus dos compañeros de viaje, cuando de repente vió á M. Moreau saliendo de la gran sala llamada de guardias á lo alto de la escalera. Vistiendo un grande abrigo azul que le llegaba hasta los tacones, el administrador, con calzas de piel amarillenta, botas de montar, tenia un látigo en la mano.

—Y bien, muchacho, conque ya has venido! ¿Cómo está tu querida mamá?—dijo asiendo la mano de Oscar. Buenos días, señores, sin duda sois los pinto-

res que M. Grindot, el arquitecto, nos anunciaba, dijo al pintor y á Mistigris.

Silbó dos veces, sirviéndose del mango de su látigo. Acudió el conserje.

—Conducid esos caballeros á las habitaciones 14 y 15, Mme. Moreau os dará las llaves; acompañadles para enseñarles el camino, encended lumbre, si es necesaria para esta noche, y subid sus efectos á sus habitaciones. Tengo orden del señor conde de ofrecerme mi mesa, señores, —prosiguió dirigiéndose á los artistas, comemos á las cinco, como en Paris. Si sois cazadores, podreis divertirlos mucho; tengo un permiso de aguas y bosques; de suerte que aquí se caza en un espacio de veinte y cinco mil fanegas, sin contar nuestras posesiones.

Oscar, el pintor y Mistigris, igualmente avergonzados, cambiaron una mirada; pero, fiel á su papel, Mistigris exclamó:

—*Bah! nunca conviene echar la manga tras el puño.* (echar la soga tras el caldero!). Adelante siempre.

El pequeño Husson siguió al administrador, quien le arrastró rápidamente hácia el parque.

—Santiago, —dijo á uno de sus hijos, vé á avisar á tu madre la llegada del pequeño Husson, y dile que me veo obligado á ir por un instante á los Moulineaux.

Entonces, contando unos cincuenta años de edad, el administrador, hombre de estatura mediana y de color moreno, parecía muy severo. Su semblante bilioso, al cual los hábitos campestres habian impreso colores violentos, hacia suponer á primera vista un carácter diverso del suyo. Todo contribuia á este en-

gño. Sus cabellos encanecían. Sus ojos azules y una gran nariz á manera de pico de cuervo, le daban un aire tanto más siniestro, cuanto que sus ojos se hallaban demasiado inmediatos á la nariz; pero sus anchos labios, el contorno de su rostro, el aire bondadoso de su andar, hubieran ofrecido á un observador indicios de bondad. Lleno de decision, de palabra brusca, imponia enormemente á Oscar, por efecto de una penetracion inspirada por la ternura que le profesaba. Acostumbrado por su madre á engrandecer al administrador, Oscar se sentia siempre pequeño en presencia de Moreau; pero, al hallarse en Presles, experimentó un movimiento de inquietud, cual si esperara algun daño de este paternal amigo, su único protector.

—Y bien, Oscar mio, no pareces contento de hallarte aquí?—dijo el administrador. Con todo, vas á divertirte; aprenderás á montar á caballo, á disparar un fusil, á cazar.

—Yo no sé nada de todo eso, —dijo estúpidamente Oscar.

—Pero si te he mandado venir para que aprendas.

—Mamá me ha dicho que no permanezca aquí más de quince días, á causa de Mme. Moreau.

—Oh! ya veremos, —respondió Moreau, casi ofendido de que Oscar pusiera en duda su autoridad conyugal.

Presentóse el hijo menor de Moreau, jóven de quince años, despejado, listo.

—Mira, —le dijo su padre, acompaña este camarada á ver á tu madre.

Y el administrador se dirigió rápidamente por el

camino más corto á la casa del guarda, situada entre el parque y la selva. El pabellon que el conde habia dado á habitar á su administrador habia sido construido, algunos años antes de la Revolueion, por el empresario de la célebre tierra de Cassan, en donde Bergeret, arrendatario general de una fortuna colosal, y que por su lujo se hizo tan célebre como los Bodard, los Paris, los Bouret, hizo jardines, rios, construyó cartujas, pabellones chinescos y otras magnificencias ruinosas. Este pabellon, sito en medio de un gran jardín con una pared medianera entre el patio de la servidumbre del palacio de Presles, tenia en otro tiempo su entrada por la calle mayor del pueblo. Despues de comprar esta propiedad, M. de Sérisy padre no tuvo más que derribar esta pared y condenar la puerta del lado del pueblo para reunir el pabellon con las habitaciones de su servidumbre. Suprimiendo otra pared, engrandeció su parque con todos los jardines que el empresario habia adquirido para completar su finca. Este pabellon, construido de piedra picada, al estilo del siglo de Luis XV, (basta esto para decir que sus adornos consistian en *servilletas* debajo de las ventanas, como en las columnatas de la plaza de Luis XV, en estrías rígidas y secas), se compone en el piso bajo de un hermoso salon comunicando con un dormitorio, y de un comedor acompañado de su sala de billar. Estas dos habitaciones paralelas se hallan separadas por una escalera delante de la cual una especie de peristilo, que sirve de antesala, tiene por decorado la puerta del salon y la del comedor, una enfrente de otra, y las dos muy adornadas. La cocina se halla debajo del comedor, porque se sube á este

pabellon por una escalera de diez peldaños.
 Haciendo del primer piso su habitacion, Mme. Moreau habia podido transformar en *boudoir* el antiguo dormitorio. El salon y este *boudoir*, ricamente amueblados con preciosidades elegidas entre el viejo mobiliario del palacio, ciertamente no hubiesen desdecido del hotel de una mujer á la moda. Tapizado de damasco azul y blanco, en otro tiempo las ropas de un gran lecho de honor, este salon, cuyos muebles de vieja madera dorada estaban guarnecidos de la misma tela, ofrecia á las miradas cortinas y portiers muy anchos, forrados de tafetan blanco. Cuadros procedentes de entreventanas destruidas, jardineras, algunos lindos muebles modernos, y hermosas lámparas, sin contar una araña antigua de cristal tallado, daban á esta pieza un aspecto grandioso. La alfombra era una alfombra antigua de Persia. El *boudoir*, enteramente moderno y al gusto de Mme. Moreau, afectaba la forma de una tienda con sus cables de seda azul en un fondo de lino gris. Allí vetase el clásico divan con sus respaldos y sus almohadones de pie. En fin, las jardineras, cuidadas por el jardinero en jefe, alegraban la vista con sus pirámides de flores. El comedor y la sala de billar estaban amueblados de caoba. En torno de su pabellon, la mujer del administrador habia mandado seguir un parterre cuidadosamente cultivado que se unia al parque principal. Bosquecillos de árboles exóticos ocultaban á la vista las habitaciones de la servidumbre. Para facilitar la entrada de su habitacion á las personas que la visitaban, la administradora habia sustituido con una verja la antigua puerta condenada.

La dependencia en que su empleo colocaba á los Moreau se encontraba, pues, diestramente disimulada; y con mayor razon tenian el aspecto de gente rica administrando por gusto la propiedad de un amigo, cuanto que ni el conde ni la condesa venian á abatir sus pretensiones; luego, las concesiones otorgadas por M. de Sérisy, les permitian vivir en esta abundancia, el lujo de la campiña. De manera que lacticinios, aves, huevos, caza, fruta, forraje, flores, legumbres, leña, todo, el administrador y su mujer lo cosechaban en abundancia y con exactitud; puede decirse que no compraban más que la vianda de carnicería, los vinos y los productos coloniales que exigía su vida regalada. La porquera amasaba el pan. Hacia, en fin, algunos años que Moreau pagaba á su carnicero con cerdos de su corral, al mismo tiempo que guardaba lo necesario para su consumo. Un día la condesa, siempre excelente para su antigua doncella, le regaló, quizás como recuerdo, una pequeña calesa de viaje pasada de moda, que Moreau hizo pintar de nuevo, y en la cual paseaba á su mujer, sirviéndose de dos buenos caballos, útiles además para los trabajos del parque. Sin contar estos, el administrador tenia su caballo de silla. Trabajaba en el parque y cultivaba bastante terreno para alimentar á sus caballos y á su gente; agavillaba trescientos mil haces de excelente heno, y no rendia cuentas más que de ciento, en virtud de una autorizacion vagamente otorgada por el conde. En vez de consumirla, vendia la mitad que percibia sobre los censos. A expensas del parque mantenía con largueza su corral, su palomar, sus vacas; pero el estiércol de su cuadra servia para los jar-

dineros del palacio. Cada uno de estos pequeños robos iba acompañado de su justificacion. Servia á la señora la hija de un jardinero, siendo ya su doncella, ya su cocinera. Una moza de corral, encargada de la lecheria, ayudaba igualmente á las faenas domésticas. Moreau habia tomado un licenciado del ejército, llamado Brochon, para curar sus caballos y desempeñar los trabajos penosos. En Nerville, en Chauvry, en Beaumont, en Mailliers, en Préroles, en Nointel, por todas partes la bella administradora era recibida en casa de personas que ignoraban ó fingian ignorar su primera condición. Además, Moreau hacia favores. Dispuso de su señor para cosas que en Paris son fruslerias, pero que tienen importancia inmensa en el fondo de los campos. Despues de haber hecho nombrar el juez de paz de Beaumont y el de l'Isle-Adam, habia, en el mismo año, impedido la destitucion de un guardabosque general y obtenido la cruz de la Legion de honor para el jefe militar de Beaumont. De suerte que no se verificaba una fiesta sin que fuesen invitados á ella M. y Mme. Moreau. El cura párroco y el alcalde de Presles iban á jugar todas las noches á casa de Moreau. Dificil es no ser un excelente sujeto despues de haberse establecido con tal comodidad.

Bonita y remilgada, como todas las doncellas de las grandes damas, que de casadas imitan á sus señoras, la administradora importaba las modas nuevas en la comarca; calzaba borceguies muy caros, y no iba á pie más que los dias en que el tiempo estaba bueno. Aunque su marido no asignaba sino quinientos francos para atavíos, esta suma es enorme en el

campo, sobre todo cuando se la emplea bien; de manera que la administradora, rubia, resplandeciente y fresca, de unos treinta y seis años de edad, habiéndose conservado endeble, linda y gentil, á pesar de sus tres hijos, se hacia aún la joven y se daba aires de princesa. Cuando se la veía pasar en su calesa, dirigiéndose á Beaumont, si algun forastero preguntaba: —¿Quién es? Mme. Moreau se ponía furiosa cuando respondía un hombre del país:—Es la mujer del administrador de Presles. Le gustaba que la tomaran por la dueña del palacio. En las aldeas se complacia en proteger á la gente, como hubiera podido hacerlo una gran dama. La influencia de su marido con el conde, demostrada con tantas pruebas, impedía á la clase media burlarse de Mme. Moreau, la cual, á los ojos de los aldeanos, parecía un personaje. Por lo demás, Estela, (se llamaba Estela), no se mezclaba en los asuntos de la administracion, como la mujer de un agente de cambios no se mezcla en los negocios de la Bolsa; hasta fiaba de su marido los cuidados de la casa, de la fortuna. Confiada en sus medios, se hallaba á mil leguas de sospechar que esta encantadora existencia, que contaba diez y siete años de duracion, pudiera jamás verse amenazada; con todo, al saber la resolucion del conde, relativa á la restauracion del hermoso palacio de Presles, habíase sentido atacada en todas sus satisfacciones, y habia inclinado á su marido á entenderse con Léger, á fin de poder retirarse á l'Isle-Adam. Hubiera sufrido demasiado al hallarse en una dependencia casi doméstica en presencia de su antigua señora, que se hubiese

burlado de ella al verla establecida en el pabellon como una mujer de calidad.

El motivo de la profunda enemistad que reinaba entre los Reybert y los Moreau, provenía de una ofensa inferida por Mme. de Reybert á Mme. Moreau, á consecuencia de un primer pique que se habia permitido la mujer del administrador á la llegada de los Reybert, con objeto de no dejar que menoscabara su supremacia una mujer hija de Corroy. Mme. de Reybert habia recordado, tal vez hecho saber á toda la comarca, la primitiva condicion de Mme. Moreau. La palabra *doncella!* voló de boca en boca. Los envidiosos que los Moreau debian tener en Beaumont, en l'Isle-Adam, en Maffliers, en Champagne, en Nerville, en Chauvry, en Baillet, en Moisselles, comentaron tan bien la noticia, que cayó sobre la casa Moreau más de una chispa de este incendio. Cuatro años hacia que los Reybert, excomulgados por la bella administradora, se veian objeto de tanta animadversion de parte de los afectos á Moreau, que su posicion en el país no hubiera sido sostenible sin la idea de venganza que hasta entonces les habia alentado. Los Moreau, en muy buenas relaciones con Grindot, el arquitecto, habian sido prevenidos por él de la próxima llegada de un pintor encargado de concluir las pinturas de ornato del palacio cuyos lienzos principales acababan de ser ejecutados por Schinner. El gran pintor habia recomendado al viajero acompañado de Mistigris, para los marcos, arabescos y otros accesorios. De suerte, que hacia dos dias que Mme. Moreau se ponía en pie de guerra y estaba á la expectativa. Un artista que durante algunas semanas debia ser su comensal, exi-

gia gastos. Schinner y su mujer habian tenido sus habitaciones en el palacio, en donde, por orden del conde, fueron tratados como Su Señoría en persona. Grindot, comensal de los Moreau, daba al gran artista tales pruebas de respeto, que ni el administrador ni su mujer se habian atrevido á familiarizarse con este gran artista. Además, los más nobles y los más ricos particulares de las cercanías habian obsequiado á porfía á Schinner y su esposa, disputándose este honor. Así es que, muy satisfecha de tomar en algun modo su revancha, Mme. Moreau se prometia cacarear en el país al artista que esperaba y presentarlo como igual en talento á Schinner.

Por más que la vispera y la antevispera hubiese lucido dos atavíos llenos de coquetería, la bella administradora habia escalonado harto bien sus recursos para no haber reservado el atavío más encantador, no dudando que el artista iria á comer el sábado. Habíase, pues, calzado unos boreguies de becerro bronceado y unas medias de hilo de Escocia. Un vestido rosa con mil rayas, un cinturón rosa con hebilla de oro ricamente cincelada, una *Jeannette* al cuello y unos brazaletes de terciopelo en sus brazos desnudos, (Mme. de Sérizy tenia hermosos brazos y los dejaba ver mucho) daban á Mme. Moreau todas las apariencias de una elegante parisiense. Llevaba un magnífico sombrero de paja de Italia, adornado de un ramillete de rosas de espuma, comprado en casa de Nattier bajo cuyas alas caian, como una cascada de brillantes bucles, sus hermosos cabellos rubios. Después de haber ordenado la comida más delicada y pasado revista á su habitacion, se habia paseado procurando

hallarse ante la canasta de flores, en el gran patio del castillo, como una castellana, al pasar los carruajes. Colocaba sobre su cabeza una deliciosa sombrilla rosa, forrada de seda blanca con franjas. Al ver á Pierrotin, que entregaba á la conserje del palacio los extraños paquetes de Mistigris, sin que ningun viajero se presentase, Estela vió frustradas sus esperanzas, con el sentimiento de haberse ataviado inútilmente. Semejante á la mayor parte de las personas domingueras, sintióse incapaz de otra ocupacion que la de tontear en su salon, esperando el coche de Beaumont, que pasaba una hora despues que el de Pierrotin, por más que no saliese de Paris hasta la una de la tarde, y entró en su habitacion mientras los artistas procedian á vestirse en toda regla. El jóven pintor y Mistigris oyeron, en efecto, tan repetidas veces los elogios que de la hermosa Mme. Moreau, hacia el jardinero, á quien pidieron informes, que uno y otro sintieron la necesidad de *empaquetarse* (término de taller), y guardaron su más superlativa compostura para presentarse en el pabellon del administrador, adonde les condujo Santiago Moreau, el mayor de sus hijos, un atrevido muchacho, vestido á la inglesa, con una linda bata de cuello vuelto, que durante las vacaciones vivia como el pez en el agua, en esta posesion donde su madre reinaba como soberana absoluta.

—Mamá,—dijo, ahí tienes á los artistas enviados por M. Schinner.

Mme. Moreau, muy agradablemente sorprendida, se levantó, mandó á su hijo ofrecer sillas y desplegó sus gracias.

—Mamá, el pequeño Husson está con mi padre, —añadió el niño al oído de su madre, voy á traértelo...

—No te apresures, divértios juntos, —dijo la madre.

—Estas solas palabras *no te apresures*, dieron á comprender á los artistas la escasa importancia de su compañero de viaje; pero revelaba tambien el sentimiento de una madrastra hacia un hijastro. En efecto, Mme. Moreau que despues de diez y siete años de matrimonio no podia ignorar el afecto del administrador hacia Mme. Clapart y el pequeño Husson, aborrecia á la madre y al hijo de una manera tan pronunciada, que fácilmente se comprenderá porque el administrador no se habia arriesgado todavía á hacer venir Oscar á Presles.

—Mi marido y yo, —dijo á los dos artistas, estamos encargados de hacerlos los honores del palacio. Amamos mucho las artes, y sobre todo á los artistas, añadió haciendo una mueca, y os suplico que os balleis aquí como en vuestra casa. En el campo, ya lo sabeis, no se usan etiquetas; es preciso que uno goce de entera libertad, sin la cual todo seria insípido. Hemos tenido ya á M. Schinner...

Mistigris miró maliciosamente á su compañero.

—Vosotros le conoceis sin duda?—prosiguió Estela despues de una pausa.

—¿Quién no le conoce, señora, —respondió el pintor.

—Es conocido *como el lúpulo* (como el doblon)—añadió Mistigris.

—M. Grindot me ha dicho vuestro nombre,—preguntó Mme. Moreau, pero yo....

—José Bridau, —respondió el pintor, excesivamente ocupado en saber con que mujer se las habia.

Mistigris principiaba á rebelarse interiormente contra el tono protector de la bella administradora; pero esperaba, lo mismo que Bridau, algun gesto, alguna palabra que arrojase luz, una de esas palabras entre mono y delfin que los pintores, esos crueles y naturales observadores de lo ridiculo, que es el pasto de su lápiz, recogen con tanta presteza. Y ante todo, las gruesas manos y los gruesos pies de Estela, hija de unos aldeanos de las cercanias de Saint-Lô, chocaron á los dos artistas; luego una ó dos locuciones de criada, giros gramaticales que desmentian la elegancia del atavio, hicieron en breve reconocer su presa al pintor y á su discípulo; y con una sola mirada cambiada entre ellos, ambos convinieron en tomar en serio á Estela, á fin de pasar agradablemente el tiempo que durase su retiro.

—Amáis las artes, quizás las cultivais con éxito, señora?—dijo José Bridau.

—No. Sin ser descuidada, mi educacion ha sido puramente comercial; pero poseo un sentimiento tan delicado y tan profundo de las artes, que M. Schinner, siempre que acababa de pintar un trozo, me llamaba solicitando mi opinion.

—Como Molière consultaba á Laforêt, —dijo Mistigris.

Sin saber que Laforêt fuese una criada, Mme. Moreau respondió con una inclinacion, que demostraba que en su ignorancia aceptaba esta frase como un cumplimento.

—¿Cómo no os ha ofrecido esquiarios?...—dijo

Bridau. Los pintores rabian por las mujeres hermosas.

—¿Qué quereis decir con eso? —prorumpió Mme. Moreau, pintada en su semblante la cólera de una reina ofendida.

—En términos de taller se llama esquiciar una cabeza á trazar su perfil, —dijo Mistigris con aire insinuante, y nosotros no pedimos permiso de esquiciar sino las cabezas hermosas. De ahí la locucion: — *Es una hermosura digna de esquiicio!*

—Ignoraba el origen de esa palabra, respondió ella, dirigiendo á Mistigris una mirada llena de dulzura.

—Mi discípulo M. Leon de Lora, —dijo Bridau, revela muy felices disposiciones para el retrato. Se consideraría muy dichoso, *hermosa dama*, con dejaros un recuerdo de nuestro paso por aquí, pintando vuestra encantadora cabeza.

José Bridau hizo un signo á Mistigris, como para decir: — ¡Adelante! no es tan fea esta mujer.

En vista de ello, Leon de Lora se deslizó sobre el canapé, al lado de Estela, y le tomó una mano que ella se dejó tomar.

—¡Oh! señora, si para dar una sorpresa á *vuestro esposo*, quisiérais concederme algunas sesiones en secreto, procuraria excederme á mí mismo. Sois tan bella, tan fresca, tan encantadora!... Un hombre sin talento llegaría á ser un genio teniéndoo por modelo!... Hallaría en vuestros ojos tanta...

—Luego pintaremos á vuestros queridos hijos en los arabescos, —dijo José, interrumpiendo á Mistigris.

—Preferiria tenerlos en mi salon; pero eso sería indiscreto, prosiguió mirando á Bridau con coqueteria.

—La hermosura, señora, es una soberana á quien

adoran los pintores, y que tiene sobre ellos muchos derechos.

—Son muy simpáticos, —pensó Mme. Moreau. ¿Os gusta pasear por la tarde, despues de comer, en calsea, por los bosques?

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh! —prorumpió Mistigris á cada circunstancia y con tonos extáticos; Presles será el paraiso terrenal.

—Con una Eva, una rubia, una jóven y arrebatadora criatura! —añadió Bridau.

En el momento en que Mme. Moreau se pavoneaba y cernia en el séptimo cielo, fué llamada á la tierra, como una cometa por medio de una cuerda.

—¡Señora! —exclamó su doncella, entrando como una bala.

—¡Y bien, Rosalia! quien os autoriza á entrar aquí sin ser llamada?

Rosalía no hizo el menor caso del apóstrofe, y dijo al oido de su señora:

—El señor conde se halla en el palacio.

—¿Pregunta por mí? —replicó la administradora.

—No, señora... pero... pide su maleta y la llave de sus habitaciones.

—Que se las den, —dijo ella haciendo un gesto de mal humor para disimular su turbacion.

—Mamá, aquí te traigo á Oscar Husson! —exclamó el más jóven de sus hijos, entrando con Oscar, quien, encarnado como una cereza, no se atrevió á avanzar, viendo vestidos á los dos pintores.

—Al fin has venido, mi pequeño Oscar, —dijo Estela con afectacion. Espero que te vestirás, prosiguió despues de mirarle de pies á cabeza con el mayor des-

precio. Tu madre no te ha acostumbrado, así lo creo, á comer con gente, mal pergeñado de ese modo.

—¡Oh!—prorumpió el cruel Mistigris, un futuro diplomático debe hallarse en *fondos... de pantalon. Dos trajes valen más que uno.*

—¡Un futuro diplomático!—exclamó Mme. Moreau.

Aquí al pobre Oscar se le llenaron los ojos de lágrimas, mirando alternativamente á José y á Leon.

—Una broma de viaje,—respondió José, quien por compasion quiso sacar á Oscar de este mal paso.

—El pequeño ha querido reirse como nosotros, y *ha bromeado*,—dijo el cruel Mistigris, hélo aquí ahora *como un asno en la pradera*.

—Señora, dijo Rosalia, volviendo á la puerta del salon, su excelencia ordena una comida para ocho personas, y quiere ser servido á las seis. ¿Qué hacemos?...

Durante la conferencia de Estela y su primera doncella, los dos artistas y Oscar cambiaron miradas en las cuales se pintaron horribles aprensiones.

—¡Su Excelencia aquí!—dijo José Bridau.

—Sí, el señor conde de Sérisy,—respondió el pequeño Moreau.

—¿Se hallaba por casualidad en el *coucou*?—dijo Leon de Lora.

—¡Oh!—respondió Oscar, el conde de Sérisy no puede viajar sino en un carruaje de cuatro caballos.

—¿Cómo ha llegado el señor conde de Sérisy?—dijo el pintor á Mme. Moreau, cuando ésta volvió á su sitio bastante mortificada.

—No lo sé,—respondió ella, no me esplico la lle-

gada de Su Señoría, ni lo que viene á hacer aquí. Y Moreau que ha salido!

—Su excelencia suplica al señor Schinner que pase al palacio,—dijo un jardinero, dirigiéndose á José, y le ruega que tenga la amabilidad de comer con él, lo mismo que el señor Mistigris.

—¡Estamos frescos!—dijo riendo el gatuelo. Ese á quien hemos tomado por un plebeyo en el carruaje de Pierrotin, ese es el conde. Con razon se dice que *jamás se arremanga lo que se busca*, (jamás se encuentra lo que se busca.)

Oscar se transformó casi en estatua de sal; porque al oír esta revelacion sintió su gáznate mas salado que el mar.

—Y vos que le habeis hablado de los adoradores de su mujer y de su enfermedad secreta!—dijo Mistigris á Oscar.

—¿Que quereis decir con eso?—exclamó la mujer del administrador, mirando á los dos artistas que salieron riéndose de la cara de Oscar.

Oscar permaneció mudo, aterrado, estúpido, no oyendo nada, por mas que Mme. Moreau le dirigia preguntas y le sacudia violentamente por uno de sus brazos que habia asido y apretaba con fuerza; pero se vió obligada á dejar á Oscar en su salon, sin haber obtenido respuesta, porque Rosalia la llamó de nuevo para pedirle ropa blanca, vajilla de plata, y para que euidase por si misma de ejecutar las multiplicadas órdenes que daba el conde. La gente, los jardineros, el conserje y su mujer, todos iban y venian en una confusion fácil de concebir. El amo habia caído en su casa como una bomba.

En efecto, desde lo alto de la cueva, el conde por un sendero de él conocido, había ganado la casa del guarda, á la que llegó mucho antes que Moreau. El guarda quedó estupefacto al ver al verdadero amo.

—¿Está aquí Moreau, pues veo su caballo?— preguntó M. de Sérisy.

—No, monseñor, pero debiendo ir á los Moulineaux antes de comer, ha dejado aquí su caballo mientras da algunas órdenes en el palacio.

El guarda ignoraba la importancia de esta respuesta, que en las actuales circunstancias, á los ojos de un hombre perspicaz, equivalía á una certidumbre.

—Si tienes afición á tu empleo,—dijo el conde á su guarda, vas á ir á escape á Beaumont en este caballo, y entregarás á M. Margueron el billete que voy á escribir.

El conde entró en el pabellón, escribió unas líneas, las dobló de modo que fuese imposible desdoblarlas sin que se conociera, y las entregó á su guarda cuando le vió á caballo.

—Ni una palabra á alma viviente!—dijo. En cuanto á vos, señora, añadió hablando con la mujer del guarda, si Moreau se admira de no encontrar su caballo, le diréis que yo lo he tomado.

Y el conde se metió en su parque, cuya verja le fué franqueada á un gesto suyo. Por acostumbrado que uno se halle al estrago de la política, á sus emociones, á sus descontentos, el alma de un hombre bastante fuerte para amar todavía á la edad del conde, es siempre jóven para la traicion. Costaba tanto á M. de Sérisy verse engañado por Moreau, que en Saint-Brice, más que cómplice de Léger y del notario, le

creyó seducido por ellos. Así es que, á la puerta de la posada, durante la conversacion del padre Léger y del posadero, pensaba aún en perdonar á su administrador despues de una buena reprension. ¡Cosa extraña! La felonía de su hombre de confianza no le preocupaba más que como un episodio, desde el momento en que Oscar había revelado las gloriosas enfermedades del trabajador intrépido, del administrador napoleónico. Secretos tan bien guardados no habian podido ser vendidos más que por Moreau, quien se había burlado sin duda de su bienhechor con la antigua doncella de Mme. de Sérisy, ó con la antigua Aspasia del Directorio. Al precipitarse en el camino de atajo, este Par de Francia, este ministro, había llorado como un niño. ¡Había vertido sus últimas lágrimas! Todos los sentimientos humanos estaban de tal modo y tan vivamente atacados á la vez, que este hombre tan sereno caminaba por un parque como camina una fiera herida.

Cuando Moreau pidió su caballo, y la mujer del guarda le hubo respondido:—El señor conde acaba de llevárselo.—Quién, el señor conde?—exclamó.

—Monseñor el conde de Sérisy, nuestro amo,—dijo ella. Se halla quizás en el palacio,—añadió para desembarazarse del administrador, quien no comprendiendo una palabra de este asunto, se dirigió hácia él.

Moreau retrocedió en breve para interrogar á la mujer del guarda, porque había concluido por encontrar gravedad en la llegada secreta y en la rara accion de su señor. La mujer del guarda, asustada al verse cogida, como en un tornillo, entre el conde y el ad-

ministrador, se habia encerrado dentro del pabellon, bien resuelta á no abrir á nadie más que á su marido. Moreau, cada vez más inquieto, á pesar de sus botas de montar se dirigió corriendo á la conserjeria en donde supo al fin que el conde se vestia. Rosalia, á quien el administrador encontró, le dijo:—Siete personas deben comer con Su Señoría.

Moreau se encaminó á su pabellon, y entonces vió á su moza de corral sosteniendo un altercado con un hermoso jóven.

—El señor conde ha dicho el ayudante de Mina, un coronel!—exclamaba la pobre jóven.

—Yo no soy coronel,—respondia Jorge.

—¡Pues bien! os llamis Jorge?

—¿Qué ocurre?—dijo el administrador interviniendo en la cuestion.

—Caballero, me llamo Jorge Marest, soy hijo de un rico quinquillero al por mayor de la calle Saint-Martin, y vengo para un asunto á casa del señor conde de Sérisy, de parte del señor Crottat, notario, cuyo segundo escribiente soy.

—Y yo repito á este caballero que monseñor acaba de decirme: «Va á presentarse un coronel llamado Czerni-Jorge, ayudante del general Mina, que ha venido en el coche de Pierrotin; si pregunta por mí, hacidle entrar en la sala de espera.»

—Vaya, caballero, no hay que jugar con Su Señoría,—dijo el administrador. ¿Pero cómo Su Señoría ha venido aquí, sin avisarme su llegada? ¿Cómo el señor conde ha podido saber que habeis viajado en el coche de Pierrotin?

—Sin duda alguna,—dijo el escribiente, el conde

es el viajero que sin la galanteria de un jóven iba á agazaparse como un conejo en el carruaje de Pierrotin.

—Como un conejo, en el coche de Pierrotin?...

—exclamaron el administrador y la porquera.

—Estoy seguro de ello, precisamente á causa de lo que me dice esta muchacha,—prosiguió Jorge Marest.

—¿Cómo puede ser eso?—prorumpió Moreau.

—Ah! así es,—exclamó el escribiente. Para mistificar á los viajeros, les he referido un atajo de disparates acerca del Egipto, la Grecia y la España. Llevaba espuelas, me he hecho pasar por un coronel de caballeria, una historia de risa.

—Veamos,—dijo Moreau. Describidme el viajero que á vuestro modo de ver seria el conde.

—Pero,—dijo Jorge, si tiene la cara como un ladrillo, los cabellos enteramente blancos y las cejas negras.

—¡El es!

—¡Estoy perdido!—dijo Jorge Marest.

—¿Por qué?

—Me he burlado de sus condecoraciones.

—Bah! es muy bueno, le habreis divertido. Venid enseguida al palacio,—dijo Moreau, subo á sus habitaciones. ¿Pero dónde se ha separado de vos?

—En la cima de la montaña.

—Me confundo,—exclamó Moreau.

—Después de todo, le he embromado, pero no le he ofendido,—se dijo el escribiente.

—¿Y á que venis?—preguntó el administrador.

—Pero si traigo extendida la escritura de venta de la finca de los Moulineaux!

— ¡Dios mío! — exclamó el administrador, no entiendo una palabra de esto.

Moreau sintió que le molestaban los latidos de su corazón, cuando después de haber dado dos golpes á la puerta de su principal, oyó:

— ¡Sois vos, señor Moreau?

— Sí, monseñor.

— ¡Adelante!...

El conde se había puesto un pantalón blanco y unas botas finas, un chaleco blanco y un frac negro sobre el cual brillaba, á la derecha, la insignia de la gran cruz de la Legión de honor; á la izquierda, de un ojal, pendía el Toison de Oro al extremo de una cadena del mismo metal. El cordón azul se destacaba vivamente sobre el chaleco. El mismo había peinado sus cabellos, y sin duda se había engalanado así para hacer á Margueron los honores de Presles, y quizás para ejercer sobre este buen hombre los prestigios de la grandeza.

— Y bien, caballero, — dijo el conde, permaneciendo sentado y dejando á Moreau de pie, conque no podemos cerrar el trato con Margueron?

— En estos momentos vendería su finca sobrado cara.

— ¿Pero por qué no vendría? — dijo el conde, afectando un aire meditabundo.

— Está enfermo, monseñor...

— ¿Estáis seguro de ello?

— He ido á verle, y...

— Caballero, — dijo el conde, tomando un aspecto de severidad terrible, qué hariais á un hombre de confianza que os viera curaros un mal que deseárais

tener secreto, si fuese á reirse de él á casa de una ramera?

— Le molería á palos.

— Y si descubrierais además que vende vuestra confianza y os roba?

— Trataría de sorprenderle *in fraganti*, y le enviaría á presidio.

— Escuchad, señor Moreau: sin duda habeis hablado de mis enfermedades en casa de Mme. Clapart, y os habeis reído, en su casa, con ella, de mi amor á la condesa de Sérisy; porque el pequeño Husson instruí de una infinidad de circunstancias relativas á mi tratamiento, á los viajeros de un carruaje público, esta mañana, en mi presencia, y Dios sabe en que lenguaje! Osaba calumniar á mi mujer. En fin, he sabido por boca del mismo padre Léger, que regresaba de París en el coche de Pierrotin, el plan fraguado por el notario de Beaumont, por vos y por él, relativamente á los Moulineaux. Si habeis estado en casa de Margueron, ha sido para decirle que se fingiera enfermo; está tan bueno, que le espero á comer, y va á venir. Y bien, caballero! os perdonaba que poseyerais doscientos cincuenta mil francos de fortuna, ganados en diez y siete años... Esto lo comprendo. Tantas veces cuantas me hubierais pedido lo que me quitabais ó lo que se os había ofrecido, os lo habría dado: sois padre de familia. Habeis sido, en vuestra falta de delicadeza, mejor que otro, lo creo... Pero vos, que conoceis mis trabajos en pro del país, de la Francia; vos, que me habeis visto más de cien noches velar por el Emperador, ó trabajando diez y ocho horas diarias durante trimestres enteros; vos, que

sabéis cuanto amo á Mme. de Sérisy, haber charlado sobre ello delante de un niño, haber entregado mis secretos, mis afecciones á la risa de una Mme. Husson!...

— Monseñor.....

— Es imperdonable. Herir á un hombre en sus intereses, eso no vale nada; pero atacarle en su corazón?.... Oh! no sabéis lo que habeis hecho!

El conde dejó caer la cabeza entre las manos y permaneció un momento silencioso.

— Os dejo cuanto poseéis, — prosiguió, y os olvidaré. Por mi propia dignidad, por vuestro propio honor, nos separaremos decorosamente, porque en este momento recuerdo lo que vuestro padre hizo por el mío. Os entenderéis, sea, con M. de Reybert, vuestro sucesor. Estad, como yo, sereno. No os ofrezcais en espectáculo á los necios. Sobre todo, nada de insultos, ni de quisquillas. Si ya no poseéis mi confianza, procurad guardar el decoro de la gente rica. En cuanto á ese bribonzuelo que ha estado á pique de matarme, que no duerma en Presles! Alojadle en la posada, no respondería de mi cólera si le viera en mi presencia.

— Yo no merecía tanta dulzura, monseñor, dijo Moreau, con las lágrimas en los ojos. Sí, si hubiese estado desprovisto de toda probidad, tendría quinientos mil francos míos; además, me ofrezco á presentaros las cuentas de mi fortuna y á detallárosla! Pero permitid que os diga, monseñor, que al hablar de vos con Mme. Clapart, jamás fué en tono de burla; sino al contrario, compadeceiendo vuestro estado y para preguntarle si sabía algunos remedios desconocidos

de los médicos, que practica la gente del pueblo.... He hablado de vuestros sentimientos en presencia del pequeño cuando se hallaba durmiendo, (parece que nos oía!) pero fué siempre en términos llenos de cariño y de respeto. La desgracia quiere que algunas indiscreciones sean castigadas como crímenes. Pero al aceptar los efectos de vuestra cólera, sabed al menos como las cosas han ocurrido. Oh! fué de corazón á corazón como hablé de vos con Mme. Clapart. Finalmente, podeis interrogar á mi mujer.... jamás hemos hablado entre nosotros de estas cosas....

— Basta, — dijo el conde cuya convicción era completa, no somos niños, todo es irrevocable. Id á poner en orden vuestros asuntos y los míos. Podeis seguir habitando el pabellon hasta el mes de octubre. M. y Mme. de Reybert se alojarán en el palacio; sobre todo procurad vivir con ellos como personas de calidad que se aborrecen, pero que guardan las apariencias.

El conde y Moreau bajaron, Moreau, blanco como los cabellos del conde, el conde, sereno y digno.

Durante esta escena, el coche de Beaumont, que sale de París á la una, se habia detenido en la verja y bajaba al palacio el señor Crottat, quien, segun la orden dada por el conde, esperaba en el salon en donde encontró á su escribiente muy avergonzado, en compañía de los dos pintores, embarazados los tres con sus personajes. M. de Reybert, un hombre de cincuenta años, de rostro áspero, pero honrado, habia venido acompañado del viejo Margueron y del notario de Beaumont que tenia en la mano un fajo de documentos y de escrituras. Cuando todas estas personas vieron aparecer al conde con su traje de hombre

de Estado, Jorge Marest tuvo un ligero movimiento de cólico, José Bridau se estremeció; pero Mistigris, que vestía su traje dominguero y nada tenía que reprocharse, dijo con voz bastante alta:

—Y bien! está infinitamente mejor así.

—Picarillo, —dijo el conde, arrastrándole hacia sí por una oreja, tú pintas y yo llevo las condecoraciones. ¿Habeis reconocido vuestra obra, mi querido Schinner? prosiguió el conde, mostrando el techo al artista.

—Monseñor, —respondió éste, he cometido la falta de atribuirme por bravata un nombre célebre; pero esta jornada me obliga á pintaros buenas cosas y á ilustrar el nombre de José Bridau.

—Me habeis defendido, —dijo vivamente el conde, y espero que tendreis la amabilidad de comer conmigo, lo mismo que nuestro espiritual Mistigris.

—Vuestra señoría no sabe á lo que se expone, —dijo el descarado gatuelo. *Estómago hambriento no tiene pulgares.*

—¡Bridau! —exclamó el ministro, impresionado por un recuerdo, seriais acaso pariente de uno de los más ardientes trabajadores del Imperio, de un jefe de division que ha sucumbido víctima de su celo?

—Su hijo, monseñor, —respondió José, inclinándose.

—Sed bien venido aquí, —prosiguió el conde, tomando entre las suyas la mano del pintor, he conocido á vuestro padre, y podeis contar conmigo como con un... tío en Indias, añadió M. de Sérisy, sonriendo. Pero sois demasiado jóven para tener discípulos, de quién lo es, pues, Mistigris?

—De mi amigo Schinner que me lo ha prestado, —prosiguió José. Mistigris se llama Leon de Lora. Monseñor, si os acordais de mi padre; dignaos pensar en aquel de sus hijos que se encuentra acusado de conspirador contra el Estado y citado ante la cámara de los Pares.

—¡Ah! es cierto, —dijo el conde, pensaré en él, podeis creerlo. En cuanto al principe Czerni-Jorge, el amigo de Ali-Pachá, el ayudante de Mina, —dijo el conde, avanzando hacia Jorge.

—¿El?... mi segundo escribiente, —exclamó Crottat.

—Estais en un error, señor Crottat, —dijo el conde con aire severo. Un escribiente que quiere un dia ser notario, no abandona documentos importantes en las diligencias á merced de los viajeros! Un escribiente que aspira á ser notario, no gasta veinte francos entre Paris y Moisselles! Un escribiente que aspira á ser notario, no se expone á ser detenido como un prófugo...

—Monseñor, —dijo Jorge Marest, he podido divertirme en mistificar á los plebeyos durante el viaje; pero...

—No interrumpais á su excelencia, —le dijo su principal, dándole un fuerte codazo en el costado.

—Un notario debe tener á todas horas discrecion, sagacidad, y no confundir á un ministro de Estado con un fabricante de bujías...

—Acepto la responsabilidad de mis faltas, pero no he abandonado mis escrituras á merced de... —dijo Jorge.

—En este momento estais cometiendo la falta de dar un mentis á un ministro de Estado, á un Par de

Francia, á un gentilhombre, á un anciano, á un cliente. Buscad vuestra escritura de venta.

El escribiente arrugó todos los papeles de su cartera.

—No enredeis vuestros papeles,—dijo el ministro de Estado, sacando de su bolsillo la escritura, aquí está lo que buscáis.

Crottat dió tres vueltas al papel, tan asombrado estaba.

—¡Cómo! caballero!—dijo el notario á Jorge.

—Si yo no la hubiera tomado,—prosiguió el conde, el padre Léger, que no es tan necio como le creéis, á pesar de sus preguntas sobre la agricultura, porque con ellas os estaba demostrando que uno debe siempre pensar en su profesión, el padre Léger hubiera podido apoderarse de ella y adivinar mi proyecto.... Vos tendreis también la amabilidad de comer conmigo, pero con la condicion de referirnos la ejecucion de *Moucelim* de Smyrna, y nos acabareis las memorias de algun cliente que sin duda habeis leído en público.

—Donde las dan las toman,—dijo en voz baja Leon de Lora á José Bridau.

—Señores,—dijo el conde al notario de Beaumont, á Crottat, á M. M. Margueron y Reybert, pasemos al otro lado, no nos sentaremos á la mesa sin haber concluido; porque, como dice Mistigris, es necesario saber *ordenarse á tiempo*, (obrar á tiempo.)

—Y bien! es muy buen muchacho,—dijo Leon de Lora á Jorge Marest.

—Si, pero mi principal no es tan bueno, y me enviará con mis bromas á otra parte.

—Bah! os gusta viajar,—dijo Bridau.

—El pequeño, qué julepe va á recibir de M. y Mme. Moreau!...—exclamó Leon de Lora.

—Un pequeño imbécil,—dijo Jorge. A no ser por él, el conde se habria divertido. Lo mismo dá, la leccion ha sido buena y si otra vez me oyen hablar en un carruaje....

—Oh! es una tontería,—dijo José Bridau.

—Y una vulgaridad,—concluyó Mistigris. Además, *hablar demasiado, sigue*, (hablar con exceso perjudica.)

En tanto que los asuntos se ventilaban entre monsieur Margueron y el conde de Sérisy, asistido cada uno de su notario respectivo, y en presencia de M. de Reybert, el ex-administrador se habia dirigido con paso lento á su pabellón. Entró en él sin ver nada, y se sentó en el canapé del salon, en donde el pequeño Husson se puso en un rincón fuera del alcance de su vista, porque el cárdeno semblante del protector de su madre le aterrorizó.

—Y bien, amigo mio, qué te pasa?—dijo Estela, entrando bastante fatigada por todo cuanto acababa de hacer.

—Esposa mia, estamos perdidos, y perdidos sin remedio. Ya no soy administrador de Presles, ya no poseo la confianza del conde.

—¿Y cómo ha sido eso?

—El padre Léger, que se hallaba en el coche de Pierrotin, le ha puesto al corriente del asunto de los Moulineaux; pero no es esto lo que me ha enagenado para siempre su proteccion...

—¿Pues qué?

—Oscar ha hablado en mal sentido de la condesa y

ha revelado las enfermedades del conde....

—¡Oscar!...—exclamó Mme. Moreau. Te castigan, querido, por donde has pecado. ¿Valia la pena de criar esa culebra en tu seno? Cuántas veces te he dicho....

—¡Basta!—prorumpió Moreau, con voz alterada. En este momento, Estela y su marido descubrieron á Oscar acurrucado en un rincón. Moreau cayó sobre el desgraciado niño como un milano sobre su presa, le asió del cuello de su levita color de aceituna y le arrastró á la luz de una ventana.

—Habla de una vez, qué le has dicho á monseñor en el carruaje? Qué demonio te ha desatado la lengua, á tí que permaneces atontado cuantas veces te interrogo? ¿Qué es lo que te proponias?—le dijo el administrador con espantosa violencia.

Harto atontado para llorar, Oscar guardó silencio, permaneciendo inmóvil como una estatua.

—Ven á pedir perdon á Su Excelencia,—dijo Moreau.

—Acaso se preocupa Su Excelencia por semejante canalla!—exclamó la furiosa Estela.

—Ea, ven al palacio,—prosiguió Moreau. Oscar se postró como una masa inerte y cayó al suelo.

—¿Quieres venir?—dijo Moreau cuya cólera fué encendiéndose por momentos.

—¡No! no! perdon!—exclamó Oscar, que no quiso someterse á un suplicio para él peor que la muerte.

Entonces Moreau asió á Oscar de su levita, le arrastró como un cadáver por los patios que el niño atronó con sus gritos, con sus sollozos; le arrastró

por la escalera; y con un brazo alentado por la rabia, le arrojó bramando y rígido como una estaca, en el salón, á los pies del conde, que acababa de concluir la adquisicion de los Moulineaux, y se trasladaba entonces al comedor con todos los convidados.

—De rodillas! de rodillas! desgraciado! Pide perdon al que te ha dado el pan del alma, obteniéndote un dote pío en el colegio!—gritaba Moreau.

Oscar, con el rostro pegado al suelo, espumeaba de rabia, sin proferir una palabra. Todos los espectadores temblaban. Moreau, que ya no fué dueño de sí, presentaba un rostro ensangrentado á fuerza de inyectarse.

—Este jóven es todo vanidad,—dijo el conde, despues de haber esperado en vano las satisfacciones de Oscar. Un orgulloso se humilla, porque existe grandeza en ciertas humillaciones. Mucho temo que jamás hagais carrera de este muchacho.

Y el ministro de Estado pasó. Moreau volvió á apoderarse de Oscar y le condujo á su habitacion. Mientras enganchaban los caballos á la calesa, escribió á Mme. Clapart la siguiente carta:

«Amiga mia, Oscar acaba de arruinarme. Esta mañana durante su viaje en el coche de Pierrotin, ha hablado á Su Excelencia en persona de las ligerezas de la señora condesa, y ha dicho al mismo conde, que viajaba de incógnito, sus secretos acerca de la terrible enfermedad que ha contraído pasando tantas noches de trabajo en el desempeño de sus diversas funciones. Despues de haberme destituido, el conde me ha encargado no consentir que Oscar duerma en

Presles, y que le despida. Así, para obedecerle, mando enganchar en este momento mis caballos á la caleza de mi mujer, y Brochon, mi caballerizo, va á devolveros este pequeño miserable. Mi mujer y yo nos hallamos en un estado de desolacion que vos podeis imaginar y yo renunció á describiros. Dentro de breves dias iré á veros, porque necesito tomar una determinacion. Soy padre de tres hijos, debo pensar en su porvenir, y todavía no sé qué resolver, porque abrigo la intencion de demostrar al conde lo que valen diez y siete años de la vida de un hombre como yo. Rico por valor de doscientos sesenta mil francos, quiero llegar á poseer una fortuna que algun dia me permita ser casi igual á Su Exceclencia. En este momento me siento capaz de levantar montañas, de vencer obstáculos insuperables. ¡Qué palanca la de semejantes humillaciones! Qué sangre es, pues, la que Oscar tiene en las venas? No puedo felicitaros por él, su conducta es la de un imbécil; en el momento en que os escribo, aún no ha podido pronunciar una palabra ni contestar á todas las preguntas de mi mujer ó mias... ¿Va á ser un estúpido ó lo es ya? Querida amiga, no le habiais, pues, enseñado su leccion antes de embarcarle? ¡Cuántas desgracias me hubierais evitado, acompañándole como os habia suplicado!... Si Estela os asustaba, hubierais podido quedaros en Moisselles. En fin, concluyo. Adios, hasta muy pronto.

Vuestro afectísimo servidor y amigo

MOREAU.

A las ocho de la noche, Mme. Clapart, habiendo regresado de un corto paseo con su marido, hacia

medias de invierno para Oscar, á la luz de una sola bujía. M. Clapart esperaba á un amigo, llamado Poi-ret, que á veces iba á jugar con él su partida de dominó, porque jamás se aventuraba á pasar la noche en un café. A pesar de la prudencia que le imponia su humilde fortuna, Clapart no hubiera podido responder de su templanza en medio de los géneros del consumo y en presencia de los parroquianos cuyas burlas hubiesen herido su amor propio.

—Temo que Poi-ret haya venido,—decia Clapart á su mujer.

—Pero, amigo mio, la portera nos lo hubiese dicho,—le respondió Mme. Clapart.

—Puede muy bien haberlo olvidado.

—¿Por qué quieres que lo olvide?

—No seria la primera vez que habria olvidado algo para nosotros, porque sabe Dios como se trata á los pobres.

—En fin,—dijo la infeliz mujer por cambiar de conversacion y escapar á las quisquillas de Clapart, Oscar se encuentra ahora en Presles, será muy dichoso en aquella hermosa tierra, en aquel precioso parque....

—Sí, esperad de él buenas cosas,—respondió Clapart, será causa de alguna pelotera.

—Conque no cesareis de aborrecer á ese pobre niño; ¿que es ha hecho? Eh! Dios mio, si algun dia gozamos de comodidades, quizás se lo deberemos á él, porque tiene buen corazon...

—Cuando ese muchacho medre en el mundo, hará mucho tiempo que nuestros huesos se habrán convertido en gelatina!—exclamó Clapart. ¿Habrás, pues,

cambiado mucho? Pero vos no conoceis á vuestro hijo, es vanidoso, es embustero, es perezoso, es incapaz...

—¿Por qué no vais á ver si viene M. Poirer?—dijo la pobre madre, herida en el corazón por esta diatriba que se había atraído.

Un niño que jamás ha obtenido un premio en sus clases!—exclamó Clapart. A los ojos de los plebeyos, ganar premios en las clases es para un niño la certeza de un bello porvenir.

—¿Habeis ganado vos alguno?—le dijo su mujer. Oscar ha obtenido el cuarto *accèsit* de filosofía.

Este apóstrofe impuso silencio á Clapart por un momento.

—Añadid á eso que Mme. Moreau debe quererle como un clavo, sabeis donde?... Procurará que su marido le tome manía.... ¿Oscar llegar á ser administrador de Presles? Si para eso se necesita saber agricultura, entender de cultivos....

—Lo aprenderá.

—¿El? No, la gata! Apostemos á que si desempeñara ese empleo, no se pasaría una semana sin cometer algunas brutalidades que obligarian al conde de Sérisy á despedirle?

—¿Dios mio! como podeis encarnizaros, en lo por venir, contra un pobre niño lleno de buenas cualidades, de una dulzura de ángel, é incapaz de hacer daño á nadie?

En este momento, los chasquidos del látigo de un postillon, el ruido de una calesa al trote largo, el piar de dos caballos que se detuvieron en la puerta cochera de la casa, habian puesto en revolucion la calle

de la Cerisaie. Clapart, que oyó abrir todas las ventanas, se asomó al patio.

—Os devuelven á Oscar por la posta!—exclamó con un aire en que la satisfaccion se ocultaba bajo una inquietud real.

—Oh, Dios mio! qué le habrá sucedido?—dijo la pobre madre, presa de un temblor que la sacudió como á una hoja el viento de otoño.

Brochon subia seguido de Oscar y de Poirer.

—Dios mio! qué ha sucedido?—repitió la madre, dirigiéndose al caballero.

—No lo sé, pero M. Moreau no es ya administrador de Presles, dicen que vuestro señor hijo tiene la culpa de ello y Su Señoría ha ordenado que os le traigan. Además, señora, aquí traigo la carta de ese pobre M. Moreau, que está cambiado hasta dar miedo....

—Clapart, dos vasos de vino para el postillon y para el señor,—dijo la madre, que fué á caer sobre un sillón donde leyó la fatal carta. Oscar, prosiguió arrastrándose hácia su cama, es decir que quieres matar á tu madre.... Despues de cuanto te habia dicho esta mañana....

Mme. Clapart no acabó su frase, se desmayó de dolor. Oscar permaneció estúpido, de pie. Mme. Clapart volvió en sí al oír á su marido que decía á Oscar, sacudiéndole por el brazo:

—¿Responderás?

—Id á acostaros, caballero,—dijo á su hijo, y dejadle tranquilo, señor Clapart, no le volvais loco, porque está cambiado que da miedo.

Oscar no oyó la frase de su madre, habia ido á

acostarse desde que recibiera la orden.

A enantos recuerden su adolescencia no les asombrará el saber que despues de un día lleno de emociones y acontecimientos, Oscar durmiera el sueño de los justos, á pesar de la enormidad de sus faltas. Al día siguiente no encontró la naturaleza tan cambiada como creía, y se asombró de tener hambre, él que la vispera se consideraba indigno de vivir. Sólo habia sufrido moralmente. A esta edad, las impresiones morales se suceden con sobrada rapidez para que la una no debilite la otra, por profundamente grabada que se halle la primera. Así, por mas que algunos filántropos le hayan atacado fuertemente en estos últimos tiempos, el sistema de castigos corporales es necesario en ciertos casos para los niños; y además, es el mas natural, porque la naturaleza no procede de otro modo, se sirve del dolor para imprimir un recuerdo duradero de sus enseñanzas. Si á la vergüenza desgraciadamente pasajera que de Oscar se habia apoderado la vispera, el administrador hubiese añadido una pena afflictiva, quizás la leccion hubiera sido completa. El discernimiento con que deben emplearse las correcciones es el mayor argumento contra ellas; porque la naturaleza no se engaña jamás, mientras que el preceptor puede con frecuencia equivocarse. Mme. Clapart habia cuidado de enviar fuera de casa á su marido, á fin de hallarse por la mañana á solas con su hijo. Se hallaba en un estado lastimoso. Sus ojos debilitados por el llanto, su semblante fatigado por una noche de insomnio, su voz cansada, todo en ella inspiraba compasion, mostrando un excesivo dolor que por segunda vez no hubiera podido soportar. Al ver

entrar á Oscar, le indicó que se sentara á su lado, y le recordó con voz dulce, pero penetrante, los favores del administrador de Presles. Dijo á Oscar que de seis años á esta parte sobre todo, vivia de las ingeniosas caridades de Moreau. El empleo de M. Clapart, debido al conde de Sérisy, lo mismo que la mitad del dote pio con ayuda del cual Oscar habia terminado su educacion en el colegio, cesaria tarde ó temprano. Clapart no podia pretender una jubilacion, no contando suficientes años de servicios en el Tesoro ni en el municipio, para obtenerla. ¿Qué seria de todos ellos, el día en que Clapart ya no tuviese su empleo?—En cuanto á mí,—dijo ella, aunque tenga que colocarme de enfermera ó servir de criada en una casa grande, sabré ganar mi pan y mantener á M. Clapart. Pero tú, dijo á Oscar, que es lo que harás? Careces de fortuna y debes hacerla, porque es necesario vivir. Para vosotros los jóvenes no existen sino cuatro grandes carreras: el comercio, la administracion, las profesiones privilegiadas y el servicio militar. Toda especie de comercio exige capitales; no podemos dárteles. A falta de capitales, un joven ofrece su fidelidad, su aptitud; pero el comercio exige una gran discrecion, y tu conducta de ayer no hace esperar que la consigas. Para ingresar en una administracion pública, es preciso pasar en ella mucho tiempo de supernumerario, no carecer de proteccion, y te has enagenado el único protector que poseiamos y el mas influyente de todos. Además, suponiendo que estuvieras dotado de facultades extraordinarias, con ayuda de las cuales un joven medra prontamente, ya en el comercio, ya en la administracion, ¿de dón-

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
BIBLIOTECA NACIONAL
"ALFONSO DE VES"
Año. 1925 MONTES, M.E.

de sacar dinero para vivir y vestirse durante el tiempo que emplearías en aprender tu profesión? Aquí la madre se entregó, como todas las mujeres, á difusas lamentaciones: ¿cómo iba á componérselas, privada de los auxilios naturales que la administración de Présles permitía á Moreau enviarle?... Oscar había destruido la fortuna de su protector. Después del comercio y la administración, carreras en las cuales no debía pensar su hijo, careciendo ella de medios para mantenerle, venían las profesiones privilegiadas del notariado, del foro, de los procuradores y de los alguaciles. Pero era necesario cursar su derecho, estudiar durante tres años, y pagar sumas considerables para las matriculas, para los exámenes, para las licenciaturas y los diplomas; el número crecido de aspirantes obligaba á distinguirse por un talento superior; en fin, la dificultad de mantener á Oscar se presentaba siempre.

—Oscar,—dijo ella terminando, había fundado en ti todo mi orgullo y toda mi vida. Al aceptar una vez desgraciada, reposaba mi vista en tí, y te veía abrazando una brillante carrera con buen éxito. Esta esperanza me ha dado valor para devorar las privaciones que he sufrido durante seis años con objeto de sostenerte en el colegio, en el cual nos costabas aún de siete á ochocientos francos anuales, á pesar del medio dote pío. Ahora que mi esperanza se desvanece, tu suerte me espanta! No puedo disponer de un céntimo para mi hijo sobre los honorarios de M. Clapart. ¿Qué vas á hacer? No eres bastante fuerte en matemáticas para ingresar en las escuelas especiales, y además, dónde encontrar los tres mil francos de

pension que se exigen para ello? Hé aquí la vida, tal como ella es, hijo mío! Tienes diez y ocho años, eres robusto, sienta plaza de soldado, será la única manera de ganar tu sustento.

—Todavía Oscar no sabía nada de la vida. Como todos los niños á quienes se ha criado, ocultándoles la miseria doméstica, ignoraba la necesidad de hacer fortuna: la palabra *comercio* no despertaba en él ninguna idea, y la palabra *administración* no le decía gran cosa, porque no apercibía los resultados de ella; escuchaba, pues, con aire sumiso, que intentaba hacer avergonzado, las reprensiones de su madre, que se perdían en el vacío. Con todo, la idea de ser soldado, y las lágrimas que empañaban los ojos de su madre, hicieron llorar á este niño. Tan pronto como Mme. Clapart vió surcadas de lágrimas las mejillas de Oscar, se sintió sin fuerzas; y como todas las madres en semejantes casos, buscó la peroración con que terminan estas especies de crisis, en que ellas sufren á la vez sus dolores y los de sus hijos.

—Vamos, Oscar, *prométeme* ser discreto en lo sucesivo, no hablar á diestro y siniestro, reprimir tu necio amor propio, ser... etc., etc.

Oscar prometió cuanto su madre le pedía, y después de haberle atraído dulcemente hácia sí, madame Clapart acabó por abrazarle para consolarle de la riña.

—Ahora,—dijo ella, escucharás á tu madre, seguirás sus advertencias, porque una madre no puede dar sino buenos consejos á su hijo. Iremos á casa de tu tío Cardot. Allí está nuestra última esperanza. Cardot ha debido mucho á tu padre, quien, al concederle su hermana, Mlle. Husson, con un dote enorme

para aquellos tiempos, le ha permitido hacer una gran fortuna en el ramo de sederías. Pienso que te colocará en casa de M. Camusot, su sucesor y su yerno, calle de los Bourdonnais.... Pero, ves, tu tío Cardot tiene cuatro hijos. Ha cedido su establecimiento del Capullo de Oro á su hija mayor Mme. Camusot. Si Camusot tiene millones, tiene tambien cuatro hijos de dos mujeres diferentes y apenas sabe que nosotros existimos. Cardot ha casado á Mariana, su segunda hija, con M. Protez, de la casa Protez y Chiffreville. El estudio de su hijo mayor, el notario, ha costado cuatrocientos mil francos, y acaba de asociar á José Cardot, su segundo hijo, con la casa de drogas Matifat. Tu tío Cardot tendrá, pues, muchas razones para no ocuparse de ti, á quien ve cuatro veces al año. Jamás ha estado á visitarme aquí; mientras que sabia perfectamente ir á verme á casa de *Madame* para obtener el consumo de las Altezas Imperiales, del Emperador y de los grandes de su corte. Ahora los Camusots se dan mucho tono! Camusot ha casado al hijo de su primera mujer con la hija de un ugiér del gabinete del rey! El mundo aparece muy jorobado cuando se baja! En fin, es hábil, el Capullo de Oro tiene la parroquia de la corte bajo los Borbones como bajo el Emperador. Mañana iremos, pues, á ver á tu tío Cardot, espero que sabrás portarte como es debido; por que allí, te lo repito, está nuestra última esperanza.

El señor Juan Geronimo Severino Cardot hacia seis años que era viudo de su mujer, Mlle. Husson, á quien el proveedor, en sus buenos tiempos de esplendor habia dado cien mil francos de dote, en metálico. Cardot, primer dependiente del Capullo de Oro, una

de las casas más antiguas de Paris, habia comprado este establecimiento en 1793, en el momento en que sus principales estaban arruinados del todo; y el dinero del dote de Mlle. Husson le habia permitido hacer en diez años una fortuna casi colosal. Para establecer ricamente á sus hijos, habia tenido la ingeniosa idea de colocar una suma de trescientos mil francos en rentas vitalicias sobre su cabeza y la de su mujer, lo que le producía treinta mil libras de renta. En cuanto á sus capitales, los habia dividido, para sus hijos, en tres dotes de cuatrocientos mil francos cada uno. El Capullo de Oro, que era el dote de su hija mayor, Camusot la aceptó por esta suma. El buen hombre, casi septuagenario, podia, pues, gastar y gastaba sus treinta mil francos anuales, sin perjudicar los intereses de sus hijos, superiormente establecidos todos, y cuyas pruebas de cariño no se hallaban entonces contaminadas por ningun pensamiento codicioso. El tío Cardot habitaba, en Belleville, una de las primeras casas situadas más arriba de la Courtille. Ocupaba en ella en un primer piso desde donde se divisaba á vista de pájaro el valle del Sena, una habitación de mil francos, con vistas al mediodia y con la exclusiva posesion de un gran jardín; así es que apenas le preocupaban los otros tres ó cuatro inquilinos alojados en aquella vasta casa de campo. Seguro de acabar allí sus dias por un largo arrendamiento, vivia con bastante mezquindad, servido por su vieja cocinera y por la antigua doncella de la difunta Mme. Cardot, las cuales esperaban heredar á su muerte unos seiscientos francos de renta cada una, y que por consiguiente no le robaban. Estas dos mujeres prodiga-

ban á su amo cuidados inauditos y se interesaban por él tanto más cuanto que nadie era menos exigente ni menos quisquilloso. Hacia seis años que la habitación, amueblada por la difunta Mme. Cardot, permanecía en el mismo estado, pues el anciano se contentaba con ella; no gastaba entre todo mil escudos anuales, porque comía en París cinco veces á la semana, y regresaba todas las noches á las doce en un fiacre destinado al efecto, cuyo establecimiento se hallaba en la barrera de la Courtille. La cocinera apenas tenía que ocuparse más que del almuerzo. El buen hombre almorzaba á las once, luego se vestía, se perfumaba é iba á París. Por lo general los plebeyos avisan cuando comen en la ciudad, el padre Cardot avisaba cuando comía en casa.

Este viejecito, gordo, fresco, rechoncho, fuerte, estaba, como dice el pueblo, siempre puesto de veinticinco alfileres; es decir, siempre con medias de seda negra, pantalon de paño de seda doble, chaleco de piqué blanco, camisa destumbradora, frae azul de barbo, guantes de seda violeta, hebillas de oro en sus zapatos y calzones, en fin, el cabello empolvado y una pequeña cola atada con una cinta negra. Su semblante se hacía notar por unas cejas espesas como matorrales, bajo las cuales centelleaban dos ojos pardos, y por una nariz cuadrada, gruesa y larga, que le daba el aire de un antiguo prebendado. Esta fisonomía no mentía. El padre Cardot pertenecía, en efecto, á esa raza Geroncios avispados que desaparece de día en día y que hacía el gasto de las novelas y las comedias del siglo décimo octavo. El tío Cardot decía:—*Hermosa mujer!* Acompañaba en coche á las mujeres

que se encontraban sin protector; se ponía á las órdenes de éstas, según su expresión, de una manera caballeresca. Bajo su apariencia tranquila, bajo su frente nevada, ocultaba una vejez dedicada únicamente á los placeres. Entre hombres, profesaba con audacia las doctrinas epicúreas y se permitía chistes un poco verdes. No había censurado que su yerno Camusot hiciera la corte á la encantadora actriz Coralía, porque él mismo era en secreto el Mecenas de la señorita Florentina, primera bailarina del teatro de la Gaité. Pero de esta vida y de estas opiniones no se traslucía nada en su casa, ni en su conducta exterior. El tío Cardot, grave y cortés, pasaba por casi frío, tanto decoro ostentaba, y una devota le hubiese llamado hipócrita. Este digno caballero aborrecía en particular á los curas; formaba parte de ese gran rebaño de necios suscritos al *Constitucional*, y se preocupaba mucho por la *negativa de sepulturas*. Adoraba á Voltaire, aunque prefería á Piron, Vadé, Collé. Admiraba naturalmente á Béranger, al que llamaba ingeniosamente *el gran sacerdote de la religión de Lisette*. Sus hijas Mme. Camusot y Mme. Protez, y sus dos hijos, habrían, según una expresión popular, caído de su altura, si alguien les hubiera explicado lo que su padre entendía por: *cantar la madre Godichon!* Este prudente viejo no había dicho una palabra de sus rentas vitalicias á sus hijos, quienes viéndole vivir con tanta mezquindad, creían todos que les había sacrificado su fortuna y redoblaban su ternura y sus cuidados. De manera que á veces decía á sus hijos:—«Conservad vuestra fortuna, porque nada tengo que legaros.» Camusot, cuyo ca-

rácter encontraba bastante parecido al suyo, y á quien queria lo suficiente para hacerle partícipe de sus sutilezas, era el único que estaba en el secreto de las treinta mil libras de renta vitalicia. Camusot aprobaba en gran manera la filosofía del buen hombre, quien, á su modo de ver, habiendo labrado la felicidad de sus hijos y cumplido con tanta nobleza sus deberes, podia concluir alegremente la vida. — «Mira, amigo mio, le decia el antiguo jefe del Capullo de Oro, podia volverme á casar, no es cierto? Una mujer jóven me hubiera dado hijos..... Sí, yo los habria tenido, me encontraba en la edad en que se tienen siempre..... Pues bien! Florentina no me cuesta tan cara como una esposa, no me cansa, no me dará hijos, y no consumirá jamás vuestra fortuna.»

Camusot proclamaba en el padre Cardot el sentido más exquisito de la familia; le miraba como un suegro perfecto. — «El sabe, decia, conciliar los intereses de sus hijos con los placeres de que es muy natural disfrutar en la vejez, despues de haber sufrido todos los estragos del comercio.» Ni los Cardot, ni los Camusot, ni los Protez, sospechaban la existencia de su anciana tia Mme. Clapart. Las relaciones de familia estaban limitadas al envío de las esquelas participando un fallecimiento ó un matrimonio, y tarjetas el día de año nuevo. La altiva Mme. Clapart no doblegaba sus sentimientos más que en provecho de su Oscar, y ante su amistad hácia Moreau, la única persona que le habia permanecido fiel en la desgracia. No habia fatigado al viejo Cardot con su presencia ni con sus importunidades; pero se habia asido á él como á una esperanza, le visitaba una vez cada trimes-

tre, le hablaba de Osear Husson, el sobrino de la difunta y respetable Mme. Cardot, y se lo llevaba tres veces durante las vacaciones. A cada visita, el buen hombre habia convidado á Oscar á comer en el Cuadrante Azul, le habia llevado por la noche á la Gaité, y acompañádole luego á la calle de la Cerisaie. Una vez, despues de haberle vestido todo de nuevo, le habia dado la tembladera y el cubierto de plata exigidos en el ajuar del colegio. La madre de Oscar procuraba demostrar al buen hombre que su sobrino le queria; le hablaba siempre de esta tembladera, de este cubierto, y de este traje encantador del cual no quedaba ya más que el chaleco. Pero estas leves picardías perjudicaban á Oscar, más que le servian, al lado de un viejo zorro tan artero como el tio Cardot. Jamás el padre Cardot habia amado con gran vehemencia á su difunta, mujer alta, flaca y colorada; además, conocia las circunstancias que concurrían en el matrimonio del difunto Husson con la madre de Oscar; y sin por ello desestimarla en lo más mínimo, no ignoraba que el jóven Oscar era hijo póstumo; de suerte que su pobre sobrino le parecia perfectamente ajeno á los Cardot. No previendo la desgracia, la madre de Oscar no habia remediado estos defectos de cariño entre Oscar y su tio, inspirando al comerciante amistad hácia su sobrino desde la juventud. Semejante á todas las mujeres concentradas en el sentimiento de la maternidad, Mme. Clapart no se ponía de ningun modo en el lugar del tio Cardot, creia que él debia interesarse enormemente por un niño tan delicioso, y que llevaba, en fin, el nombre de la difunta Mme. Cardot.

—Señor, es la madre de Oscar, vuestro sobrino,—dijo la doncella á M. Cardot que se paseaba por su jardín, esperando el almuerzo, despues de haberle afeitado y empolvado su peluquero.

—Buenos días, hermosa dama,—dijo el antiguo comerciante en sedas, saludando á Mme. Clapart y envolviéndose en su bata de piqué blanco. Eh! eh! vuestro picarillo crece, añadió tirando á Oscar de una oreja.

—Ha terminado sus estudios y ha sentido mucho que su querido tío no asistiese á la distribución de los premios de Enrique IV, porque ha sonado allí su nombre. El nombre de Husson, que llevará dignamente, confiemos en ello, ha sido proclamado....

—Diablo! diablo!—prorumpió el vejete, deteniéndose.

—Mme. Clapart, Oscar y él se paseaban por una terraza, delante de unos naranjos, mirtos y granados.

—¿Y qué es lo que ha obtenido?

—El cuarto *accèsit* de filosofía,—respondió triunfalmente la madre.

—Oh! el pícaro tiene que andar mucho para recuperar el tiempo perdido, porque eso de acabar por un *accèsit*, no es un *Perú!*....—exclamó el tío Cardot. Almorzaremos conmigo? prosiguió.

—Estamos á vuestras órdenes,—respondió madame Clapart. Ah! mi buen señor Cardot, qué satisfacción para los padres y las madres, cuando sus hijos debutan con acierto en la vida! Bajo este punto de vista, como bajo todos,—dijo corrigiéndose, sois uno de los padres más felices que conozco. Bajo la dirección de

vuestro virtuoso yerno y de vuestra amable hija, el Capullo de Oro ha seguido siendo el primer establecimiento de París. Hé ahí á vuestro hijo mayor regentando hace diez años la más acreditada notaría de la capital, y casado con una mujer rica. Vuestro hijo menor acaba de asociarse con el más rico fabricante de drogas. En fin, tenéis nietas encantadoras. Os veis jefe de cuatro grandes familias.... Permittednos, Oscar va á ver el jardín, sin tocar las flores.

—Pero si tiene diez y ocho años!—dijo el tío Cardot, sonriendo de esta recomendación que achicaba á Oscar.

—Ay! sí, mi buen señor Cardot; y despues de haberle podido conducir hasta aquí, ni tuerto ni cojo, sano de espíritu y de cuerpo, despues de haberlo sacrificado todo para educarle, sería bien triste no verle en el camino de la fortuna.

—Pero ese M. Moreau por cuya influencia habeis alcanzado su medio dote pío en el colegio de Enrique IV, le colocará en buen camino,—dijo el tío Cardot con una hipoeresia oculta bajo un aire de bondad.

—M. Moreau puede morir,—dijo ella, y además ha reñido sin reconciliación posible con el señor conde de Sérisy, su principal.

—Diablo! diablo!.... Escuchad, señora, os veo venir.

—No, señor,—dijo la madre de Oscar interrumpiendo bruscamente al anciano, quien, por respeto á una hermosa dama, dominó el movimiento de mal humor que uno experimenta al verse interrumpido. Ay de mí! vos no conoceis las angustias de una madre que hace siete años se ve obligada á tomar para

su hijo una cantidad de seiscientos francos anuales sobre los mil ochocientos francos de sueldo de su marido..... Si, señor, hé ahí toda nuestra fortuna. Así, qué puedo hacer por mi Oscar? M. Clapart aborrece de tal suerte á este pobre niño, que me es imposible conservarle en casa. Una pobre mujer, sola en el mundo, no debia en estas circunstancias venir á consultar al único pariente que su hijo tiene bajo la capa del cielo?

—Habeis tenido razon, —respondió el bueno de Cardot. Jamás me habiais dicho nada de todo eso.

—Ah, caballero! —prosiguió con altivez Mme. Clapart, vos sois el último á quien confiaria hasta donde llega mi miseria. Yo me tengo la culpa de todo, me he casado con un hombre cuya incapacidad es superior á toda creencia. Oh! soy muy desgraciada!

—Escuchad, señora, no lloreis, —prosiguió gravemente el vejete. Me hacen un daño horrible las lágrimas de una hermosa dama. Despues de todo, vuestro hijo se llama Husson, y si mi querida difunta viviese, algo haria por el nombre de su padre y de su hermano.

—Quería mucho á su hermano, —exclamó la madre de Oscar.

—Pero he entregado toda mi fortuna á mis hijos que ya nada esperan de mí, —continuó el anciano; he repartido entre ellos los dos millones que poseia, porque he querido verles dichosos y con toda su fortuna, viviendo yo. No me he reservado más que rentas vitalicias, y á mi edad no puede uno desprenderse de sus hábitos. ¿Sabeis á que es necesario dedicar ese picarillo?—dijo llamando á Oscar y asiéndole de un brazo; hacadle cursar derecho, yo pagaré las matri-

culas y los gastos de investidura; colocadle en casa de un procurador, que aprenda allí el oficio del enredo; si se porta bien, si se distingue, si tiene aficion á su carrera, si yo vivo aún, cada uno de mis hijos le prestará la cuarta parte de un cargo en tiempo y lugar; en cuanto á mi, yo le prestaré su fianza. Desde hoy, pues, no teneis más que alimentarle y vestirle, comerá el pan un poco duro; pero aprenderá á vivir. Eh! eh! yo partí á Lion con dos luises dobles que me dió mi abuela, he regresado á Paris, y héme aquí. El ayuno conserva la salud. Joven, discrecion, probidad, trabajo, y todo se alcanza! Uno goza mucho ganando su fortuna; y cuando se han conservado los dientes, se la come uno á su antojo en la vejez, cantando, como yo, de vez en cuando, *la Madre Godichon!* Acuérdate de mis palabras: probidad, trabajo y discrecion.

—¿Oyes, Oscar?—dijo la madre. Tu tío te da en tres palabras el resumen de todas las mias, y deberias grabar con letras de fuego la última en tu memoria...

—Oh! lo está, —respondió Oscar.

—Y bien! da las gracias á tu tío, no has oido que se encarga de tu porvenir? Puedes llegar á ser procurador en Paris.

—Ignora la grandeza de sus destinos, —respondió el vejete, viendo el aire atontado de Oscar; acaba de salir del colegio. Escucha, yo no soy fanfarron, prosiguió el tío. Acuérdate que á tus años la probidad no se arraiga sino sabiendo resistir las tentaciones, y en una ciudad populosa como Paris se encuentran éstas á cada paso. Vive en casa de tu madre, en una

bohardilla; ve derecho á tus clases, desde estas á tu estudio, persevera noche y mañana, estudia en casa de tu madre, sé segundo escribiente á los veintidos años, primero á los veinte y cuatro; sé sabio y tu fortuna es cosa hecha. Y bien! si la profesion te disgustara, podrias entrar en casa de mi hijo, el notario, y llegar á ser su sucesor.... Así, trabajo, paciencia, discrecion, probidad, hé ahí tu divisa.

—Y quiera Dios que vivais todavía treinta años para ver á vuestro quinto hijo realizando cuanto esperamos de él,—exclamó Mme. Clapart, tomando la mano de Cardot y estrechándosela con un gesto digno de su juventud.

—Vamos á almorzar,—respondió el bueno del vejete, tirando á Oscar de una oreja.

Durante el almuerzo, el tío Cardot observó disimuladamente á su sobrino, y notó que no sabia nada de la vida.

—Enviádmelo de cuando en cuando,—dijo á Mme. Clapart despidiéndose de ella y señalando á Oscar, yo os le formaré.

Esta visita calmó las penas de la pobre mujer, que no esperaba tan buen éxito. Por espacio de quince días, salió á paseo con Oscar, le vigiló casi con tiranía y así llegó á fines de Octubre. Una mañana, Oscar vió entrar al temible administrador que sorprendió á la pobre familia de la calle de la Cerisaie almorzando una ensalada de harenques y lechuga, con una taza de leche por via de postres.

—Estamos establecidos en Paris donde no vivimos como en Presles,—dijo Moreau que quiso anunciar de este modo á Mme. Clapart el cambio producido en

sus relaciones por la falta de Oscar; pero pasaré poco tiempo en él. Me he asociado con el padre Léger y con el padre Margueron de Beaumont. Somos traficantes en tierras y hemos empezado por comprar la de Persan. Soy el director de esta sociedad, que ha reunido un millon, porque he pedido prestado sobre mis bienes. Cuando tropiezo con un negocio, el padre Léger y yo le examinamos; mis socios perciben cada uno la cuarta parte y yo la mitad de los beneficios, porque yo cargo con todo el trabajo; de manera que me paso todo el dia en la calle. Mi mujer vive modestamente en Paris en el arrabal del Roule. Cuando hayamos realizado algunos negocios, cuando ya no arriesguemos más que beneficios, si Oscar se porta bien, quizás le emplearemos.

—Vaya, amigo mio, la catástrofe debida á la ligereza de mi desgraciado hijo será sin duda para vos la causa de una brillante fortuna; porque, á decir verdad, enterrábais en Presles vuestros recursos y vuestra actividad.

Luego Mme. Clapart refirió su visita al tío Cardot, con objeto de demostrar á Moreau que ella y su hijo podian ya dejar de serle gravosos.

—Tiene razon ese buen anciano,—prosiguió el ex-administrador, es preciso mantener con brazo de hierro á Oscar en ese camino, y será sin duda alguna notario ó procurador. Pero que no se aparte de la senda emprendida. Ah! tengo en mis manos vuestro asunto. La parroquia de un traficante en fincas es importante, y me han hablado de un procurador que acaba de comprar un título en blanco, esto es, un estudio sin clientela. Se trata de un jóven duro como

una barra de hierro, incansable para el trabajo, una especie de caballo de una actividad feroz; se llama Desroches, voy á ofrecerle todos nuestros negocios, con la condicion de morigerar á Oscar: le propondré que admita á éste en su casa mediante nuevecientos francos, yo daré trescientos; así vuestro hijo sólo os costará seiscientos francos, y voy á recomendarle al señor prior. Si el niño quiere llegar á hombre, será bajo esa férula; porque saldrá de allí notario, abogado ó procurador.

—Vamos, Oscar, da las gracias á ese buen señor Moreau, estás ahí hecho un poste! No todos los jóvenes que cometen necedades tienen la dicha de encontrar amigos que se interesen por ellos, aún despues de haber recibido disgustos....

—El mejor modo de reconciliarte conmigo,—dijo Moreau, estrechando la mano de Oscar, es trabajar con una aplicacion constante y portarte bien....

Al cabo de diez dias, Oscar fué presentado por el ex-administrador al señor Desroches, procurador, recientemente establecido en la calle de Béthisy, en una vasta habitacion sita en el fondo de un estrecho patio, y de un precio relativamente módico. Desroches, jóven de veintiseis años, duramente educado por un padre en extremo severo, hijo de una familia pobre, se habia visto en las mismas condiciones en que se encontraba Oscar; se interesó, pues, por él, pero como podia interesarse por alguno, con las duras apariencias que le caracterizaban. El aspecto de este jóven delgado y flaco, de color moreno, de cabellos cortados á manera de cepillo, de palabra breve, de

mirada penetrante y de una vivacidad sombría, aterrorizó al pobre Oscar.

—Aquí se trabaja noche y dia,—dijo el procurador desde el fondo de su sillón y detrás de una ancha mesa, sobre la cual se hallaban amontonados los papeles en forma de Alpes. Señor Moreau, no os lo mataremos, pero será necesario que ande á nuestro paso. Señor Godeschal!—gritó.

Por mas que era domingo, apareció el primer escribiente con la pluma en la mano.

—Señor Godeschal, hé ahí el aprendiz de quien os he hablado, y por quien el señor Moreau se toma el mas vivo interés; comerá con nosotros y ocupará la reducida bohardilla al lado de vuestro cuarto; le medireis el tiempo necesario para ir y venir de aquí á la cátedra de derecho, de manera que no le sobren ni cinco minutos; velareis para que aprenda el Código y adelante en sus cursos, es decir, que euando haya terminado sus trabajos de cátedra, le dareis autores que leer; en una palabra, debe hallarse bajo vuestra inmediata direccion, y yo os vigilaré. Quieren hacer de él lo que vos mismo habeis llegado á ser, un primer escribiente hábil, para el dia en que tome la investidura de abogado. Idos con Godeschal, amiguito, va á mostraros vuestro alojamiento y os arreglareis en él como podais... Veis á Godeschal?—prosiguió Desroches dirigiéndose á Moreau, es un muchacho que, como yo, nada posee; es hermano de Marietta, la famosa bailarina que le está acumulando con que vivir dentro de diez años. Todos mis escribientes son unos jóvenes de buen humor que no deben contar sino con sus diez dedos para labrarse la fortuna. De

manera que mis cinco escribientes y yo, trabajamos por doce! Dentro de diez años tendré la mas brillante clientela de Paris. Aquí se apasionan por los negocios y por los clientes! y esto principia á saberse. He tomado Godeschal á mi colega Derville; hace quince días no era más que segundo escribiente; pero nos hemos conocido en aquel grande estudio. En mi casa, Godeschal tiene mil francos, mesa y alojamiento. Es un muchacho que me conviene, es infatigable! Y le quiero á ese muchacho! Ha sabido vivir con seiscientos francos, como yo cuando era escribiente. Lo que exige sobre todo es una probidad sin tacha; y cuando así se la practica en la indigencia, se es todo un hombre. Un escribiente será despedido de mi estudio á la más leve falta de ese género.

—Vamos, el niño ha ingresado en buena escuela, —dijo Moreau.

Oscar vivió durante dos años en la calle de Béthisy, en el antro del embrollo, porque si alguna vez esta rancia expresión ha podido aplicarse á un estudio, fué al de Desroches. Bajo esta vigilancia á un tiempo meticulosa y hábil, fué mantenido en sus horas y trabajos con tal rigidez, que su vida, en medio de Paris, se parecia á la de un monje. Godeschal se levantaba á las cinco de la mañana en todos tiempos. Bajaba con Oscar al estudio á fin de economizar el fuego en invierno, y encontraban siempre á su principal levantado, trabajando. Oscar hacía expediciones para el estudio y aprendía sus lecciones para la cátedra; pero las aprendía en proporciones enormes. Godeschal, y muchas veces el principal, indicaban á su discípulo los autores que debía consultar y las dificultades que debía vencer. Os-

car no abandonaba un título del Código, sino despues de haberlo profundizado y satisfecho alternativamente á su principal y á Godeschal, quienes le sujetaban á unos exámenes preparatorios más serios y más extensos que los de la Escuela de derecho. Al regresar de la cátedra, en la cual pasaba poco tiempo, volvía á ocupar su puesto en el estudio, trabajaba de nuevo en él, iba á la Audiencia á veces, estaba, en fin, á las órdenes del terrible Godeschal hasta la hora de comer. La comida consistía en un abundante plato de carne, un plato de verdura y una ensalada. Componia los postres un pedazo de queso de Gruyère. Despues de comer, Godeschal y Oscar entraban de nuevo en el estudio y trabajaban hasta la noche! Oscar iba una vez al mes á almorzar á casa de su tío Cardot, y pasaba los domingos en casa de su madre. De vez en cuando Moreau, cuando iba al estudio para sus asuntos, se llevaba á Oscar á comer al Palais-Royal, y le obsequiaba llevándolo al teatro. Oscar había sido metido en cintura de tal modo por Godeschal y por Desroches, respecto á sus veleidades elegantes, que ya no pensaba en ataviarse. —Un buen escribiente, —le decia Godeschal, debe tener dos trajes negros (uno nuevo y otro viejo), un pantalon negro, medias negras y unos zapatos. Las botas cuestan demasiado caras. Tiene uno botas cuando es procurador. Un escribiente no debe gastar en junto mas de setecientos francos. Se llevan buenas camisas ordinarias de tela fuerte. Ah! cuando uno parte de la nada para llegar á la fortuna, es preciso que sepa reducirse á lo necesario. ¿Veis á M. Desroches? Ha hecho lo que nosotros hacemos, y ha conseguido su objeto.

Godeschal predicaba con el ejemplo. Si profesaba las máximas más estrictas, sobre el honor, sobre la discreción, sobre la probidad, las practicaba sin énfasis, de la misma manera que respiraba, que andaba. Ellas eran el juego natural de su alma, como el andar y la respiración son el juego de los órganos. Diez y ocho meses después de la instalación de Oscar, el segundo escribiente padeció por segunda vez una leve equivocación en la cuenta de su reducida caja. Godeschal le dijo en presencia de todo el estudio:— Mi querido Gaudet, idos espontáneamente de aquí, para que no se diga que vuestro principal os ha despedido. Sois distraído ó poco exacto, y el más leve de estos defectos es muy grave aquí. El principal no sabrá nada, es cuanto puedo hacer por un compañero. A los veinte años, Oscar se encontró tercer escribiente del estudio del señor Desroches. Si nada ganaba todavía, fué alimentado, alojado, porque desempeñaba el trabajo de un segundo escribiente. Desroches ocupaba á dos oficiales primeros, y el segundo escribiente se doblegaba al peso de sus trabajos. Al terminar su segundo año de derecho, Oscar ya más entendido que muchos licenciados, despachaba inteligentemente la Audiencia y pleiteaba algunos relatos. En una palabra, Godeschal y Desroches estaban contentos de él. Únicamente, aunque ya razonable casi, descubría cierta propensión á los placeres y un deseo de brillar que la severa disciplina y el trabajo continuo de esta vida refrenaban. El mercader de tierras, satisfecho de los progresos del escribiente, alojó su rigor. Cuando en julio de 1826, Oscar obtuvo bolas blancas en sus últimos exámenes, Moreau le dió con

que vestirse elegantemente. Mme. Clapart, feliz y orgullosa de su hijo, preparaba un soberbio equipo al futuro licenciado, al futuro segundo escribiente. En las familias pobres, los regalos tienen siempre el mérito de la utilidad. A principios de noviembre, Oscar Husson ocupó la habitación del segundo escribiente al cual sustituía al fin; disfrutó ochocientos francos de honorarios, la mesa y el alojamiento. De manera que el tío Cardot, que fué á pedir informes secretos á Desroches acerca del comportamiento de Oscar, prometió á Mme. Clapart poner á su hijo en disposición de adquirir un estudio, si proseguía por tan buen camino.

A pesar de tan juiciosas apariencias, Oscar Husson renía rudas batallas en el fondo de su alma. Por momentos quería abandonar una vida tan directamente opuesta á sus gustos y á su carácter. Los presidiarios le parecían más afortunados que él. Lastimado por el collar de este régimen de hierro, dábanle tentaciones de escapar, al compararse en medio de las calles, con algunos jóvenes bien vestidos. Arrastrado con frecuencia por movimientos de locura hácia las mujeres, solía resignarse, pero caía en un profundo hastío de la vida. Sostenido por el ejemplo de Godeschal, era mas bien arrastrado, que alentado por sí mismo, á proseguir por tan duro sendero. Godeschal, que observaba á Oscar, profesaba el principio de no exponer su pupilo á las seducciones. La mayor parte de las veces el escribiente carecía de dinero ó poseía tan poco, que no podía entregarse al menor exceso. En este último año, el valiente Godeschal había llevado á cabo cinco ó seis partidas de recreo con Oscar, pagándole

el gasto, porque comprendió que era necesario aflojar la cuerda á este tierno cabrito atado. Estas francachelas, como las llamaba el severo primer escribiente, ayudaron á Oscar á suportar la existencia; porque se divertía poco en casa de su tío Cardot y ménos aún en casa de su madre que vivía más escasamente que Desroches. Moreau no podía, como Godeschal, familiarizarse con Oscar, y quizás este sincero protector del jóven Husson se sirvió de Godeschal para iniciar al pobre niño en los misterios de la vida. Habiendo adquirido discrecion, Oscar había acabado por medir, al contacto de los negocios, la enormidad de la falta cometida en su fatal viaje en *coucou*; pero la masa de sus antojos refrenados, la locura de la juventud, podían arrastrarle aún. Con todo, á medida que adquiría conocimiento del mundo y de sus leyes, se iba formando su razon, y con tal que Godeschal no le perdiese de vista, Moreau se lisonjeaba de conducir á buen puerto el hijo de Mme. Clapart.

—¿Cómo sigue?—preguntó el traficante en fincas, al regresar de un viaje que le había tenido algunos meses alejado de Paris.

—Siempre exceso de vanidad,—respondió Godeschal. Le dais hermosos trajes y hermosa camisa, lleva pecheras de bolsista, y mi lechuguino va todos los domingos á las Tullerías en busca de aventuras. ¿Qué quereis? Es jóven. Me atormenta para que le presente á mi hermana, en casa de la cual vería una famosa sociedad: actrices, bailarinas, elegantes de profesion, gente que se come su fortuna.... No tiene afición á ser procurador, mucho lo temo. A pesar de ello, ha-

bla bastante bien, podría ser abogado, pleitearía asuntos bien preparados....

En noviembre de 1825, cuando Oscar Husson tomó posesion de su puesto y cuando se disponia á hacer sus ejercicios para la licenciatura, entró en casa de Desroches un cuarto escribiente nuevo, para llenar el vacio que dejaba la promoción de Oscar. Este cuarto escribiente, llamado Federico Marest, pensaba dedicarse á la magistratura y estaba terminando su tercer año de derecho. Segun los informes obtenidos por la policia del estudio, era un hermoso jóven de veintitres años, enriquecido con doce mil libras de renta por el fallecimiento de un tío soltero, é hijo de una tal Mme. Marest, viuda de un rico negociante en maderas. El futuro sustituto, animado del deseo de conocer su oficio en los menores detalles, se colocaba en casa de Desroches con intencion de estudiar los procedimientos y hacerse capaz de desempeñar la plaza de escribiente principal en el término de dos años. Contaba seguir su carrera de abogado en Paris, á fin de hacerse apto para el desempeño de las funciones del puesto que no se negaría á un jóven rico. Verse á los treinta años procurador del rey, en un tribunal cualquiera, constituía toda su ambicion. Por más que este Federico fuese primo carnal de Jorge Marest, como el misticador del viaje á Presles no había dicho su nombre más que á Moreau, el jóven Husson sólo le conocía por Jorge y este nombre de Federico Marest nada podía recordarle.

—Señores,—dijo Godeschal, durante el almuerzo, dirigiéndose á todos los escribientes; os anuncio la próxima llegada de un novato; y como quiera que es

muy rico, le haremos pagar, así lo espero, una famosa bienvenida.....

—Adelante con el libro! y seamos formales,—dijo Oscar mirando al amanuense.

Este se encaramó como una ardilla á lo largo de las casillas, con objeto de apoderarse de un registro colocado en la última tabla para recibir en ella capas de polvo.

—Se ha ennegrecido,—dijo el amanuense, mostrando un libro.

Expliquemos que burla perpetua engendraba este libro entonces usado, en la mayor parte de los estudios. *No hay más que almuerzos de escribientes, comidas de arrendadores y cenas de señores*, este antiguo dicho del siglo décimo octavo ha permanecido cierto en lo concerniente á la *bazoche*, (1) para todo el que ha pasado dos ó tres años de su vida en estudiar los procedimientos en casa de un procurador, el notariado en casa de un maestro cualquiera. En la vida de escribiente, en que se trabaja tanto, se ama el placer con tanto más ardor cuanto que es raro; pero se saborea sobre todo con delicia una mistificación. Esto explica hasta cierto punto la conducta de Jorge Marest en el coche de Pierrotin. El escribiente más sombrío se halla siempre minado por un deseo de farsa y de burla. El instinto con que entre escribientes se encuentra y se desarrolla una mistificación, una broma, maravilla verlo, y sólo tiene su analogía entre los pintores. El taller y el estudio son, en este

(1) La palabra *bazoche*, sin equivalente en nuestro idioma, significa la jurisdicción y tribunal de los escribientes que tenían los procuradores en el Parlamento de París. (N. del T.)

género, superiores á los comediantes. Al comprar un estudio sin clientela, Desroches volvía á inaugurar en cierto modo una nueva dinastía. Esta fundación interrumpió la continuación de los usos relativos á la bienvenida. Así, venido á una habitacion donde jamás se habian horroneado papeles timbrados, Desroches habia puesto en ella mesas nuevas, carteras blancas y orladas de azul, completamente nuevas. Su estudio se compuso de escribientes tomados de diversos estudios, sin lazos entre ellos, y por decirlo así, asombrados de verse reunidos. Godeschal, que habia hecho sus primeras armas en casa del maestro Derville, no era escribiente capaz de dejar perder la preciosa tradicion de la bienvenida. La bienvenida es un almuerzo que todo novato debe á los antiguos en el estudio donde entra. Ahora bien, cuando el jóven Oscar vino al estudio, á los seis meses de la instalacion de Desroches, durante una velada de invierno en que los asuntos quedaron despachados temprano, en el momento en que los escribientes se calentaban al fuego antes de salir, Godeschal inventó confeccionar un llamado registro *architriclino-bazochiano* de la última antigüedad, salvado de las tempestades de la Revolucion, procedente del procurador del Châtelet Bordin, predecesor inmediato de Sauvagnest, el procurador de quien Desroches tenia su cargo. Se principió por buscar, en casa de un vendedor de papeles viejos, algun registro de papel con marca del siglo décimo octavo, debidamente encuadernado en pergamino, en el cual se leyese una sentencia del Consejo Supremo. Habiendo encontrado este libro, se le restregó por el polvo, por la sartén, por la chime-

nea, por la cocina; hasta se le dejó en el sitio que los escribientes llaman la *cámara de los deliberantes*, y se obtuvo una putrefacción capaz de entusiasmar á los anticuarios, rajas de una antigüedad salvaje, cantoneras ruidas hasta hacer creer que los ratones se habían regalado con ellas. El corte fué teñido de amarillento con una perfección asombrosa. Una vez preparado el libro, hé ahí algunas citas que dirán al más negado el uso á que el estudio de Desroches consagraba esta colección, cuyas sesenta primeras páginas abundaban en falsos procesos verbales. En la primera hoja se leía:

«En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. Hoy, fiesta de nuestra señora Santa Genoveva, patrona de Paris, bajo cuya advocación se han colocado, desde el año 1525, los escribientes de este Estudio, nosotros, los abajo firmados, escribientes y amanuenses del estudio de maese Gerónimo Sebastian Bordin, sucesor del difunto Guerbet, procurador que en vida fué del Châtelet, hemos reconocido la necesidad en que nos hallábamos de establecer el registro y los archivos de las instalaciones de los escribientes en este glorioso estudio, miembro distinguido del reino de *bazoche*, cuyo registro se ha visto lleno á consecuencia de las actas de nuestros queridos y muy amados predecesores, y hemos requerido al archivero de la Audiencia para que lo una á los de los demás estudios, y todos hemos oído misa en la parroquia de San Severino, para solemnizar la inauguración de nuestro nuevo registro. En fe de lo cual hemos firmado todos: — Malin, escribiente principal:

Grevin, segundo escribiente; Anastasio Feret, escribiente; Jaime Huet, escribiente; Regnauld de Saint-Jean-d'Angély, escribiente; Bedeau, amanuense. Año 1787 de nuestro Señor. Oída la misa, nos hemos trasladado á la Courtille, y hemos celebrado á escote un abundante almuerzo que no ha terminado hasta las siete de la mañana.» (1)

Estaba milagrosamente escrito. Un inteligente hubiera jurado que esta escritura pertenecía al siglo décimo octavo. Seguían veintisiete procesos verbales de recepciones, y la última se refería al año fatal de 1792. Después de una laguna de catorce años, principiaba el registro, en 1806, con el nombramiento de Bordin como procurador cerca del tribunal de primera instancia del Sena. Hé aquí el texto, que señalaba la reconstitución del reino de *bazoche* y otros lugares:

«Dios, en su infinita clemencia, ha querido que á pesar de las espantosas borrascas que se han cebado en la tierra de Francia, que ha llegado á ser un grande Imperio, se hayan conservado los preciosos archivos del muy célebre estudio de maese Bordin; y nosotros, los abajo firmados, escribientes del muy digno y muy virtuoso maese Bordin, no vacilamos en atribuir esta inaudita conservación, cuando tantos títulos, cartas y privilegios se han extraviado, á la protección de Santa Genoveva, patrona de este estudio, y también al culto que el último de los procu-

(1) En el original se halla escrito este documento burlesco en francés del siglo XVIII.

radores á la antigua ha profesado á cuanto tendia á conservar los antiguos usos y costumbres. En la inseguridad de saber cual es la parte de Santa Genoveva y cual la de maese Bordin en este milagro, hemos resuelto trasladarnos á San Estéban del Monte, para oír allí una misa que será rezada en el altar de esta santa pastora que nos envía tantos carneros que trasquilar, y ofrecer un almuerzo á nuestro principal, esperando que él pagará el gasto. — Han firmado: Oignar, primer escribiente; Poidevin, segundo escribiente; Proust, escribiente; Brignolet, escribiente; Derville, escribiente; Agustín Coret, amanuense.

En el estudio, 10 Noviembre 1806.»

«Al día siguiente, á las tres horas de hallarse levantados, los escribientes abajo firmados consignan aquí su gratitud hácia su excelente principal, que les ha obsequiado en casa del señor Rolland, fondista, calle del Hasard, con exquisitos vinos de tres países, Burdeos, Champagne y Borgoña, con platos especialmente condimentados, desde las cuatro horas de levantados hasta las siete y media. Ha habido café, helados, licores en abundancia. Pero la presencia del principal no ha permitido cantar alabanzas en canciones propias de escribientes. Ni uno solo de éstos ha traspasado los límites de un amable buen humor, porque el digno, el respetable y generoso principal habia prometido llevar á sus escribientes á ver á Talma en *Britannicus*, en el Teatro Francés. Deseamos larga vida á maese Bordin! Que Dios derrame beneficios sobre nuestro jefe venerable!... Ojalá logre vender caro un estudio tan glorioso!... Que el cliente rico se le

entregue á pedir de boca! Que sus cuentas le sean satisfechas hasta el último maravedí!... Ojalá se parezcan á él nuestros futuros principales! Quiéranle siempre los escribientes, aun cuando ya no exista!...»

Seguian treinta y tres procesos verbales de recepciones de escribientes, los cuales se distinguian por caracteres y tintas diversas, por frases, firmas y elogios de la buena mesa y de los vinos, que parecian demostrar que el proceso verbal se redactaba y firmaba en plena sesion, *inter pocula*. En fin, con fecha junio de 1822, época de la jura de Desroches, se encontraba esta prosa constitucional:

«Yo, el abajo firmado, Francisco Claudio Maria Godeschal, llamado por maese Desroches para desempeñar las difíciles funciones de primer escribiente, en un estudio donde debia crearse la clientela, habiendo sabido por maese Derville, de cuyo estudio procedo, la existencia de los famosos archivos *architriclinobazochianos*, célebres en la Audiencia, he suplicado á nuestro amable principal que las pida á su predecesor, porque importaba hallar este documento fechado en el año 1786, que va unido á otros archivos depositados en la Audiencia, cuya existencia nos ha sido certificada por los señores Terrasse y Dudos, archiveros, y con ayuda de los cuales se remonta hasta el año 1523, encontrando indicaciones históricas del más alto precio sobre las costumbres y la cocina de los escribientes. Habiéndose procedido á este requerimiento, el estudio ha sido puesto hoy en posesion de estos testimonios del culto que nuestros predecesores han

tributado constantemente á la *diva* botella y á la buena mesa. En su consecuencia, para edificación de nuestros sucesores, y para reanudar la cadena de los tiempos y de los cubiletes, he convidado á los señores Doublet, segundo escribiente; Vassal, tercer escribiente; Hérisson y Grandemain, escribientes, y Dumets, amanuense, á almorzar el domingo próximo en el *Cheval-Rouge*, en el muelle de San Bernardo, donde celebraremos la conquista de este libro que contiene la lista de nuestros gastrónomos. Este domingo, 27 junio, se han apurado doce botellas de diferentes vinos, calificados de exquisitos. Han sido dignos de mencionarse los dos melones, los pasteles á la salsa romana, un filete de buey, una empanada á los *champignons*. Mlle. Marietta, ilustre hermana del primer escribiente y primer premio de la Real Academia de música y baile, habiendo puesto á la disposición del estudio butacas de orquesta para la función de esta noche, se ha tomado acta de esta generosidad. Item más: se ha decretado que los escribientes se trasladen personalmente al domicilio de esta noble señorita, para darle las gracias y declararle que á su primer proceso, si el diablo se lo envía, no pagará más que los desembolsos, de lo cual se toma acta. Godeschal ha sido proclamado la flor de la *bazoche* y sobre todo un buen muchacho. Ojalá un hombre que tan bien nos trata, trate en breve de adquirir un estudio!....»

Aquí había manchas de vino, borrones y rúbricas que parecían fuegos artificiales. Para dar á comprender el sello de verdad que había sabido imprimirse á

este registro, bastará copiar el proceso verbal de la presunta recepción de Oscar.

«Hoy, lunes, 25 Noviembre de 1822, después de una sesión celebrada ayer en la calle de la Cerisaie, cuartel del Arsenal, en casa de Mme. Clapart, madre del novato, bazochiano, Oscar Husson, nosotros, los abajo firmados, declaramos que el banquete de recepción ha superado nuestras esperanzas. Se componía de rabanillos negros y rosa, de pepinillos, anchoas, manteca y aceitunas por vía de estimulantes, de una suculenta sopa de arroz, que atestigua una solicitud maternal, porque hemos notado en ella un delicioso sabor á pollo; y según confesión del novato, hemos sabido que, en efecto, los despojos de un exquisito guiso preparado por los cuidados de Mme. Clapart, habían sido juiciosamente ingeridos en el puchero hecho á domicilio, con cuidados que sólo se toman en el hogar doméstico.

»Item, el adobo rodeado de un mar de gelatina, debida á la madre del susodicho.

»Item, una lengua de buey á los tomates que nos ha encontrado autómatas.

»Item, una salsa de pichones con un sabor capaz de hacer creer que los ángeles habían dirigido su confección.

»Item, un timbal de macarrones, seguido de fuentes de erema al chocolate.

»Item, unos postres compuestos de once platos delicados, entre los cuales, á pesar del estado de embriaguez á que nos habían reducido diez y seis exquisitas botellas de los más selectos vinos, hemos notado

una compota de albérchigos de una delicadeza augusta y sorprendente.

«Los vinos del Rosellon y los de la costa del Ródano han desacreditado por completo á los de Champagne y Borgoña. Una botella de marrasquino y una de kirsch, á pesar del exquisito café, han acabado de sumergirnos en un éxtasis enológico tal, que uno de nosotros, el señor Hérisson, se ha encontrado en el bosque de Boloña, creyendo hallarse todavía en el boulevard del Temple; y que Santiaguito, el amanuense, de catorce años de edad, se ha dirigido á ciudadanas de cincuenta y siete años, tomándolas por mujeres fáciles, de lo cual se toma acta. Existe en los estatutos de nuestra orden una ley severamente observada, y es la de dejar á los aspirantes á los privilegios de la *bazoche* medir por su fortuna las magnificencias de su bienvenida, porque es de pública notoriedad que nadie que tenga rentas se entrega á Temis, y que todo escribiente se halla severamente gobernado por sus padres. Así, hacemos constar, en medio de los mayores elogios, la conducta de Mme. Clapart, viuda en primeras nupcias de M. Husson, padre del impetrante, y le declaramos digno de los ¡hurras! que se han prorumpido durante los postres, y que todos hemos firmado.»

Tres escribientes habian caído ya en esta mistificación, y tres recepciones reales constaban en este imponente registro. El día de la llegada de cada novato al estudio, el amanuense habia colocado en el sitio del mismo, sobre su cartera, los archivos *architriclino-bazochianos*, y los escribientes gozaban del espec-

táculo que presentaba la fisonomía del recién venido, al estudiar estas páginas bufas. *Inter pocula*, cada neófito habia sabido el secreto de esta farsa *bazochiana*, y esta revelación le inspiró, como era de esperar, el deseo de mistificar á los escribientes futuros. Ahora imagine cada uno la cara que pusieron los cuatro escribientes y el amanuense á estas palabras de Oscar, á su vez mistificador:

—¡Adelante con el libro!

Diez minutos despues de esta exclamación, se presentó un hermoso jóven, de airoso talle y agradable semblante, preguntó por M. Desroches y se nombró sin vacilar á Godeschal.

—Soy Federico Marest,—dijo, y vengo á ocupar aquí la plaza de tercer escribiente.

—Señor Husson,—dijo Godeschal á Oscar, indicad su sitio á ese caballero y ponedle al corriente de los hábitos de nuestro trabajo.

Al día siguiente, el escribiente encontró el libro atravesado sobre su cartera; pero, despues de haber recorrido las primeras páginas, se echó á reir, no invitó al estudio y volvió á colocarlo delante de él.

—Señores,—dijo al marcharse á eso de las cinco, tengo un primo primer escribiente de notario en casa del señor Leopoldo Hannequin, le consultaré acerca de lo que debo hacer para mi bienvenida.

—Maló!—exclamó Godeschal, el futuro magistrado no parece novicio!

—Le marearemos,—dijo Oscar.

Al día siguiente, á las dos, Oscar vió entrar y reconoció á Jorge Marest en la persona del primer escribiente de Hannequin.

—Eh, aquí viene el amigo de Ali-Pachá,—exclamó con aire despejado.

—Toma! vos aquí, señor embajador?—respondió Jorge, acordándose de Oscar.

—Hola! conque os conocéis?—preguntó Godeschal á Jorge.

—Ya lo creo, hemos hecho tonterías juntos,—dijo Jorge, hace de esto más de dos años. Sí, he salido de casa de Crottat para entrar en la de Hannequin, precisamente á causa de ese asunto.....

—¿Qué asunto?—preguntó Godeschal.

—Oh! nada,—respondió Jorge á un signo de Oscar. Quisimos mistificar á un Par de Francia, y él fué quien nos dió mil vueltas.... Ah! eso es, conque queréis sacarle una zanahoria á mi primo?....

—Nosotros no sacamos zanahorias á nadie,—dijo Oscar con dignidad, hé aquí nuestros estatutos.

Y presentó el famoso registro, en el lugar donde se encontraba una sentencia de exelusion decretada contra un refractario que por el delito de avaricia se habia visto obligado á abandonar el estudio en 1788.

—Ya lo creo que se trata de una zanahoria, porque aquí están las raices,—replicó Jorge, señalando aquellos bufos documentos. Pero mi primo y yo somos ricos, os ofreceremos un banquete como jamás hayais visto otro, y que estimulará vuestra imaginacion para el proceso verbal. Hasta mañana, domingo, á las dos en el Bocher de Cancale. Despues os llevaré á pasar la velada á casa de la señora marquesa de las Florentinas y Cabirolas, en donde jugaremos y hallareis lo más selecto de las mujeres distinguidas. Así, señores de primera instancia,—prosiguió con gravedad nota-

rial, formalidad, y sabed llevar el vino como los señores de la Regencia....

—¡Hurra!—gritó el estudio como un solo hombre. Bravo!.... *Very well!*.... Vivan, vivan los Marest.... (las lagunas).

—Pontinas!—exclamó el amanuense.

—Y bien, qué hay?—preguntó el principal, saliendo de su gabinete. Ah! eres tú Jorge, dijo al primer escribiente, te comprendo, vienes á descarriar á los míos.

Y entró de nuevo en su gabinete, llamando á Oscar.

—Toma, aquí tienes quinientos francos,—le dijo abriendo su caja, ve á la Audiencia y retira del archivo de las copias el fallo de Vandenesse contra Vandenesse, precisa notificarlo esta noche si es posible. He prometido *un apronto* de veinte francos á Simon; espera el fallo si no está dispuesto, no dejes que te enreden; porque Derville es capaz de ponernos entorpecimientos, en interés de su cliente. El conde Félix de Vandenesse es más influyente que su hermano el embajador, nuestro cliente. Mucho ojo, pues, y á la menor dificultad, ven á consultarme.

Oscar partió con intencion de distinguirse en esta pequeña escaramuza, la primera que se presentaba desde su instalacion.

Despues de la partida de Jorge y de Oscar, Godeschal sonsacó á su nuevo escribiente, acerca de la broma que en su concepto encerraba aquella marquesa de las Florentinas y Cabirolas; pero Federico continuó la mistificacion de su primo, con una sangre fria y una gravedad de procurador general; con sus ademanes y respuestas persuadió á todo el estudio

que la marquesa de las Florentinas era la viuda de un grande de España, á la cual su primo hacia la corte. Nacida en Méjico, hija de una eriolla, esta jóven y rica viuda se distinguia por la indolencia de las mujeres nacidas en aquellos climas.

—Le gusta reír, le gusta beber, le gusta cantar como nosotros! —dijo en voz baja, citando la famosa cancion de Béranger. Jorge, añadió, es muy rico, ha heredado de su padre, que era viudo, el cual le ha dejado diez y ocho mil libras de renta, y con los doce mil francos que nuestro tio acaba de legarnos á cada uno, reúne treinta mil francos anuales. De manera que ha pagado sus deudas y abandona el notariado. Espera ser marqués de las Florentinas, porque la jóven viuda es marquesa y tiene derecho á dar sus títulos á su marido. Si los escribientes permanecieron en extremo indecisos respecto á la marquesa, la doble perspectiva de un almuerzo en el *Rocher de Cancalle* y de esta *soirée fashionable*, les causó una excesiva alegría. *Hicieron todas las reservas* relativamente á la española, para juzgarla *sin apelacion*, cuando compareciesen en su presencia.

Esta marquesa de las Florentinas y Cabirolas era sencillamente Mlle. Agata Florentina Cabirolle, primera bailarina del teatro de la Gaité, en casa de la cual el tio Cardot cantaba la *Madre Godichon*. Un año despues de la muy reparable pérdida de la difunta Mme. Cardot, el afortunado negociante encontró á Florentina al salir de la academia de Coulon. Deslumbrado por la hermosura de esta flor coreográfica, Florentina tenia entonces trece años, el comerciante retirado la siguió hasta la calle Pastourelle, en don-

de tuvo el gusto de saber que la futura gala del baile debia la existencia á una simple portera. A los quince días, la madre y la hija, domiciliadas en la calle de Crussol, gozaron en ella de un modesto bienestar. Fué, pues, á este protector de las artes, segun la frase adoptada, á quien debió el teatro este jóven talento. Este generoso Mecenaz volvió entonces casi locas á aquellas dos criaturas, ofreciéndoles un moviliario de éaoba, tapices, alfombras y una cocina económica; les permitió tomar una criada y les entregó doscientos cincuenta francos al mes. El padre Cardot, adornado con sus alas de pichon, pareció entonces un ángel y fué tratado como se merecia un bienhechor. Para la pasion del buen hombre, aquella fué *la edad de oro*. Durante tres años, el chantre de la madre Godichon observó la alta política de mantener á Mlle. Cabirolle y á su madre en esta reducida habitacion, á dos pasos del teatro; luego, por amor á la coreografía, dió Vestris por maestro á su protegida. Así es que por los años de 1820, tuvo la fortuna de ver bailar á Florentina su primer paso en el baile de un melodrama de espectáculo, intitulado *las Ruinas de Babilonia*. Florentina contaba entonces diez y seis primaveras. Algun tiempo despues de este estreno, el padre Cardot habia ya llegado á ser *un viejo tacañón* para su protegida; pero como tuvo la delicadeza de comprender que una bailarina del teatro de la *Gaité* tenia que sostener cierto rango, y elevó á quinientos francos su socorro mensual, si no volvió á ser un ángel, fué al menos *un amigo hasta la muerte*, un segundo padre. Esta fué *la edad de plata*. De 1820 á 1825, Florentina adquirió la experiencia de que de-

ben gozar todas las bailarinas de diez y nueve á veinte años. Sus amigas fueron las ilustres Marrietta y Tullia, dos primeros papeles de la Opera. Florina, luego la pobre Coralia, tan pronto arrebatada al arte, al amor y á Camusot. Como quiera que el pequeño padre Cardot habia adquirido por su parte cinco años más, habia caido en la indulgencia de esa semi-paternidad que conciben los ancianos hácia los talentos jóvenes que han educado y cuyos triunfos han llegado á ser los suyos. Además, ¿en dónde y cómo un hombre de sesenta y ocho años hubiera renovado un cariño semejante, sino en Florentina que tan bien conoció sus hábitos, y en cuya casa pudiera cantar con sus amigos la madre Godichon? El pequeño padre Cardot se encontró, pues, bajo un yugo medio conyugal y de una fuerza irresistible. Esta fué *la edad de bronce*.

Durante los cinco años de la edad de oro y la edad de plata, Cardot economizó noventa mil francos. Este anciano, lleno de experiencia, habia previsto que cuando él llegaria á los setenta años, Florentina seria mayor de edad; debutaria quizás en la Opera, sin duda querria ostentar el lujo de una persona principal. Algunos dias antes de la fiesta en cuestion, el padre Cardot habia gastado cuarenta y cinco mil francos á fin de dar cierto lujo á su Florentina, para la cual habia vuelto á tomar la antigua habitacion en donde la difunta Coralia habia la felicidad de Camusot. En Paris, existen habitaciones, casas y calles predestinadas. Enriquecida con una magnífica vajilla, la primera bailarina del teatro de la Gaité daba exquisitas comidas, gastaba en atavios trescientos francos

mensuales, ya no salia sino en coche, tenia doncella, cocinera y lacayo. Ambicionaba, en fin, una órden de debutar en la Opera. Entonces el Capullo de Oro obsequió á su antiguo jefe con sus productos más espléndidos para complacer á Mlle. Cabirolle, llamada Florentina, de la misma manera que tres años antes habia colmado los deseos de Coralia, pero siempre sin saberlo la hija del padre Cardot, porque el suegro y el yerno se entendian á las mil maravillas para guardar el decoro en el seno de la familia. Mme. Camusot nada sabia, ni de las disipaciones de su marido, ni de las costumbres de su padre. Así, pues, la magnificencia que resplandecia en la calle de Vendôme, en casa de Mlle. Florentina, hubiera satisfecho á las comparsas más ambiciosas. Despues de haber sido el amo durante siete años, Cardot se sentia arrastrado por un remolcador de una potencia de capricho ilimitada. Mas el desventurado anciano amaba!... Florentina debia cerrarle los ojos, él contaba legarle cien mil francos. *La edad de hierro* habia principiado!...

Jorge Marest, rico de treinta mil libras de renta, guapo muchacho, cortejaba á Florentina. Todas las bailarinas tienen la precaucion de amar como las aman sus protectores, de tener un joven que las lleva á paseo y las dispone locas partidas de campo. Aunque desinteresado, el antojo de una primera bailarina es siempre una pasion que cuesta algunas bagatelas *al afortunado mortal*. Son las comidas en los restaurants, los palcos en los teatros, los coches para ir y venir de las cercanías de Paris, vinos exquisitos consumidos con profusion, porque las bailarinas viven

hoy como vivían en otro tiempo los atletas. Jorge se divertía como se divierten los jóvenes que pasan del rigor paterno á la independencia, y la muerte de su tío, al doblar casi su fortuna, cambiaba sus ideas. Mientras no tuvo más que las diez y ocho mil libras de renta legadas por su padre y su madre, su intención fué ser notario; pero según las palabras de su primo á los escribientes de Desroches, se necesitaba ser estúpido para principiar una profesión con la fortuna que se posee cuando se la abandona. El primer escribiente, pues, celebraba su primer día de libertad con este almuerzo que servía al mismo tiempo para pagar la bienvenida de su primo. Más cuerdo que Jorge, Federico persistía en seguir la carrera del ministerio público. Como quiera que un gallardo joven tan bien formado y tan suelto como Jorge podía muy bien casarse con una rica criolla, de la misma manera que el marqués de las Florentinas y Cabirolas había podido muy bien en su vejez, al decir de Federico á sus futuros camaradas, tomar por esposa antes á una joven bella que á una joven noble, los escribientes del estudio de Desroches, todos hijos de familias pobres, no habiendo frecuentado jamás el gran mundo, vistieron sus mejores trajes, todos bastante impacientes por ver á la marquesa mejicana de las Florentinas y Cabirolas.

—Qué fortuna,—dijo Oscar á Godeschal, al levantarse por la mañana, qué fortuna que me haya mandado hacer un frac, un pantalón, un chaleco nuevos, un par de botas, y que mi querida madre me haya hecho un nuevo equipo para mi promoción á la categoría de segundo escribiente!.... Tengo seis camisas

con chorrera y de hermosa tela, además de las doce que me ha dado.... Vamos á exhibirnos! Ah! si uno de nosotros pudiera quitar la marquesa á ese Jorge Marest!....

— Linda ocupación para un escribiente del estudio del maestro Desroches!....—exclamó Godeschal. Conque no domarás jamás tu vanidad, granuja?....

—Ah! caballero,—dijo Mme. Clapart que traía corbatas á su hijo y que oyó las palabras del escribiente principal, Dios quiera que Oscar siga vuestros consejos! Es lo que le digo sin cesar: imita al señor Godeschal, sigue sus consejos!

—Progresas, señora,—respondió el primer escribiente; pero no se necesitaba hacer muchas torpezas como la de ayer para perderse en el concepto del principal. Este no concibe que uno no pueda conseguir lo que se propone. Por vía de estreno encarga á vuestro hijo sacar la copia de un fallo en un asunto de sucesión en que dos grandes señores, dos hermanos, litigan uno contra otro, y Oscar se ha dejado burlar... El amo principal estaba furioso. Apenas si ha podido remediar esta tontería yendo esta mañana desde las seis, á encontrar al dependiente archivero, de quien he obtenido tener el fallo mañana á las siete y media.

—Ah! Godeschal,—exclamó Oscar estrechando la mano de su primer escribiente, sois un verdadero amigo.

—Ah! caballero,—dijo Mme. Clapart, una madre se considera dichosa de saber que su hijo tiene un amigo como vos, y podéis contar con una gratitud que durará lo que mi vida. Oscar, apártate de ese Jorge

Marest, ha causado ya tu primera desgracia en la vida.

—¿Y cómo ha sido eso? preguntó Godeschal.

La madre, sobrado confiada, refirió sucintamente al joven la aventura ocurrida á su pobre Oscar en el coche de Pierrotin.

—Tengo la seguridad,—dijo Godeschal, de que ese embromador nos ha preparado para esta noche alguna jugada de las suyas.... En cuanto á mí, no pienso ir á casa de la condesa de las Florentinas, mi hermana me necesita para las estipulaciones de una nueva contrata, conque me separaré de vosotros á los postres; pero Oscar, no te descuides. Tal vez os harán jugar, el estudio de Desroches no debe quedar en mal lugar. Toma, jugarás por los dos, ahí tienes cien francos,—dijo este excelente muchacho, dando la suma á Oscar cuya bolsa iba á ser saqueada por el zapatero y el sastre. Sé prudente, piensa en no jugar más que nuestros cien francos, no te dejes embriagar, ni por el juego ni por las libaciones. ¡Cáscaras! un segundo escribiente es ya hombre de peso, no debe jugar sobre su palabra, ni traspasar en nada ciertos límites. Desde que uno es segundo escribiente, debe pensar en ser procurador. Así, ni demasiado beber, ni demasiado jugar, guardar una actitud conveniente, tal es la regla de tu conducta. Sobre todo no se te olvide estar en casa á media noche, porque mañana á las siete debes ballarte en la Audiencia para que te den tu fallo. No está prohibido divertirse, pero los negocios ante todo.

—¿Lo oyes, Oscar?—dijo Mme. Clapart. Mira, cuán indulgente es el señor Godeschal y como sabe concei-

liar los placeres de la juventud con los deberes de su profesion.

Mme. Clapart, al ver al sastre y al zapatero que venian en busca de Oscar, permaneció un momento á solas con el primer escribiente, para devolverle los cien francos que acababa de dar.

—Ah! caballero,—le dijo, las bendiciones de una madre os seguirán á todas partes y en todas vuestras empresas.

Entonces la madre experimentó la suprema dicha de ver á su hijo bien vestido, ella le traia un reló de oro comprado á fuerza de economias, en recompensa de su buen comportamiento.

—Entras en quinta dentro de ocho dias,—le dijo, y como era preciso prever el caso de que saques un mal número, he ido á ver á tu tio Cardot, está muy contento de tí. Encantado de verte segundo escribiente á los veinte años, y de tus triunfos en el exámen de la Escuela de derecho, ha prometido el dinero necesario para comprarte un sustituto. ¿No experimentas cierta satisfaccion al ver tan bien recompensada una buena conducta? si ahora sufres privaciones, piensa en la dicha de poder adquirir un estudio dentro de cinco años. Piensa, en fin, tesoro mio, cuánta ventura proporcionas á tu madre.

El semblante de Oscar, un tanto enflaquecido por el estudio, habia adquirido una fisonomia á la cual el hábito de los negocios imprimia una expresion seria. Habia terminado su desarrollo y le habia salido la barba. La adolescencia, en fin, cedia el paso á la virilidad. La madre no pudo dejar de admirar á su hijo y le abrazó tiernamente, diciéndole:

—Diviértete, pero no olvides las advertencias de ese buen Godeschal. Ah! toma, se me olvidaba! ahí tienes el regalo de nuestro amigo Moreau, una linda cartera.

—La necesito tanto más cuanto que el principal me ha entregado quinientos francos para retirar ese condenado fallo de Vandenesse contra Vandenesse, y no quiero dejarlos en mi cuarto.

—¡Vas á llevarlos encima!—dijo la madre asustada. Y si perdieras semejante cantidad! No seria mejor que se la confiaras á Godeschal?

—¡Godeschal!—gritó Oscar que halló excelente la idea de su madre.

Godeschal, como todos los escribientes, el domingo era dueño de su tiempo desde las diez hasta las dos, habia salido ya.

Cuando su madre se separó de él, Oscar fué á matar el tiempo á los boulevares, esperando la hora del almuerzo. ¿Cómo no pasear aquel hermoso atavío que llevaba con un orgullo y un placer que recordarán todos los jóvenes que al principio de la vida se han hallado en la escasez? Un bonito chaleco de cachemira con fondo azul y con chal, un pantalon negro de casimir formando pliegues, un frac negro, bien hecho, y un baston con puño de plata sobredorada comprado con sus economias, causaban una alegría bastante natural á este pobre muchacho que pensaba como estaba vestido el día de su viaje á Presles, acordándose del efecto que Jorge habia entonces producido en él. Oscar tenia en perspectiva un día de delicias; á la noche debia ver el mundo elegante de la hermosura, por vez primera! Convengamos en ello: en un es-

cribiente sediento de placeres, y que desde tanto tiempo aspiraba á algun festin, los sentidos desencadenados podian hacerle olvidar las prudentes recomendaciones de Godeschal y de su madre. Para vergüenza de la juventud, jamás faltan los consejos y las advertencias. Además de las recomendaciones de por la mañana, Oscar experimentaba en su interior un movimiento de aversion contra Jorge, se sentia humillado en presencia de este testigo de la escena del salon de Presles, cuando Moreau le habia arrojado á los pies del conde de Sérisy.—El órden moral tiene sus leyes, ellas son implacables y nos castigan cada vez que las desconocemos. Existe sobre todo una á la cual los mismos brutos obedecen, sin discusion y siempre. Es la que nos ordena huir de todo el que una vez nos ha perjudicado, con intencion ó sin ella, voluntaria ó involuntariamente. La criatura de quien hemos recibido daño ó disgusto nos será siempre funesta. Cualquiera que sea su rango, por cariño que nos profese ó le profesemos, es necesario romper con ella, nos la envia nuestro genio malo. Por más que el sentimiento cristiano se opone á esta conducta, la observancia de esta ley terrible es esencialmente social y conservadora. La hija de Jacobo II, que se sentó en el trono de su padre, debió de inferirle más de una herida antes de la usurpacion. Judas habia ciertamente dado algun golpe asesino á Jesus antes de hacerle traicion. Existe en nosotros una vista interior, la vista del alma, que presiente las catástrofes, y la repugnancia que experimentamos hácia ese ser fatal es el resultado de esta prevision; si la religion nos ordena vencerla, réstanos la desconfianza cuya voz debe ser oida sin

cesar. ¿Podía Oscar, á los veinte años, poseer tanta cordura?

Ay! cuando á las dos y media Oscar entró en el salon del Rocher de Cancale, donde además de los escribientes se hallaban tres convidados, á saber: un viejo capitán de dragones, llamado Girodeau; Finot, periodista, que podía hacer debutar á Florentina en la Opera; du Bruel, un autor amigo de Tullia, una rival de Marietta en la Opera; el segundo escribiente sintió desvanecerse su secreta hostilidad á los primeros apretones de mano, á los primeros arrebatos de una conversacion entre jóvenes, ante una mesa de doce cubiertos espléndidamente servida. Además, Jorge estuvo encantador con Oscar.

—Cursais,—le dijo, la diplomacia privada, por qué qué diferencia existe entre un embajador y un procurador? Unicamente la que separa á una nacion de un individuo. Los embajadores son los procuradores de los pueblos!... Si puedo servirlos en algo, venid á mi encuentro.

—A fe mia,—dijo Oscar, hoy puedo confesároslo, habeis sido para mí la causa de una gran desgracia....

—Bah! prorumpió Jorge despues de haber oido la narracion de las tribulaciones del escribiente; si es el conde de Sérisy quien se ha portado mal!... ¿Su mujer? No la quisiera para mí. Y el mozo por más que haya sido ministro de Estado, Par de Franeia, yo no quisiera hallarme en su pellejo rojo. Es un alma pequeña, ahora me burlo mucho de él.

Oscar oyó con verdadero placer las bromas de Jorge acerca del conde de Sérisy, porque disminuian, hasta cierto punto, la gravedad de su falta; y abundó

en las ideas rencorosas del ex-escribiente de notario que se gozaba pronosticando á la nobleza las desgracias con que la clase media soñaba entonces y que el 1850 debia realizar. A las tres y media principiaron á celebrar. Los postres no se sirvieron hasta las ocho, cada plato exigió dos horas. Sólo los escribientes pueden comer así! Los estómagos de diez y ocho á veinte años, son, para la medicina, casos inexplicables. Los vinos fueron dignos de Borrel, que en aquella época sustituía al ilustre Balaine, el fundador del primer restaurant parisiense, esto es, del mundo enteró, por la delicadeza y la perfeccion de la cocina. A los postres se redactó el proceso verbal de este festin de Baltasar, principiando por: *inter pocula aurea restauranti, qui vulgo dicitur Rupes Cancali*. Despues de este principio, imagine cada uno la hermosa página que se añadiría á este Libro de Oro de los almuerzos bazoehianos. Godeschal desapareció despues de firmar, dejando á los once comensales, estimulados por el antiguo capitán de la guardia imperial, entregados á los vinos, á los brindis y á los licores de unos postres cuyas pirámides de frutas y de primicias parecian los obeliscos de Tebas. A las diez y media, el amanuense del estudio se halló en un estado que no le permitió permanecer allí; Jorge le embaló en un fiacre, dando la direccion de la madre y pagando la carrera. Los diez comensales, todos ébrios como Pitt y Dundas, hablaron entonces de ir á pie por los boulevards, en vista del tiempo delicioso, á casa de la marquesa de las Florentinas y Cabirolos, en donde, á eso de la media noche, debian encontrar la más brillante sociedad. Todos estaban sedientos de respirar el

aire con todos sus pulmones; pero esceptuando Jorge, Giroudeau, du Bruel y Finot, acostumbrados á las orgias parisienses, nadie pudo andar. Jorge envió por tres calesas á un establecimiento de carruajes de alquiler, y durante una hora paseó á su gente por los boulevards exteriores, desde Montmartre hasta la barrera del Trono. Regresaron por Berey, los muelles y los boulevards, hasta la calle de Vendôme.

Los escribientes revoloteaban aún por el cielo poblado de antojos á que la embriaguez arrebatá á los jóvenes, cuando su anfitrión les introdujo en los salones de Florentina. Allí chispeaban princesas de teatro que instruidas sin duda de la chanza de Federico, se divertían en remedar á las mujeres de alcurmia. Entonces estaban tomando sorbetes. Las bujías encendidas hacían brillar los candelabros. Los lacayos de Tullia, de Mme. de Val-Noble y de Florina, todos de gran librea, servían fiambres en fuentes de plata. Los tapices, obras maestras de la industria lionesa, atados con cordones de oro, aturdían las miradas. Las flores de las alfombras semejaban un parterre. Los más costosos dijes y curiosidades centelleaban á los ojos. En el primer momento y en el estado á que Jorge les había reducido, los escribientes, y sobre todo Oscar, creyeron en la marquesa de las Florentinas y Cabirolos. El oro brillaba sobre cuatro mesas de juego colocadas en el dormitorio. En el salon, las mujeres se dedicaban á una veinte y una defendida por Nathan, el célebre autor. Despues de haber vagado, ébrios y casi dormidos, por los sombríos boulevards exteriores, los escribientes despertaban en un verdadero palacio de Armida. Oscar, presentado por

Jorge á la presunta marquesa, permaneció atontado, no conociendo á la bailarina de la Gaité en aquella mujer aristocráticamente descotada, cubierta de encajes, semejante casi á una viñeta de *kepseake*, y que le recibió con gracias y maneras sin analogía en la memoria ó en la imaginacion de un escribiente tratado con tanta severidad. Despues de haber admirado todas las riquezas de esta habitacion, las hermosas mujeres que en él se recreaban, y que todas competían en atayíos para la inauguración de este esplendor, Oscar fué tomado de la mano y conducido por Florentina á la mesa de la veinte y una.

—Venid, quiero presentaros á la bella marquesa d'Anglade, una amiga mia....

Y condujo al pobre Oscar en presencia de la linda Fanny-Beaupré que hacia dos años sustituía á la difunta Coralia en las afecciones de Camusot. Esta jóven actriz acababa de formarse una reputacion en el papel de marquesa de un melodrama de la Porte-Saint-Martin, intitulado la *Familia d'Anglade*, un éxito de la temporada.

—Mira, amiga mia,—dijo Florentina, te presento á un muchacho encantador que puedes asociar á tu juego.

—Ah! estará bonito eso,—respondió con una sonrisa hechicera la actriz, midiendo á Oscar con la mirada, estoy perdiendo, vamos á jugar en compañía, no es verdad?

—Estoy á vuestras órdenes, señora marquesa,—dijo Oscar, sentándose al lado de la jóven actriz.

—Poned el dinero,—dijo ella, yo lo jugaré, me

traeréis la suerte! Tomad, ahí van mis últimos cien francos....

Y sacó cinco monedas de oro de una bolsa cuyos cordones estaban adornados de diamantes. Oscar sacó sus cien francos en piezas de á cien sueldos, avergonzado ya de mezclar innobles escudos con monedas de oro. En diez vueltas, la actriz perdió los doscientos francos.

—Vaya, es una bestialidad!—exclamó. Voy á tomar la banca, yo! Seguimos en compañía, no es verdad? dijo á Oscar.

Fanny Beaupré se habia levantado, y el jóven escribiente, que se vió, como ella, objeto de la atencion de toda la mesa, no se atrevió á retirarse diciendo que su bolsa alojaba al diablo. Oscar se encontró sin voz, su lengua, ya torpe, quedó pegada á su paladar.

—Préstame quinientos francos!—dijo la actriz á la bailarina.

Florentina trajo quinientos francos que fué á quitar á Jorge que acababa de pasar ocho veces al ecarté.

—Nathan ha ganado mil doscientos francos,—dijo la actriz al escribiente, los banqueros ganan siempre, no dejemos que *nos fastidien*, le sopló al oido. Las personas de corazon, de imaginación y de arranque, comprenderán que el infeliz Oscar abriese su cartera y sacase el billete de quinientos francos. Miraba á Nathan, el célebre autor, que otra vez en compañía de Florina se puso á jugar fuerte contra la banca.

—Ea, pequeñito, meted mano,—le gritó Fanny Beaupré, haciendo signo á Oscar de coger doscientos francos que Florina y Nathan habian apuntado.

La actriz no economizaba las chanzas y las burlas

á los que perdian. Animaba el juego con muecas que á Oscar le parecian bien singulares; pero la alegría ahogó estas reflexiones, porque las dos primeras vueltas produjeron una ganancia de dos mil francos. A Oscar le daban tentaciones de fingir una indisposicion, y de escapar abandonando á su compañera; pero *el honor* le clavaba allí. Otras tres vueltas se llevaron los beneficios. Oscar sintió en el espinazo un sudor frio. Se le fué del todo la borrachera. Las dos últimas vueltas se llevaron los mil francos de la sociedad; Oscar tuvo sed y engulló trago tras trago, tres vasos de ponche helado. La actriz condujo al pobre escribiente al dormitorio, contándole paparruchas. Pero una vez allí, el sentimiento de su culpa abrumó de tal manera á Oscar, á quien el semblante de Desroches apareció como en sueños, que fué á sentarse en una magnífica otomana, en un rincón sombrío; se cubrió los ojos con un pañuelo; ¡lloraba! Florentina apereibió esta postura del dolor que posee un carácter sincero y que debia impresionar á una bufa; corrió hácia Oscar, le quitó su venda, vió las lágrimas y le condujo á un *boudoir*.

—¿Qué te pasa, hijito?—le preguntó.

A esta voz, á esta pregunta, á este acento, Oscar que reconoció una bondad maternal en la bondad de la jóven, respondió:

—He perdido quinientos francos que mi principal me habia entregado para retirar mañana un fallo; no me queda otro recurso que echarme al rio, estoy deshonrado...

—Sois tonto?—dijo Florentina, esperadme aquí, voy á traeros mil francos, procurareis desquitaros del

todo; pero no arriesguéis más que quinientos francos, á fin de conservar el dinero de vuestro principal. Jorge juega admirablemente al *ecarté*, apostad en su favor....

En la cruel situación en que se encontraba Oscar, aceptó las proposiciones de la dueña de la casa. Ah! se dijo, sólo las marquesas son capaces de estos rasgos. Bella, noble y riquísima, qué feliz es Jorge! Recibió de Florentina los mil francos en oro, y fué á apostar por su mistificador. Cuando Oscar se colocó á su lado, Jorge había pasado cuatro veces. Los jugadores vieron llegar con gusto á este nuevo contricante, porque todos, con el instinto de los jugadores, se colocaron al lado de Giroudeau, el viejo oficial del Imperio.

—Caballeros,—dijo Jorge, vuestra desercion será castigada, me siento inspirado, vamos, Oscar, les derrotaremos!

Jorge y su parcial perdieron cinco partidas seguidas. Despues de haber malversado sus mil francos, Oscar, de quien se apoderó la rabia del juego, quiso tomar las cartas. Por efecto de una casualidad bastante comun en los que juegan por primera vez, ganó; pero Jorge le embrolló la cabeza con sus consejos; decíale que echara cartas y con frecuencia se las arancaba de las manos, de manera que la lucha entre estas dos voluntades, entre estas dos inspiraciones, secó el chorro de la fortuna. Así es que, á eso de las tres de la mañana, despues de los vaivenes de la suerte y de ganancias inesperadas, bebiendo siempre ponche, Oscar llegó á no tener mas que cien francos. Se levantó con la cabeza pesada y sin tino, dió algu-

nos pasos y cayó en el *boudoir* sobre un sofá, con los ojos cerrados por un sueño de plomo.

—Marietta,—decia Fanny Beaupré á la hermana de Godeschal que habia llegado á las dos de la madrugada, quieres comer aquí mañana? Vendrá mi Camusot con el padre Cardot, les haremos rabiár?

—Cómo!—exclamó Florentina, si mi viejo chino no me ha avisado!

—Esta mañana debe venir á participarte que canta la madre Godichon,—prosiguió Fanny Beaupré, al menos es justo que ese pobre hombre estrene su habitacion.

—Lléveselo el diablo con sus orgías!—exclamó Florentina. El y su yerno son peores que magistrados ó que directores de escena. Despues de todo, se come muy bien aquí, Marietta, dijo á la primera bailarina de la Opera, Cardot ordena siempre el *menu* en casa de Chevet; ven con tu duque de Maufrigneuse, nos reiremos, les haremos bailar como Tritones!

Al oír los nombres de Cardot y Camusot, Oscar hizo un esfuerzo para vencer el sueño; pero sólo pudo balbucear una palabra que no fué oída, y cayó de nuevo sobre el sedoso almohadon.

—Toma, te has arreglado para pasar la noche,—dijo riendo Fanny Beaupré á Florentina.

—Oh! pobre muchacho! está ébrio de ponche y de desesperacion,—es el segundo escribiente del estudio donde trabaja tu hermano,—dijo Florentina á Marietta, ha perdido el dinero que su principal le habia entregado para asuntos del estudio. Quería matarse y le he prestado mil francos que esos bandidos de Finot y Giroudeau le han ganado. ¡Pobre inocente!

—Pero es preciso despertarle,—dijo Marietta, mi hermano no admite bromas, ni su principal tampoco.

—Oh! despiértale tú si puedes, y llévatelo,—dijo Florentina volviendo á sus salones para despedir á los que se marchaban.

Se pusieron á bailar unas danzas llamadas de carácter, y al amanecer, Florentina se acostó, fatigada, sin pensar en Oscar, de quien nadie se acordó, pero que dormía con el sueño más profundo. Hacia las once de la mañana, una voz terrible despertó al escribiente, quien, al reconocer á su tío Cardot, creyó salir del apuro fingiendo dormir y permaneciendo con el rostro pegado á los hermosos almohadones de terciopelo amarillo, sobre los cuales habia pasado la noche.

—Verdaderamente, mi querida Florentina,—decía el respetable anciano, esto no es cuerdo ni bonito, has bailado ayer en *las Ruinas* y has pasado la noche en una orgia?... Pero eso es empeñarte en perder tu frescura, sin contar que es una verdadera ingratitud inaugurar estas magnificas habitaciones, sin mí, con extraños, sin saberlo yo!... Quién sabe lo que ha sucedido?

—¡Viejo monstruo!—exclamó Florentina, no poseéis una llave para entrar á todas horas en mi casa! El baile ha terminado á las cinco y media, y teneis la crueldad de despertarme á las once!...

—Las once y media, Titina,—observó humildemente Cardot, he madrugado para encargar á Chevet una comida de arzobispo.... Han estropeado las alfombras, á qué gente has recibido, pues?...

—No deberíais quejaros de ello, porque Fanny

Beaupré me ha dicho que vendriais con Camusot, y por complaceros he convidado á Tullia, du Bruel, Marietta, el duque de Maufrigneuse, Florina y Nathan. De manera que tendreis las cinco criaturas más hermosas que jamás se hayan visto á la luz de una lámpara.... Y os bailarán pasos de Zéfiro.

—Es matarse llevar semejante vida!—exclamó el padre Cardot, cuántos vasos rotos!.... Qué saqueo! La antesala da horror.....

En este momento, el agradable anciano quedó estúpido y como encantado, semejante á un pájaro atraído por un reptil. Divisaba el perfil de un cuerpo jóven, vestido de paño negro.

—Ah! Mlle. Cabirolle!—dijo al fin.

—Bien, y qué?—preguntó ella.

La mirada de la bailarina siguió la direccion de la del padre Cardot; y cuando hubo reconocido al segundo escribiente, se vió acometida de una risa loca que no sólo interrumpió al anciano, sino que obligó á Oscar á presentarse, porque Florentina le cogió del brazo y estalló de risa al ver las dos caras contritas del tío y del sobrino.

—¿Vos por aquí, sobrino?

—Ah! es sobrino vuestro?—exclamó Florentina cuya loca carcajada le acometió de nuevo. Jamás me habíais hablado de ese sobrino. Por lo visto, Marietta no os ha llevado consigo?—dijo á Oscar que quedó petrificado. ¿Qué va á ser de este pobre muchacho?

—Lo que él quiera,—replicó secamente el buen Cardot, que se dirigió á la puerta para salir.

—Un momento, papá Cardot, vais á sacar á vuestro sobrino del mal paso en que se halla por culpa

mia, porque ha jugado el dinero de su principal, quinientos francos, que ha perdido, sin contar mil francos míos que le he dado para desquitarse.

—¡Desgraciado! has perdido en el juego mil quinientos francos, á tu edad!

—Oh! tío! tío!... —exclamó el pobre Oscar, á quien estas palabras sumergieron en todo el horror de su situación, y que cayó de rodillas ante su tío, con las manos juntas. Son las doce del día, estoy perdido, deshonrado!... M. Desroches no se apiadará de mí!... Se trata de un asunto importante en el cual se halla interesado su amor propio. Yo debia ir esta mañana á pedir al escribano el fallo Vandeness contra Vandeness!... Qué es lo que ha pasado?... Qué va á ser de mí?... Salvadme, os lo pido por la memoria de mi padre y de mi tía!... Venid conmigo á casa de Desroches, explicadle esto, inventad algun pretexto!...

El llanto y los sollozos interrumpian estas palabras que hubieran enternecido á las esfinges del desierto de Longsor.

—Y bien! viejo tacaño,—exclamó la bailarina, que lloraba, permitireis que se deshonoré vuestro propio sobrino, el hijo del hombre á quien debéis vuestra fortuna, porque se llama Oscar Husson!... Sálvale, ó Titina te abandona por su milord!...

—¿Pero cómo se halla aquí?—preguntó el anciano.

—Eh! por haber olvidado la hora de ir por el documento de que habla, no veis que se ha achispado, que ha caído aquí, rendido de sueño y de fatiga?... Ayer, Jorge y su primo Federico han obsequiado á los escribientes de Desroches en el Rocher de Cancale.

El padre Cardot miraba á la bailarina, vacilando.

—Vaya, pues, viejo mono, crees que no le hubiera ocultado mejor, si hubiese ocurrido lo que te figuras? —exclamó.

—Toma, ahí tienes quinientos francos, pícaro! —dijo Cardot á su sobrino, es lo último que hago por tí!... Ve á componértelas con tu principal, si puedes. Devolveré los mil francos que te ha prestado esta señorita; pero no quiero oír hablar más de tí.

Oscar escapó sin querer oír más, pero una vez en la calle, no supo á donde dirigirse. La casualidad que pierde á las personas y la casualidad que las salva, hicieron esfuerzos iguales en pró y en contra de Oscar, en aquella terrible mañana; pero éste debia sucumbir, tratándose de un principal que no desistía de un asunto una vez entablado. Al regresar á su casa, Marietta, asustada de lo que podia ocurrir al pupilo de su hermano, habia escrito á Godeschal, incluyéndole un billete de quinientos francos, poniendo al corriente á su hermano de la embriaguez y las desgracias sobrevenidas á Oscar. Esta excelente jóven se durmió recomendando á su doncella que llevase este recado á casa de Desroches antes de las siete. De su parte, Godeschal, levantándose á las seis, no encontró á Oscar. Lo adivinó todo. Tomó quinientos francos de sus economías y corrió en busca del fallo, á fin de presentar á las ocho la notificación á la firma de Desroches. Este, siempre levantado á las cuatro, entró en su estudio á las siete. La doncella de Marietta, no encontrando en la boardilla al hermano de su señorita, bajó al estudio y fué recibida por Desroches á quien naturalmente presentó el recado.

—¿Son asuntos del estudio?—preguntó el principal, soy M. Desroches.

—Vedlo, señor,—dijo la doncella.

Desroches abrió la carta y la leyó. Viendo en ella un billete de quinientos francos, entró de nuevo en su despacho, furioso contra su segundo escribiente. A las siete y media oyó á Godeschal que dictaba á otro primer escribiente la notificación del fallo, y algunos instantes despues el bueno de Godeschal entró triunfante en el despacho de su principal.

—¿Es Oscar Husson quien ha ido esta mañana á ver á Simon?—preguntó Desroches.

—Sí, señor,—respondió Godeschal.

—¿Quién, pues, le ha dado el dinero?—interrogó el procurador.

—Vos, el sábado,—dijo Godeschal.

—Por lo visto, llueven billetes de quinientos francos!—exclamó Desroches. Mirad, Godeschal, sois un excelente muchacho; pero el pequeño Husson no merece tanta generosidad. Aborrezco á los imbéciles, pero aborrezco todavía más á los que cometen faltas, á pesar de los cuidados paternales que se les prodigan.

Entregó á Godeschal la carta de Marietta y el billete de quinientos francos que ella le enviaba.

—Perdonadme, si la he abierto,—prosiguió, la doncella de vuestra hermana me ha dicho que eran asuntos del estudio. Despedireis á Oscar.

—El desdichado me da un gran disgusto!—dijo Godeschal. Ese bribonazo de Jorge Marest es su genio malo, debe huir de él como de la peste, porque ya no sé de que sería causa á un tercer encuentro.

—¿Cómo así?—dijo Desroches.

Godeschal refirió sucintamente la mistificación del viaje á Presles.

—Ah!—dijo el procurador, hace tiempo que José Bridau me ha hablado de esa farsa; á ese encuentro hemos debido el favor del conde de Sérisy para su señor hermano.

En este momento apareció Moreau, porque existia un asunto importante para él en la sucesion Vandenesse. El marqués quería vender al por menor la tierra de Vandenesse, y el conde su hermano se oponia á ello. El corredor de bienes recibió, pues, el primer bombardeo de las justas quejas, de los pronósticos siniestros que Desroches fulminó contra su ex-escribiente, y ellos dieron por resultado en la opinion del más ardiente protector de este desgraciado niño, que la vanidad de Oscar era incorregible.

—Hacedle abogado,—dijo Desroches, no le falta sino la licenciatura; y en esa carrera quizás sus defectos se convertirán en cualidades.

Entonces Clapart, que habia caído enfermo, se hallaba cuidado por su mujer, tarea penosa, deber sin ninguna recompensa. El empleado atormentaba á esta pobre criatura que hasta entonces habia ignorado los atroces enfados y venenosas terquedades que en la entrevista de todo un dia se permite un hombre imbecil á medias, y al cual la miseria ponía solapadamente furioso. Encantado de clavar un acerado puñal en el sensible corazon de esta pobre madre, habia adivinado hasta cierto punto las aprensiones que el porvenir, la conducta y los defectos de Oscar inspiraban á la infeliz mujer. En efecto, cuando una madre

ha recibido de su hijo un disgusto semejante al del asunto de Presles, experimenta continuas zozobras, y en la manera con que su mujer elogiaba á Oscar, cada vez que éste obtenía un triunfo, Clapart reconocía la extension de las inquietudes secretas de la madre y las despertaba de intento.

—En fin, Oscar se porta mejor de lo que yo esperaba; bien lo decía: su viaje á Presles no era más que una inconsecuencia de la juventud. ¿Qué jóven no ha cometido faltas? Ese pobre niño soporta heroicamente privaciones que no hubiese conocido en vida de su padre. Quiera Dios que sepa refrenar sus pasiones!... etc., etc.

Ahora bien, mientras ocurrían tantas catástrofes en la calle de Vendôme y en la de Béthisy, Clapart, sentado en el rincón del fuego, envuelto en una mala bata, miraba á su mujer, ocupada en hacer todo junto en la chimenea del dormitorio, el caldo, la tisana de Clapart y el almuerzo para ella.

—Dios mio! quisiera saber como ha terminado el día de ayer! Oscar debía almorzar en el Rocher de Cancale y luego ir por la noche á casa de una marquesa....

—Oh! tranquilizaos, tarde ó temprano se descubrirá *el pastel*, —le dijo su marido. ¿Creeis por ventura en esa marquesa? Vaya! un jóven como Oscar que despues de todo tiene sentidos, y gustos caros, encuentra marquesas españolas, á peso de oro? Cualquiera día caerá en vuestros brazos, lleno de deudas....

—Ya no sabeis que inventar para desesperarme! —exclamó Mme. Clapart. Os habeis quejado de que mi hijo se comía vuestro sueldo y jamás os ha costado

un céntimo. Hace dos años que no teneis el menor pretexto para censurar á Oscar, le veis ahora segundo escribiente, su tío y M. Moreau cuidan de todo, y tiene además ochocientos francos de honorarios. Si tenemos de que vivir durante la vejez, se lo deberemos á ese querido niño. En verdad, sois injusto.

—Llamais injusticia á mi prevision, —contestó á speramente el enfermo.

En este momento llamaron á la puerta con viveza. Mme. Clapart corrió á abrir y permaneció en la primera pieza con Moreau, que venía á suavizar el golpe que la nueva ligereza de Oscar debía asestar á su pobre madre.

—¿Es decir que ha perdido el dinero del estudio! —exclamó Mme. Clapart llorando.

—Eh, no os lo decía? —prorumpió Clapart que apareció como un espectro á la puerta del salón adonde la curiosidad le habia atraído.

—¿Pero qué es lo que vamos á hacer con él? —preguntó Mme. Clapart, á quien el dolor hacia insensible á esta picadura de su marido.

—Si fuese hijo mio, —respondió Moreau, le vería tranquilamente entrar en quinta, si le tocase un mal número, no le pagaría un sustituto. Esta es la segunda vez que vuestro hijo comete necesidades por vanidad. Pues bien, la vanidad le inspirará tal vez acciones ruidosas que le recomendarán en esa carrera. Además, seis años de servicio militar pondrán plomo en su cabeza; y como sólo le falta graduarse, no será tanta desgracia la de verse abogado á los veinte y seis años, si quiere continuar la carrera del foro, despues de pagar, como suele decirse, la contribucion

de sangre. Esta vez al menos habrá sido castigado severamente, habrá adquirido experiencia y contraído el hábito de la subordinación. Antes de hacer su práctica en la Audiencia la habrá hecho en la vida.

—Si tal es vuestra sentencia para un hijo,—dijo Mme. Clapart, veo que el corazón de un padre no se parece en nada al de una madre. ¡Soldado mi pobre Oscar!

—¿Preferís verle arrojarse de cabeza al Sena, después de haber cometido una acción deshonrosa?... No puede ser procurador, os parece bastante discreto para hacerle abogado?... La disciplina al menos os le conservará....

—¿No puede colocarse en otro estudio? Su tío Cardot le pagará seguramente el sustituto, él le dedicará su licenciatura.

Entonces el ruido de un fiacre, en el cual venía todo el mobiliario de Oscar, anunció al desgraciado joven que no tardó en presentarse.

—Ah! eres tú, señor Lindo-Corazón?—exclamó Clapart.

Oscar abrazó á su madre y tendió á Moreau una mano que éste rehusó estrechar. Oscar respondió á este desprecio con una mirada á la cual el reproche dió una audacia que no se le conocía.

—Oid, señor Clapart,—dijo el niño, ya hombre, martirizais como un demonio á mi pobre madre, y estais en vuestro derecho; es, por su desgracia, vuestra mujer. En cuanto á mí, ya es otra cosa; soy mayor de edad hace algunos meses; ahora bien, no tenéis el menor derecho sobre mí, aún cuando fuese menor. Jamás os han pedido nada! Gracias á este ca-

ballero que veis aquí, no os he costado un céntimo, no os debo ningun género de gratitud; así, dejadme en paz.

Al oír este apóstrofe, Clapart ganó de nuevo su butaca al amor de la lumbre. La lógica del segundo escribiente y la cólera interna del joven de veinte años, que acababa de recibir una lección de su amigo Godeschal, impusieron perpétuo silencio á la imbecilidad del enfermo.

—Una irreflexión á la que hubiérais sucumbido como yo, cuando teníais mi edad,—dijo Oscar á Moreau, me ha hecho cometer una falta que Desroches encuentra grave y que es sólo un pecadillo. Más siento haber tomado á Florentina de la Gatté por una marquesa, y á unas actrices por mujeres de calidad, que haber perdido mil quinientos francos en medio de un leve desórden, en donde todos, hasta el mismo Godeschal, se hallaban en las viñas del Señor. Esta vez al menos no me he perjudicado más que á mí mismo. Héme aquí corregido. Si quereis ayudarme, señor Moreau, yo os juro que los seis años durante los cuales debo continuar siendo escribiente, antes de poder adquirir un estudio, se pasarán sin....

—Alto ahí,—dijo Moreau, tengo tres hijos y no puedo comprometerme á nada....

—Bien, bien,—dijo á su hijo Mme. Clapart, dirigiendo una mirada de reproche á Moreau, tu tío Cardot...

—Ya no hay tío Cardot,—respondió Oscar, que refirió la escena de la calle de Vendôme.

Mme. Clapart, sintiendo sus piernas vacilar bajo el peso de su cuerpo, fué á caer aterrada sobre una silla del comedor.

—¡Todas las desgracias de un golpe!—dijo perdiendo el conocimiento.

Moreau tomó en brazos á la desventurada madre y la llevó á la cama del dormitorio. Oscar permanecía inmóvil y como herido del rayo.

—No tienes más remedio que sentar plaza,—dijo el corredor de fincas, volviendo al lado de Oscar. Se me figura que ese necio de Clapart no vivirá tres meses, tu madre quedará sin un céntimo, ¿no debo reservar para ella el poco dinero de que puedo disponer? Hé ahí lo que me era imposible decirte delante de tu madre. Soldado, no carecerás de pan, y reflexionarás sobre la vida, tal como ella es para los niños sin fortuna.

—Puedo sacar un número alto,—dijo Oscar.

—¿Y despues? Tu madre ha cumplido bien sus deberes de tal para contigo: te ha dado educacion, te habia colocado en el buen camino, acabas de salirte de él, ¿qué intentarás? Sin dinero, lo sabes ya, nada es posible; y tú no eres hombre capaz de abrazar un oficio, quitándote la levita y vistiendo la chaqueta del operario ó del obrero. Además, tu madre te ama, ¿quieres matarla? Moriria al verte caer tan abajo.

Oscar se sentó y no contuvo sus lágrimas que corrieron en abundancia. Ahora comprendia este lenguaje, tan ininteligible para él cuando su primera falta.

—Las gentes sin fortuna deben ser perfectas!—dijo Moreau, sin sospechar la profundidad de esta cruel sentencia.

—Mi suerte no quedará mucho tiempo indecisa, la aplazo hasta pasado mañana,—respondió Oscar. De aquí á entonces decidiré mi porvenir.

Moreau, desconsolado á pesar de su severidad, dejó

sumida en la desesperacion á la familia de la calle de la Cerisaie. Al cabo de tres dias, Oscar sacó el número veinte y siete. Interesándose por este pobre muchacho, el antiguo administrador de Presles tuvo el valor de ir á solicitar la proteccion del señor conde de Sérisy para hacer entrar á Oscar en la caballeria. Ahora bien, el hijo del ministro de Estado, habiendo sido clasificado entre los últimos al salir del Colegio Politécnico, habia por favor entrado de subteniente en el regimiento de caballeria del duque de Maufrigneuse. Oscar tuvo, pues, en medio de su desgracia, la insignificante fortuna de hallarse, por recomendacion del conde de Sérisy, incorporado á este hermoso regimiento, con la promesa de ser ascendido á furriel al cabo de un año. De manera que la casualidad puso el ex-escribiente á las órdenes del hijo de M. de Sérisy. Habiendo desfallecido durante algunos dias, tan vivamente la hirieron estas catástrofes, Mme. Clapart se dejó devorar por ciertos remordimientos que se apoderan de las madres cuya conducta ha sido ligera en otro tiempo y que en su vejez se sienten inclinadas al arrepentimiento. Se consideró una criatura maldita. Atribuyó las miserias de su segundo matrimonio y las culpas de su hijo á una venganza de Dios que le hacia expiar las faltas y los placeres de su juventud. Esta opinion se convirtió bien pronto para ella en seguridad. La pobre madre fué á confesarse por primera vez despues de cuarenta años, con el vicario de S. Pablo el abate Gaudron, que la inició en las prácticas de la devoicion. Pero un alma tan maltratada y tan amante como la de Mme. Clapart, debia hacerse simplemente piadosa. La antigua Aspasia del Directorio qui-

so borrar sus pecados para atraer las bendiciones de Dios sobre la cabeza de su pobre Oscar; en breve, pues, se entregó á los ejercicios y á las obras de la piedad más viva. Creyó haber atraído la atención del cielo, cuando hubo conseguido salvar á M. Clapart, quien, gracias á sus cuidados, vivió para atormentarla; pero en las tiranías de este espíritu débil ella quiso ver pruebas impuestas por la mano que acaricia castigando. Además, Oscar se portó tan perfectamente, que en 1850 era cuartel-maestre en la compañía del vizconde lo que equivalía al grado de subteniente de línea, por pertenecer á la guardia real el regimiento del duque de Maufrigneuse. Entonces Oscar Husson tenía veinticinco años. Como quiera que la guardia real se hallaba siempre de guarnición en París ó en un radio de treinta leguas de la capital, iba á ver á su madre de cuando en cuando y le confiaba sus dolores, porque tenía bastante buen sentido para comprender que jamás sería oficial. En aquella época los grados de la caballería eran poco más ó menos devueltos á los hijos menores de las familias nobles, y las personas cuyo apellido no iba precedido de una partícula, ascendían con dificultad. Toda la ambición de Oscar se reducía á salirse de la guardia y ser nombrado subteniente en un regimiento de caballería de línea. En febrero de 1850, Mme. Clapart obtuvo por medio del abate Gaudron, ya cura párroco de San Pablo, la protección de S. A. la Delfina, y Oscar fué ascendido á subteniente.

Por más que el ambicioso Oscar parecía excesivamente fiel á los Borbones, en el fondo de su corazón era liberal. De manera que en la batalla de 1850, se

pasó á las filas del pueblo. Esta deserción, que tuvo una importancia debida al punto en que se verificó, atrajo sobre Oscar la atención pública. En la exaltación del triunfo, por agosto, Oscar, ascendido á teniente, tuvo la cruz de la Legión de honor, y logró el empleo de ayudante de Lafayette, quien en 1852 le hizo obtener el grado de capitán. Cuando se destituyó de la jefatura de la guardia nacional del reino al partidario de la mejor república, Oscar Husson cuyo afecto hácia la nueva dinastía rayaba en fanatismo, fué colocado como jefe de escuadrón en un regimiento enviado al Africa, cuando la primera expedición emprendida por el príncipe real. El vizconde de Sérisy era teniente coronel en este regimiento. En el asunto de la Macta, donde fué preciso abandonar el campo á los árabes, M. de Sérisy cayó herido debajo de un caballo muerto. Entonces Oscar dijo á su escuadrón:

—Señores, es correr á la muerte, pero no debemos abandonar á nuestro coronel...

Cayó el primero sobre los árabes, y los suyos, electrizados, le siguieron. Los árabes, en medio de la primera sorpresa que les causó este ataque ofensivo y furioso, permitieron á Oscar apoderarse del vizconde al cual colocó sobre su caballo, huyendo al galope, por más que en esta proeza, intentada en medio de una horrible confusión, recibiera dos heridas de yatagan en el brazo izquierdo. La bella conducta de Oscar fué recompensada con la cruz de oficial de la Legión de honor y la promoción al grado de teniente coronel. Prodigó los cuidados más afectuosos al vizconde de Sérisy á quien su madre fué á buscar, y que,

como es sabido, murió en Tolon, á consecuencia de sus heridas. La condesa de Sérisy no había separado á su hijo del que, habiéndoselo arrancado á los árabes, le cuidaba aún con tanto cariño. Oscar se hallaba tan gravemente herido, que el cirujano que la condesa destinaba á su hijo creyó necesaria la amputación del brazo izquierdo.

El conde de Sérisy perdonó, pues, á Oscar sus necesidades del viaje á Presles, y aún se consideró su deudor, cuando hubo enterrado á este hijo, que había llegado ser único, en la capilla del palacio de Sérisy.

Mucho tiempo despues del asunto de la Macta, una anciana señora vestida de negro, dando el brazo á un hombre de treinta y cuatro años, y en el cual los transeuntes podían reconocer tanto más á un oficial retirado cuanto que le faltaba un brazo y llevaba en el ojal la cinta de la Legion de honor, estaban parados á las ocho de una mañana de mayo, junto á la puerta cochera del hotel del Leon de Plata, calle del arrabal Saint-Denis, esperando sin duda la partida de una diligencia. Ciertamente que Pierrotin, el empresario de los servicios del valle del Oise, al que servía pasando por Saint-Leu-Taverny y l'Isle-Adam hasta Beaumont, debía difícilmente ver en este oficial de piel bronceada al pequeño Oscar Husson que en otro tiempo había llevado á Presles. Mme. Clapart, viuda al fin, estaba tan desconocida como su hijo. Clapart, una de las víctimas del atentado de Fieschi, había servido más á su mujer con su muerte que con toda su vida. Naturalmente, el desocupado, el vagabundo Clapart, se había estacionado en su boulevard del

Temple á ver pasar revista á su legion. La pobre devota había, pues, sido incluida por mil quinientos francos de renta vitalicia en la ley decretada á favor de las víctimas, con motivo de aquella máquina infernal. El carruaje, al cual se enganchaban cuatro caballos tordos que hubieran honrado á las mensagerias reales, estaba dividido en cupé, interior, rotonda é imperial. Se parecía perfectamente á las diligencias llamadas Góndolas, que hoy sostienen la competencia en el camino de Versalles con los dos ferro-carriles. Ligera y sólida á un tiempo, bien pintada y bien conservada, forrada de fino paño azul, guarnecida de cortinas con dibujos moriscos, y de almohadones de tafílete encarnado, *La Golondrina de Oro* era capaz para diez y nueve viajeros. Pierrotin, aunque de cincuenta y seis años de edad, había cambiado poco. Siempre vestido con su blusa, bajo la cual llevaba una levita negra, fumaba su pipa vigilando á dos factores con librea, que cargaban numerosos bultos en el vasto imperial de su carruaje.

—¿Están reservados vuestros asientos?—preguntó á Mme. Clapart y á Oscar, examinándoles como quien pide recuerdos á su memoria.

—Sí, dos asientos de interior á nombre de Belle-Jambe, mi criado,—respondió Oscar; ha debido tomarlos al partir, ayer por la tarde.

—Ah! el señor es el nuevo preceptor de Beaumont, dijo Pierrotin, sustituis al sobrino de M. Margueron...

—Sí,—dijo Oscar apretando el brazo de su madre que iba á tomar la palabra.

A su vez el oficial quería permanecer desconocido durante algun tiempo.

En este momento, Oscar se estremeció, oyendo la voz de Jorge Marest que gritó desde la calle:

—Pierrotin, teneis un asiento para mí?

—Se me figura que podriais llamarme señor Pierrotin, sin que por ello se os estropeará la garganta, —respondió vivamente el empresario de las diligencias del valle del Oise.

Sin el metal de voz, Oscar no hubiera podido conocer al mistificador que ya dos veces le había sido tan fatal. Jorge, casi calvo, no conservaba más que tres ó cuatro mechones de cabello encima de las orejas, y cuidadosamente enmarañados para disfrazar en lo posible la desnudez del cráneo. Una obesidad mal repartida, un vientre piriforme, alteraban las proporciones en otro tiempo tan elegantes del ex-hermoso joven. De postura y talante casi innobles, con un cutis lleno de granos, unas facciones ordinarias y como vinosas, Jorge revelaba muchos desastres amorosos y una vida de desórdenes no interrumpidos. Los ojos habían perdido esa brillantez, esa viveza de la juventud, que los hábitos cuerdos ó estudiosos tienen el poder de conservar. Jorge, vestido como un hombre deseudado en el traje, llevaba un pantalon con trabillas, pero ajado, cuya hechura requería botas charoladas. Sus botas, de suela gruesa, mal limpiadas, contaban más de tres trimestres, cosa que en París equivale á tres años lo ménos. Un chaleco usado, una corbata vieja anudada con pretensiones, por más que fuese de seda, acusaban la especie de miseria oculta que puede sufrir un antiguo elegante. Jorge, en fin, á esta hora matinal aparecía de frac en vez de llevar levita, diagnóstico de una miseria verdadera! Este frac, que debía haber

estado en más de un baile, había pasado, como su dueño, de la opulencia que representaba en otro tiempo á un trabajo diario. Las costuras del paño negro ofrecían líneas blanquizeas, el cuello estaba grasiento, el uso había cortado los extremos de las mangas á manera de colmillos. Y Jorge se atrevía á llamar la atención con unos guantes amarillos, á la verdad un poco sucios, en uno de los cuales se dibujaba en negro una sortija con un solitario. Al rededor de la corbata, pasada por un anillo pretencioso de oro, enredábase una cadena de seda, figurando cabello, y la cual sostenía sin duda un reló. Su sombrero, aunque llevado con bastante arrogancia, revelaba, más que todos estos síntomas, la miseria del hombre cuyo estado no permite dar diez y seis francos á un sombrerero, cuando se ve obligado á vivir al día. El antiguo pretendiente de Florentina agitaba un baston con puño de plata cincelada, pero horriblemente estropeado. El pantalon azul, el chaleco de tela escocesa, la corbata de seda azul turquí, y la camisa de calicó rayado con franjas color de rosa, expresaban en medio de tantas ruinas, tal deseo de *cahirse*, que este contraste constituía no solo un espectáculo, sino hasta una enseñanza.

—¡Y ese es Jorge!—se dijo interiormente Oscar; un hombre á quien he conocido rico con treinta mil libras de renta!...

—¿El señor *de* Pierrotin tiene todavía un asiento en el cupé?—respondió irónicamente Jorge.

—No, mi cupé lo ha tomado un Par de Francia, el yerno de M. Moreau, el señor baron de Canalis, su mujer y su suegra. Sólo me queda un asiento de interior.

— ¡Diablo! no parece sino que bajo todos los gobiernos viajan los Pares de Francia en los carruajes de Pierrotin. Tomo el asiento del interior,—respondió Jorge, que se acordaba de la aventura de M. de Sérisy.

Dirigió á Oscar y á la vinda una mirada esrutadora, y no conoció al hijo ni á la madre. Osear tenia el cutis tostado por el sol del Africa, sus bigotes eran excesivamente espesos y muy anchas sus patillas; su semblante arrugado y sus facciones pronunciadas armonizaban con su actitud marcial. Las insignias de oficial, el brazo manco, la severidad del traje, todo habria desorientado los recuerdos de Jorge, si éste hubiera conservado algun recuerdo de su antigua víctima. En cuanto á Mme. Clapart, á quien Jorge habia visto apenas en otro tiempo, diez años consagrados á los ejercicios de la más severa piedad la habian transformado. Nadie hubiera imaginado que esta especie de sor Canosa ocultaba una Aspasia de 1797. Un enorme viejo, vestido con sencillez, pero muy abrigado, y en el cual Oscar reconoció al padre Léger, llegó lenta y pesadamente; saludó con familiaridad á Pierrotin, quien pareció tratarle con el respeto debido en todos los países á los millonarios.

—Hola! es el padre Léger! cada vez con más preponderancia,—exclamó Jorge.

—¿A quien tengo el honor de dirigir la palabra?—preguntó el padre Léger, con sequedad.

—¡Cómo! no conocéis al coronel Jorge, al amigo de Ali-Pachá? Una vez viajamos juntos con el conde de Sérisy que guardaba el incógnito. Una de las necedades más usuales en las personas caídas, es la

de querer conocer á las gentes y que éstas les conozcan á ellos.

—Estais muy cambiado,—respondió el antiguo traficante en fincas, ya dos veces millonario.

—Nada hay estable,—dijo Jorge. Ved si la posada del Leon de Plata y el coche de Pierrotin se parecen á lo que eran hace catorce años.

—Pierrotin tiene ahora él solo las mensagerias del valle del Oise, y hace rodar hermosos carruajes,—respondió M. Léger. Es un rico de Beaumont, posee allí un hotel donde paran las diligencias, tiene una mujer y una hija que no son torpes....

Un anciano de unos setenta años bajó del hotel, y se reunió á los viajeros que esperaban el momento de subir al coche.

—Ea, pues, papá Reybert,—dijo Léger, no esperamos más que á vuestro grande hombre.

—Aqui le teneis,—dijo el administrador del conde de Sérisy, señalando á José Bridau.

Ni Jorge ni Oscar pudieron reconocer al ilustre pintor, porque ofrecia ese semblante descompuesto, tan célebre, y su continente revelaba la seguridad del triunfo. Adornaba su levita negra una cinta de la Legion de honor. Su traje, excesivamente rebuscado, indicaba una invitacion á alguna fiesta campestre. En este momento, un dependiente, con un papel en la mano, salió de un escritorio instalado en la antigua cocina del Leon de Plata, y se colocó delante del cupé vacío.

—M. y Mme. de Canalis, tres asientos!—gritó. Pasó al interior y nombró sucesivamente:

—M. Belle-Jambe, dos asientos; M. de Reybert,

tres asientos; M... ¿vuestro nombre?—dijo á Jorge.

—Jorge Marest,—respondió en voz baja el hombre venido á ménos.

El dependiente se dirigió hácia la rotonda, ante la cual se agolpaban amas de cria, campesinos y humildes tenderos, que se despedían unos de otros; despues de haber amontonado á los seis viajeros, el dependiente llamó por sus nombres á cuatro jóvenes, que subieron á la banqueta del imperial, y dijo:

—¡Rodad!... por única orden de partida.

Pierrotin se colocó al lado de su conductor, un joven de blusa que gritó á su vez á sus caballos:

—¡Tirad!...

El coche, arrastrado por los cuatro caballos comprados en Roye, ganó al trote corto la subida de Saint-Denis; pero una vez llegado arriba de Saint-Laurent, pasó como una silla de posta hasta Saint-Denis, en cuarenta minutos. No se detuvieron en la posada de las *talmouses*, y tomaron á la izquierda de Saint-Denis el camino del valle de Montmorency. Al dar la vuelta fué cuando Jorge rompió el silencio que los viajeros habian guardado hasta allí, examinándose unos á otros.

—Se anda un poco mejor que quince años atrás, no es verdad, padre Léger?—dijo sacando un reló de plata.

—Tienen la amabilidad de llamarme señor Léger,—respondió el millonario.

—¡Si es nuestro *bromista* de mi primer viaje á Presles!—exclamó José Bridau. Y bien! habeis hecho nuevas campañas en Asia, Africa y América?—dijo el gran pintor.

—¡Voto á cribas! he hecho la Revolucion de julio, y es lo bastante, porque me he arruinado en ella....

—Ah! habeis hecho la Revolucion de julio,—dijo el pintor. Esto no me extraña, porque jamás he querido creer, como me decian, que se habia hecho sola.

—Como se vuelve á encontrar la gente,—dijo monsieur Léger, mirando á M. de Reybert. Mirad, papá Reybert, aquí teneis al escribiente de notario á quien habeis debido sin duda la administracion del patrimonio de la casa de Sérisy.

—Nos falta Mistigris, ahora ilustre con el nombre de Leon de Lora, y aquel jovencito bastante tonto para haber hablado al conde de las enfermedades de la piel, que á acabado por curarse, y de su mujer á la cual á acabado por abandonar para morir en paz,—dijo José Bridau.

—Tambien falta el señor conde,—dijo Reybert.

—Oh! yo creo,—prosiguió melancólicamente José Bridau, que el último viaje que haga será el de Presles á l'Isle-Adam, para asistir á la ceremonia de mi casamiento.

—Todavía pasea en carruaje por su parque,—respondió el viejo Reybert.

—¿Su mujer viene con frecuencia á verle?—preguntó Léger.

—Una vez al mes,—dijo Reybert. Sigue aficionada á Paris, en setiembre último ha casado á su sobrina, la señorita del Roble, en la cual ha puesto todas sus afecciones, con un joven polaco muy rico, el conde Laginski.....

—¿Y quién herederá los bienes de M. de Sérisy?—preguntó Mme. Clapart.

—Su mujer, que le enterrará,—respondió Jorge. La condesa se halla aún en muy buen estado para una mujer de cincuenta y cuatro años, es siempre elegante; y á cierta distancia ilusiona todavía.

—Os ilusionará por mucho tiempo,—dijo entonces Léger, que parecía querer vengarse de su mistificador.

—La respeto,—dijo Jorge al padre Léger. Pero á propósito, ¿qué ha sido de aquel administrador que fué destituido entonces?...

—¿Moreau?—prosiguió Léger; si es diputado del Oise.

—Ah! es el famoso *centralista*! Moreau del Oise,—dijo Jorge.

—Sí, prosiguió Léger, el *señor* Moreau del Oise. Algo más que vos ha trabajado en la Revolucion de julio, y ha concluido por comprar la magnífica posesion de Pointel, entre Presles y Beaumont.

—Oh! al lado de su administrado, junto á su antiguo señor, es de muy mal gusto,—dijo Jorge.

—No habéis tan alto,—dijo M. de Reybert, porque Mme. Moreau y su hija la baronesa de Canalis, lo mismo que su yerno, el ex-ministro, vienen en el cupé.

—Pero qué dote ha dado, pues, para casar á su hija con nuestro gran orador?

—Unos dos millones, poco más ó ménos,—dijo el padre Léger.

—Le gustaban los millones,—prosiguió Jorge, sonriendo, y en voz baja; principiaba su pacotilla en Presles.

—Ni una palabra más acerca de M. Moreau!—ex-

clamó vivamente Oscar. Se me figura que debiérais haber aprendido á callar en los carruajes públicos.

José Bridau miró al oficial manco, durante algunos segundos, y exclamó:

—El señor no es embajador, pero su insignia nos dice lo bastante que ha hecho carrera, y de una manera noble, porque mi hermano y el general Girondeau os han citado muchas veces en sus informes.

—¿Oscar Husson?—exclamó Jorge. A fe mía! á no ser por la voz no os hubiera conocido.

—Ah! es ese caballero quien ha arrancado tan valerosamente al vizconde Julio de Sérisy de manos de los árabes?—preguntó Reybert, y para quien el conde ha conseguido la recaudacion de impuestos de Beaumont, esperando el nombramiento de la de Pontoise?...

—Sí, señor,—respondió Oscar.

—Y bien!—dijo el gran pintor, tendreis la amabilidad, caballero, de asistir á mi casamiento en l'Isle-Adam.

—¿Con quién os casais?—preguntó Oscar.

—Con Mlle. Léger,—respondió el pintor, la nieta de M. de Reybert. Es un matrimonio que el señor conde ha tenido la bondad de prepararme; le debía ya mucho como artista, y antes de morir ha querido ocuparse de mi fortuna, en la cual yo no pensaba.

—Conque el padre Léger es casado...—dijo Jorge.

—Con mi hija, y sin dote,—respondió M. de Reybert.

—¿Ha tenido familia?

—Una niña. Es lo bastante para un hombre que se ha visto viudo y sin hijos,—respondió el padre Lé-

ger. Lo mismo que Moreau, mi socio, tendré por yerno á un hombre célebre.

—¿Y,—dijo Jorge, tomando un aire casi respetuoso hacia el padre Léger, seguis habitando en l'Isle-Adam?

—Sí, he comprado Cassan.

—Pues bien, me alegró de haber elegido este día para *hacer* el valle del Oise—dijo Jorge. Podeis serme útiles, caballeros.

—¿En qué?—preguntó M. Léger.

—Ah! vedlo,—respondió Jorge. Estoy empleado en la Esperanza, una sociedad que acabá de fundarse, y cuyos estatutos van á ser aprobados por una real orden. Este instituto da al cabo de diez años dotes á las doncellas, rentas vitalicias á los ancianos; paga la educacion de los niños; se encarga, en una palabra, de la fortuna de todo el mundo.....

—Lo creo,—dijo sonriendo el padre Léger. Más claro, sois corredor de seguros sobre la vida?

—No, señor, soy inspector general, encargado de establecer los corresponsales y agentes de la sociedad en toda la Francia, y funciono esperando la eleccion de los agentes, porque es una cosa tan delicada como difícil la de hallar agentes honrados.

—¿Pero cómo habeis perdido vuestras treinta mil libras de renta? preguntó Oscar á Jorge.

—De la misma manera que vos habeis perdido vuestro brazo,—contestó con sequedad el antiguo escribiente de notario al antiguo escribiente de procurador.

—Por lo visto habeis llevado á cabo alguna accion

ruidosa, con vuestra fortuna?—dijo Oscar con áspera ironía.

—¡Cáscaras! Por desgracia he hecho sobradas acciones, las tengo para vender.

Habian llegado á Saint-Len-Taverny, donde todos los viajeros se apearon, mientras se cambiaba de tiro. Oscar admiró la destreza que desplegaba Pierrotin al desenganchar los tirantes de las boleas, en tanto que su conductor quitaba las riendas á los caballos delanteros.

—Ese pobre Pierrotin, pensó, ha progresado, como yo, poco en la vida. Jorge ha caido en la miseria. Los demás, gracias á la especulacion ó al talento, todos han hecho fortuna..... Almorzamos aquí, Pierrotin?—preguntó en alta voz Oscar, dando un golpecito en la espalda del ordinario.

—Yo no soy el conductor,—dijo Pierrotin.

—Quién sois, pues?—preguntó el coronel Husson.

—El empresario,—respondió Pierrotin.

—Vaya, no os incomodeis con antiguos amigos,—dijo Oscar señalando á su madre y sin separarse de su protector. ¿Ya no conoceis á Mme. Clapart?

Fué tanto más bella de parte de Oscar la presentacion de su madre á Pierrotin, cuanto que en aquel momento Mme. Moreau del Oise, habiéndose apeado del cupé, miró desdeñosamente á Oscar y á su madre al oír este nombre.

—A fe mía, señora, que jamás os hubiera reconocido, ni á vos tampoco, caballero. Parece que en Africa *se bate bien el cobre?*....

La especie de compasion que Pierrotin inspiraba á Oscar, fué la última falta que la vanidad hizo cometer

al héroe de esta escena, y tampoco por ella dejó de ser castigado, pero con bastante suavidad. Hé ahí como. Dos meses despues de su instalacion en Beaumont-sur-Oise, Oscar hacia la corte á la señorita Georgina Pierrotin, cuyo dote ascendia á ciento cincuenta mil francos, y entregó su mano á la hija del empresario de las mensagerias del Oise, á fines del invierno de 1858.

La aventura del viaje á Presles habia dado discrecion á Oscar, la *soirée* de Florentina habia asegurado su probidad, las fatigas de la carrera militar le habian enseñado la gerarquia social y la resignacion al destino. Habiendo llegado á poseer cordura y discrecion, fué venturoso. Antes de su muerte, el conde de Sérisy obtuvo para Oscar la recaudacion de Pontoise. La proteccion de M. Moreau del Oise, la de la condesa de Sérisy y del señor baron de Canalis, que tarde ó temprano será ministro, aseguran una recaudacion general á M. Husson, en quien la familia Camusot reconoce ya un pariente. Oscar es un hombre ordinario, dulce, sin pretensiones, modesto, y manteniéndose siempre, como su gobierno, en un justo medio. Ni excita la envidia, ni el desden. Es, en una palabra, el tipo de la moderna clase media.

Paris, Febrero de 1842.

FIN.

